

NO. 111-1934

# estudios



# Soct.

# ¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, especialmente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

## Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA; Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año. *Enviamos el Catálogo General gratis a quien lo desee.*

**Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR, Apartado 158.-VALENCIA**

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

*A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela*

### CONOCIMIENTOS UTILES EDUCACIÓN E HIGIENE

ENFERMEDADES SEXUALES, por el doctor Lázaro Sir-lin.—Precio, 1 peseta. Segunda edición.

MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, por G. Hardy.—Precio, 3'50 ptas.; en tela, 5.

LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestán.—Precio, 1 peseta.

EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, por el doctor Mayoux.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50. Segunda edición.

AMOR SIN PELIGROS, por el doctor W. Wasroche.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50. Segunda edición.

GENERACION CONSCIENTE, por Frank Sutor.—Precio, 1 peseta.

EMBRIOLOGIA, por el doctor Isaac Puente.—Precio, 3'50 pesetas. Lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

EL VENENO MALDITO, Dr. F. Elosu.—Precio, 1 peseta. EUGENICA, por Luis Huerta.—Precio, 2 pesetas.

LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, por Julio R. Barcos.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4'50. Cuarta edición.

EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el doctor Marcel Prunier.—Precio, 1 peseta.

EL ALCOHOL Y EL TABACO, por León Tolstói.—Precio, 1 peseta.

LA MATERNIDAD CONSCIENTE. *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Devaldés.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA EDUCACION SEXUAL, por Jean Marestan.—Precio, 3'50 pesetas; en tela, 5.

LA EDUCACION SEXUAL Y LA DIFERENCIACION SEXUAL, por el doctor Gregorio Marañón.—Precio, 0'50 pesetas.

LO QUE TODOS DEBERIAN SABER (*La iniciación sexual*), por el doctor G. M. Bessède.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3'50. LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por la doctora Mary Wood.—Precio, 1 peseta; en tela, 2'50.

EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, por Luis Kuhn.—Precio, 0'75 pesetas. CAMINO DE PERFECCION, por Carlos Brandt.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA GRAMATICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 2 pesetas.

LA ARITMETICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 1'50 pesetas.

### NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRÍTICA

GANDHI, ANIMADOR DE LA INDIA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 1'50 pesetas.

COMO EL CABALLO DE ATILA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 5 pesetas; en tela, 6'50.

LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 4 pesetas; en tela, 5'50.

EL BOTON DE FUEGO, por José López Montenegro.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4'50.

UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA MUÑECA, por F. Caro Crespo.—Precio, 1'50 pesetas. LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, por J. A. Mac Donald. Segunda edición.—Precio, 1'50 pesetas.

LA VIDA DE UN HOMBRE INNecesario (LA POLICIA SECRETA DEL ZAR), por I. Áximo Gorki.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

CUENTOS DE ITALIA, por Máximo Gorki.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA. COMO SE FORJA UN MUNDO NUEVO, por Máximo Gorki.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas; en tela, 3'50.

ANISSIA, por León Tolstói.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50. ¿QUE HACER?, por León Tolstói.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

LA MONTAÑA, por Eliseo Reclús.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL ARROYO, por Eliseo Reclús.—Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL CALVARIO, por Octavio Mirbeau.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL IMPERIO DE LA MUERTE, por Vladimiro Korolenko.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas. En tela, 3'50 ptas.

LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Pedro Kropotkin.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

LOS HERMANOS KARAMAZOW, por el novelista ruso Fedor Dostoievski.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 ptas.; en tela, 4'50.

LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, por el doctor Feydoux.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 ptas.; en tela, 5.

IDEARIO, por Enrique Malatesta.—Un tomo de 224 páginas, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50.

CRITICA REVOLUCIONARIA, por Luis Fabbri.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3'50.

IDEARIO, por Ricardo Mella.—Precio, 5 pesetas. IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO, por Rudolf Rocker.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50.

LOS CARDOS DEL BARAGAN, por Panait Istrati.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3'50.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LAS RUINAS DE PALMIRA Y LA LEY NATURAL, por El Conde de Volney.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

EN LA LINEA RECTA, por Eusebio C. Carbó.—Precio, 2'50 pesetas.

LA INTERNACIONAL PACIFISTA, por Eugen Reigis.—Precio, 1 peseta.

PEQUEÑO MANUAL INDIVIDUALISTA, por Han Ryner.—Precio, 2 pesetas.

# Estudios

## Generación Consciente

REVISTA ECLECTICA

PUBLICACION MENSUAL

AÑO X  
NUMERO III

NOVIEMBRE DE 1932

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
APARTADO 158.-VALENCIA

### Hacia una nueva organización económica de la sociedad

#### Organización

A los problemas relativos a la organización de la nueva sociedad no suele concedérseles en nuestros medios mucha atención, o, al menos, no se les concede la que su importancia requiere. En general nuestra actuación se caracteriza por la crítica severa del sistema que soportamos y que deseamos demoler. Lo que no sea esto, ni nos interesa ni nos entusiasma.

Sin embargo, el triunfo de nuestras ideas y hasta las posibilidades revolucionarias, van estrechamente ligados al acierto con que comprendamos y reajustemos los factores económicos al día siguiente de la revolución y a lo sabiamente que organicemos las relaciones entre los individuos y los pueblos. Tan firme es nuestra convicción a este respecto que no vacilamos en afirmar que, a nuestro juicio, antes que por las dificultades económicas que se nos presentarán y que no serán escasas ni de poca monta, fracasaríamos por incapacidad organizadora.

Hay que tener presente que nosotros no hemos de instituir un poder cualquiera ni promulgar leyes que obliguen a todos los componentes sociales, so pena de los castigos más severos, a cumplir los deberes que se nos antoje imponerles. En nuestros propósitos no entra en modo alguno el de erigirnos en mandones, ni el de codificar reglas de conducta ni el de marcar el ritmo a nadie. Nuestra sociedad ha de fundamentarse en el libre acuerdo y en el respeto mutuo de los unos a los otros, sin que la sombra del gendarme se proyecte sobre nada y sin que las cárceles ni

los verdugos deshonren con su pervivencia a la colectividad.

Naturalmente, esto puede ser y será. El individuo no es bueno ni malo. Si no se contrata su naturaleza, si no se le trazan de antemano carriles especiales que condicionen y coarten la libre expansión de sus impulsos personales, no será necesario establecer leyes que legitimen la aplicación de la pena ni sostener poderes que la apliquen. Se trata, pues, de no esclavizar al individuo a normas sociales que les son extrañas y generalmente adversas, sino de organizar la sociedad de conformidad absoluta con la naturaleza del individuo. Y esto no puede hacerse de cualquier modo, fiándolo todo al azar de la improvisación.

Claro que sería absurdo trazar *a priori* un plan completo de organización y pretender que se realizara enteramente a toda costa. La organización de la nueva sociedad se hallará condicionada indudablemente por circunstancias de lugar y tiempo, y todo plan que forjemos ha de ofrecer la suficiente elasticidad para ajustarse a la índole de esas circunstancias. Lo que no puede, o no debe, hacerse es actuar sin orden ni concierto, y a eso equivaldría embarcarse en la aventura, sin elaborar un plan preciso, claro, sencillo y viable.

No sólo reviste esto una importancia nada desdénable en el orden constructivo, sino que también es profundamente revolucionario en el sentido más hondo y amplio del concepto. No basta señalar con certeros trazos dónde radican las causas del malestar imperante, desnudar a zarpazos

a la inicua sociedad que soportamos y combatimos y decir que deseamos establecer sobre sus ruinas el régimen comunista libertario. Si nos hemos de limitar a eso, jamás lograremos ante las multitudes la suma de crédito que es indispensable para hacer la revolución social que tan profundamente ha de transformar al mundo.

Hace falta un plan. Un plan viable, práctico, de fácil realización. E interesar en él a las multitudes, ya que nuestra revolución no puede verificarse en virtud del esfuerzo heroico de las minorías audaces. Nuestro movimiento tiene que ser un movimiento de masas. De masas que comprendan y deseen concretar en la realidad social la bondad, hasta el día superada, de nuestras ideas. De masas que, ardiendo en las llamas vivas y vivificantes del Ideal, estén dispuestas, y bien dispuestas, a jugarlo todo en el magnífico empeño de crear un mundo nuevo.

Suele decirse de los que así pensamos que somos individuos sin inquietudes, o tímidos que tememos experimentar nada fuera de lo que tenemos bien conocido. Error. Pensar así es tener consciencia de la magnitud de la obra que se ha de hacer. El movimiento se demuestra andando y andando se perfecciona. Pero, ¿acaso no es andar, acaso no es experimentar, la acción de estudiar los fenómenos sociales y buscar la manera de acoplarlos, de reajustarlos a los postulados de una nueva concepción de la sociedad? El sabio que en el fecundo aislamiento de su laboratorio o de su gabinete de trabajo, se esfuerza en despejar una nueva incógnita, se debatiría inútilmente si no tuviera una preparación sólida y un conocimiento exacto de lo que constituye la especialidad que cultiva. En sociología acontece lo propio. Con la agravante de que los ensayos se verifican sobre la carne viva del pueblo y un elemental buen sentido debe imponerle circunspección y cautela.

Cierto que no podemos aguardar para hacer el experimento a que todos tengan una visión clara y completa de lo que hay necesidad de hacer y de modo de hacerlo. Eso no lo pretende nadie que lleve la cabeza sobre los hombros para algo. Lo importante que para que le sirva de adorno, más o menos estético. Lo que se pretende, y, a nuestro juicio, con acierto, es que las multitudes sepan adónde nos encaminamos. Y ello es un acierto, porque son las multitudes las que han de actuar y las que, en definitiva, han de pronunciar la última palabra.

De otra parte, tener una idea precisa de cómo ha de organizarse la sociedad que sustituya ventajas al régimen capitalista, ni está de más, ni significa tibieza, ni ausencia de inquietudes ni ausencia de espíritu revolucionario. Y es, además, una necesidad a la cual es preciso atender con carácter de urgencia.

Tengo a la vista numerosas cartas de ciudadanos de diversos puntos de la Península, y en todas late la misma interrogación angustiosa:

«¿Qué hacer?» En algunas de estas misivas advierto con dolor que la desconfianza en lo que a las dotes organizadoras de nuestros militantes se refiere, arrastra a muchos de estos amigos desconocidos a aceptar como un mal menor el establecimiento, con carácter transitorio, de una dictadura roja. Esto acusa, claro está, poca consistencia en las convicciones, pero también es una consecuencia lógica de lo poco que nos cuidamos de las cuestiones de organización.

Por otro lado, cuando se nos ocurre exponer las bellezas y el hondo significado de bondad y justicia que informa nuestro ideal, la respuesta o el comentario es siempre invariable:

—Muy hermoso. La mente humana no ha logrado concebir nada más perfecto y noble. ¡Lástima que sea impracticable! El hombre necesita aún sentir sobre sí la mano dura y despótica de amo.

De igual manera, y con frecuencia peor, opinan las multitudes. Eso cuando no nos consideran como miembros activos d una sociedad de asesinos.

Ante esta realidad dolorosa, no hay nada más que un camino: demostrar que se puede vivir en la sociedad que propiciamos, desde ahora mismo. Y esa demostración teórica, no sólo ha de preceder a la demostración práctica, sino que es indispensable para obtener la colaboración de las muchedumbres envilecidas por la ignorancia y la miseria.

Se puede vivir sin gobernantes ni amos en el seno de una sociedad razonable. Se puede. Y se puede desde ahora mismo, sin necesidad de que los hombres seamos de naturaleza seráfica, ni pozos de ciencia ni la última palabra de la cultura. ¡Si no se trata, ni se pretende, establecer nada definitivo y absolutamente perfecto! Se trata sólo de situarnos en un plano desde el cual podamos otear el horizonte y seguir con desembarazo nuestro propio camino. Se trata de organizar la producción, la distribución y el consumo, de modo que sea posible borrar la ignominia que representa el hambre en una época como la nuestra tan rica en posibilidades, y poner al individuo en condiciones de trazarse a sí mismo sus destinos, independizándolo de toda ajena tutela.

Pero esto no se hace sin organización.

La producción, por ejemplo, no puede abanzarse al azar. Será preciso incrementar unos empleos y reducir otros. Habrá necesidad de facilitar ocupación adecuada a cientos de miles de brazos que hoy permanecen inactivos forzosamente y a la enorme suma de los que en la actualidad viven ocupados en empleos inútiles o perjudiciales. Habrá que facilitar a todos herramientas, semillas, alimentos, vestidos, vivienda, etc. Habrá que organizar la defensa de la revolución contra las guerras civiles y contra ejércitos imperialistas. Y todo esto habrá de

hacerse sin sostener una nube de burócratas y mandones y sin aceptar ninguna clase de dictaduras.

No nos inquieta la posibilidad de que al día siguiente de la revolución haya quienes nieguen su concurso al trabajo. Ni tiene por qué inquietarnos. Bien organizadas las cosas, el deber de trabajar, compensado con el derecho a consumir, no será esquivado por nadie. Y no será esquivado por nadie por la sencilla razón de que sin garantizar su condición de productor, el individuo sano y útil no tendrá derecho a consumir, y conocemos por personal experiencia que no hay quien rehuya el hombro a la faena, por ingrato que ésta sea, cuando el hambre le pisa los zancajos. Quizá resulte esto un poco violento en la práctica, pero esa violencia estará perfectamente explicada por el hecho de que no es justo que el holgazán viva sobre las espaldas del laborioso. Claro que será más agradable que el individuo tuviera consciencia clara de sus deberes de productor y los cumpliera espontáneamente sin el menor asomo de coacción directa ni indirecta, mas eso acaso se logra en la práctica con más rapidez de lo que se supone.

El problema más delicado es el de la organización, si no perfecta, eficiente, de la nueva sociedad. Si se logra esto, lo demás vendrá por añadidura. Y esa organización hay que tenerla prevista con antelación al hecho revolucionario. Es decir, que paralelamente a la creación del espíritu revolucionario hay que ir demostrando de qué modo se podrán organizar bien las cosas para que el equilibrio económico sufra la menor alteración. O dicho de otro modo: al mismo tiempo que se induce a destruir cuanto hallamos nocivo en la presente sociedad, hay que aprender a construir. Sería insensato demoler un palacio sin tener idea de cómo se edifica una choza. Frente a la sociedad del privilegio, científicamente organizada, debe colocarse la nuestra como tipo de organización superior, mejor concebida y mejor realizada.

Ya sabemos que razonar así es sentar plaza de pesimista o de retardatario. Ahora se estila hablar en revolucionario, y al que no se ajusta a esa moda se le conceptúa un pobre hombre. Predomina el criterio de que la revolución tendrá la virtud de resolverlo todo y se propaga la revolución. ¡Como si la revolución fuera propagable! No nos damos cuenta de que esto se funde con nuestros gritos y sin ellos, y que lo que urge es prepararnos y preparar a las masas para tomar en nuestras manos la herencia del capitalismo que agoniza y hacer buen uso de ella. No hace muchos días oímos a uno de esos revolucionarios propagandistas exponer en una conferencia pública su criterio, y al hablar de cómo se haría la Revolución en nuestro país, lo más valioso que expuso fué que *tomaríamos militarmente el estrecho de Gibraltar para evitar que los italianos vinieran a España*. Así no se hará

jamás la revolución. Lo que se hace con toda seguridad es el ridículo. Y si se hiciera, tanto peor. ¿Qué haríamos después del triunfo con estrategias de este calibre?

No. La revolución no encierra en sí virtud mágica alguna. Hay que saber lo que se desea establecer y cómo hay que establecerlo. Y hay que saberlo antes. Si cuando en 1919 los metalúrgicos italianos se posesionaron de los talleres hubieran tenido una ligera idea de lo que era preciso hacer, el fracaso no hubiera coronado el magnífico hecho. Aquel fracaso preparó la victoria al fascismo que ha colocado a Italia bajo las botas de Mussolini y sus adláteres. Si se hubiera tenido una mediana visión de lo que debía hacerse, no se hubiera restaurado la burguesía en Hungría y Austria después del triunfo de la revolución. La misma Rusia sería una cosa bien distinta si a la Revolución de octubre hubiera precedido la suficiente labor organizadora. Es inconcebible que estos hechos no nos digan nada y que después de estas lecciones de la experiencia aún perseveremos en el viejo error del verbalismo revolucionario.

Se puede establecer una sociedad razonable. No sólo se puede, sino que ha llegado la oportunidad de establecerla. Los viejos sistemas económicos han fracasado en todo el mundo rotunda y concluyentemente, y forzoso es ensayar sistemas nuevos. Se trata de saber quiénes están mejor organizados para hacer prevalecer el suyo.

En nuestro criterio debe establecerse un régimen económico de productores libres e iguales. No decimos el comunismo libertario, porque éste es un ideal de finalidad y no puede instaurarse de golpe y porrazo al siguiente día de la destrucción del capitalismo. Bastará con que acabemos con la iniquidad que implica la explotación del hombre por el hombre como único modo de facilitar a la colectividad el acceso a normas más elevadas de vida. En los primeros tiempos nos daríamos por muy satisfechos con que se pudiera prescindir totalmente del amo, del intermediario entre el productor y el consumidor y del gobernante. El comunismo libertario no podrá realizarse en toda su integridad de buenas a primeras y en su solo país. Es por esencia internacionalista y fraternitario, y ya es sabido que mientras subsista en el planeta un solo país organizado según el sistema capitalista, será preciso velar arma al brazo por las conquistas de la revolución, lo que no facilitará la creación de la gran hermandad universal que supondría el triunfo del comunismo libertario. En otro sentido, para que la verdadera fraternidad que informa la esencia íntima de nuestro ideal pueda existir, es preciso liberar las conciencias del lastre de muchos prejuicios morales, políticos y religiosos, y eso sólo es posible desarrollando un proceso de educación adecuado y en un medio propicio, que no lo constituye, desde luego, el régimen capitalista. Necesario es que nos resignemos, imitando el lenguaje de los profesionales de la política, con un programa mínimo de realizaciones inme-

diatas. Ese programa debe comprender: la destrucción del capitalismo y del Estado; entrega a la colectividad de los útiles de producción y de cambio, y organización de la producción, la distribución y el consumo, por la comunidad. Fuera de esto, en lo que se refiere a creencias, costumbres, etc., será necesario no ir más lejos de lo que las circunstancias permitan. No debe animarnos el espíritu estrecho del sectario. Por lo pronto será suficiente que logremos imprimir a la producción, la distribución y el consumo, directrices generales de acuerdo con nuestro ideal, respetando en cuanto sea posible las características especiales de cada pueblo. Después, la práctica diaria y el ejercicio de la libertad irán imprimiendo y fijando en las costumbres lo que sea más razonable. Claro que esto no quiere decir que se abandone la labor cultural y la enseñanza en todos sus grados. Al contrario. Es inexcusable concederle cada día una atención más sostenida y constante. Mas esto, quizá será privativo de los municipios o comunas libres en los pueblos y de los Comités de las Federaciones locales de Sindicatos de Industria en los grandes núcleos de población.

La mayor dificultad que suele verse en lo que concierne a la realización de esto, estriba en el error que supone creer que el hombre no puede vivir en sociedad sin el freno del principio de autoridad con su enorme aparato de fuerza. Eso no deja de ser cierto en cuanto se deje subsistir el actual antagonismo de intereses que no hace feliz a nadie. Desaparecido este antagonismo, la autoridad es innecesaria porque ninguno, en su sano juicio, puede proceder de modo antisocial cuando la sociedad en que vive se ajusta a su propia naturaleza.

Nosotros entendemos que este programa mínimo es perfectamente realizable en breve plazo. La organización de la nueva sociedad resultante deberá ser de tipo federalista, de modo que cada localidad sea realmente una república comunista autónoma que organice a su manera la producción, el consumo, los servicios públicos locales, y, al mismo tiempo, sea una célula viva del organismo nacional. Al triunfar la revolución, cada pueblo entra en posesión de su término municipal para la explotación de sus riquezas en común. Debe evitarse en lo posible la parcelación y fomento de la pequeña propiedad como uno de los escollos más serios que pueden dificultar la instauración del régimen comunista. Pero allí donde eso no pueda ser enteramente evitado, deberá establecerse como norma fija que toda la producción, así la obtenida con el cultivo individual como la procedente del cultivo colectivizado, debe pasar para su administración y buena distribución a la Comuna, Municipalidad libre o Comité de la Federación Local de Sindicatos, según la organización que en cada pueblo se adopte. Naturalmente, los cargos administrativos serán de libre elección y totalmente gratuitos como lo son hoy los de las Juntas administrativas de las entidades obreras. Las ini-

ciativas individuales expuestas y discutidas en el seno de la comunidad, no será preciso, para concretarlas en hechos, de la imposición de nadie, puesto que habrá sido comprendida la necesidad de su aplicación por la mayoría, y la mayoría es la que las ha adoptado libremente. Es decir, que los mismos que han tomado la determinación son los encargados de ejecutarla.

La producción debe llevarse en los primeros tiempos al máximo de las posibilidades. Del total de esta producción, si no fuera preciso racionalizarse, se atenderá a las necesidades locales, y el sobrante, si lo hubiere, después de separar lo necesario para semillas, se comunica al Comité de la Federación Nacional del ramo correspondiente, como asimismo lo que la referida localidad necesita por no haberlo producido o producirlo en menor escala de la necesaria. Estos Comités se encargarán de distribuir esos productos de la manera más adecuada. Un ejemplo: el pueblo A, por las condiciones especiales de su suelo, produce trigo en cantidad suficiente para atender a las necesidades de una población dos veces mayor. En cambio, necesita tejidos, herramental agrícola, materiales de construcción, abonos, etc. Efectuada la recolección y separado el grano necesario para semillas y para el consumo anual, informa al Comité de la F. N., o si resulta más sencillo, a la Confederación Regional, de la cuantía del cereal sobrante y de los artículos que les son necesarios. El pueblo B, más industrial que agrícola, produce con exceso los productos industriales que el pueblo A necesita, pero no produce el trigo preciso. Realiza la misma operación informativa que ha efectuado el pueblo A. Resultados: el Comité de la F. N. o de la C. R. —según se haya convenido— pasa nota a la Federación de la Industria del Transporte, que se encarga de intercambiar estos productos de modo conveniente. Y así sucesivamente en todos los órdenes.

En las grandes poblaciones, la producción debe estar en manos de los Sindicatos de Industria, cuyos Comités, auxiliados por los Comités de taller y los Consejos de fábrica, y de acuerdo con los obreros del ramo y con las necesidades generales, se encargarán de regularla. La gestión administrativa parece lo más indicado la ejerzan los Comités de las Federaciones locales formados por una o más representaciones de cada Sindicato.

Puede acontecer, acontecerá, sin duda alguna, que haya necesidad de incrementar determinados cultivos (el del trigo, por ejemplo) y reducir otros. Pero esto tiene fácil arreglo dada la organización razonable y nada complicada de la nueva sociedad.

Quedan por razonar una infinidad de detalles que suprimimos por no hacer este ensayo interminable. No hemos pretendido resolver el magno problema a través de estas simples notas que no van más allá del propósito de dar una idea de la magnitud de lo que es necesario hacer. Ahora el buen juicio del lector completará lo

que nosotros hemos dejado incompleto. A poco que medite verá que esto es practicable y comprenderá que no soñamos cuando hablamos de la posibilidad de establecer una sociedad de productores libres y consumidores iguales, sin necesidad de aceptar como una fatalidad irremediable la ingerencia del amo y la presión del gobernante.

Ahora bien; esto no puede llevarse a feliz término procurando sólo lanzar las multitudes a la calle. La lucha violenta apenas si es un episodio de la revolución social, necesario, pero no el único ni el más importante. Y para provocar ese estallido es necesario interesar a los

que han de arrostrar sus consecuencias mediatas e inmediatas en aquellas ideas a que se pretende dar efectividad práctica. No basta, para crear algo de la importancia de lo que nos proponemos, atizar el odio de las multitudes y acechar, para aprovecharla, la primera explosión del descontento. Hay que laborar intensamente, antes y después, para que se comprenda y se desee lo que anhelamos realizar.

Tal es, al menos, nuestro honrado criterio.

De los medios necesarios para llevar a cabo esta labor, hablaremos en un próximo artículo. Por hoy, ya basta.

H. NOJA RUIZ

## “Problemas económicos de la Revolución social española”

Pedro R. Piller, conocido por el seudónimo de Gastón Leval, ha aportado desde la Argentina, donde reside, su aportación valiosa a nuestra evolución, con este libro digno de los mayores elogios y merecedor de ser divulgado entre nuestros militantes. De la preparación doctrinal, necesaria para las tareas de propaganda, hemos de pasar a la preparación en economía, y no para poder encargarnos de su ordenación en el régimen comunista libertario, sino para poder juzgar de los derroteros y de las soluciones propuestas por los técnicos, o por los entendidos, en cada materia. Como dice Leval, hoy para los cargos de responsabilidad en los Sindicatos se elige a los de mejor preparación doctrinal o a los de mayor decisión revolucionaria o actividad combativa. Pero en cuanto la revolución haga pasar la hora de éstos, se precisará en los cargos administrativos los individuos de más iniciativas o los de mejor preparación para la nueva ordenación de la economía.

Gastón Leval da por fatal, en nuestra nación, en comunismo libertario, el bloqueo económico por las naciones capitalistas. Coincide en esto con los vaticinios de Noja Ruiz. Y, en efecto, debemos empezar por solucionar el problema de la producción y del consumo, dentro de las cir-

cunstancias forzadas del bloqueo. Es decir, que hemos de procurar valernos con nuestros propios medios. Por lo tanto, hemos de ver el modo de que la producción española satisfaga por completo sus necesidades, como una de las dificultades previas a vencer.

O sea, que ante el porvenir, hemos de plantearnos estas tres cuestiones previas: 1.ª ¿Es realizable la revolución social que derribe los dos obstáculos fundamentales al bienestar humano: estado y capital? Después del descrédito de la República, y ante el estado de agitación latente, el paro obrero y el hambre campesina, teniendo en cuenta los efectivos confederales, podemos decir que SI.—2.ª ¿Contamos con un organismo que pueda servir de relación entre unas y otras regiones, para ordenar nacionalmente la economía? Mirando a la C. N. T. podemos contestar del mismo modo, afirmativamente; y 3.ª En el caso probable de un bloqueo internacional, ¿tenemos, dentro de la nación, recursos suficientes para atender a las necesidades nacionales? El libro de Gastón Leval, con riqueza de datos, y una escrupulosa información, permite mirar el futuro con plena confianza en nuestras posibilidades.

El siguiente cuadro dará una idea de nuestra economía actual.

PRODUCTOS SOBREPANTES	PRODUCTOS SUFICIENTES	PRODUCTOS EN DÉFICIT
Aceite y aceituna. + + + Uvas y vinos. + + Naranjas y frutas. + + + Legumbres y hortalizas. + + Hierro, cobre, mercurio. + Tejidos. + Pesca. + Energía eléctrica y fuerza motriz. +	Trigo y cereales. Ganadería. (Carne y leche.) Azúcar. Producción agrícola. Carbón.	Petróleo y derivados. - - - Algodón. - - Caucho. - - - Papel. - Maquinaria. - Abonos químicos. -

Y, como conclusión optimista para el porvenir, podemos señalar que nos sobran: tierras de cultivo: posibilidades de mejorarlas por el regadío y construcción de pantanos. Nos sobran brazos, y debe sobrnos también entusiasmo y voluntad.

El petróleo se puede hallar en nuestro subsuelo, y la causa de no haberlo hallado es la insuficiencia de los sondeos, porque al capitalismo no le interesa este hallazgo, pero le interesa, en cambio, denunciar, para monopolizarla, una región petrolífera, a fin de que nadie más que ellos pueda aprovecharse de su riqueza. La región próxima a los asfaltos de Alava ha sido denunciada como petrolífera, sin que se haya hecho ni la menor tentativa de sondeo. Hay petróleo en diversas regiones, cuando menos, posibilidades de que lo haya. Pero el petróleo y sus derivados se obtienen por destilación de la hulla y de los lignitos, ambos abundantes en nuestra nación. Se sustituye la gasolina por el benzol, que se obtiene del alquitrán que resulta al producir el gas del alumbrado, producto que se usaba antes en los camiones, mezclado con la gasolina, pero que ha sido retirado por el monopolio de petróleos. Actualmente se empieza a recomendar el carburante nacional, que es una mezcla de gasolina con alcohol, o de benzol con alcohol, en proporción de un 30 ó un 50 %. El alcohol, cuya producción está restringida en España, puede obtenerse abundantemente, del trigo, de la patata, del arroz, de la uva y de muchos residuos, como las melazas de remolacha, y hasta de la madera. Puede emplearse como carburante por sí solo, a condición de usarlo en motores fuertes, como los de aceite pesado, o construyendo motores adecuados. Hay otras muchas soluciones teóricas.

El caucho se obtiene ya por síntesis.

El algodón se cultiva admirablemente en España, y la producción, desde que se ensayó, aumenta de año en año.

El papel, como la maquinaria y los abonos, pueden compensarse a base de incrementar la producción de las actuales industrias a base incluso de dos turnos de operarios. Las pastas de papel, que hoy se importan, podrían producirse con el corcho que se exporta, incrementando la explotación de las maderas, a base de compensarlo con la repoblación forestal. Un buen lugar de abastecimiento serían los archivos de papel inútil, y los libros con los que se ha venido siglos y siglos embruteciendo a la Humanidad.

Son datos interesantes los de la tierra cultivable, que se calcula en 45 millones de hectáreas, de las que actualmente se cultivan sólo 20 millones. En general, por la altura de meseta, el rigor del clima y la irregularidad de las lluvias en el sur y sureste de España, su producción es precaria, pero la maquinaria, los abonos y el regadío pueden mejorarlas hasta doblar su producción actual.

La población de España, como la de todas las naciones capitalistas, predomina en zánganos y en parásitos. Todo lo que consumen los 24 millones de habitantes lo producen unos seis millones y medio de agricultores, y unos cuatro millones y medio de obreros industriales. En total, once millones alimentan y engordan a trece millones inactivos. Hay que notar que estas cifras, incluyen como trabajadores a capataces, defensores del orden, abogados, magistrados y jueces, carceleros, burócratas, intermediarios del comercio, militares y profesiones inútiles en comunismo libertario. Esta clase especial de trabajadores puede calcularse en millón y medio aproximadamente.

El total de productores efectivos queda así reducido a nueve millones y medio.

El excedente de brazos con que se puede contar se ofrece como solución a los problemas económicos que un bloqueo pudiera plantearnos, y, sobre todo, a las obras de colonización interior que precisa un país sangrado con abundantes presupuestos y con las tres cuartas partes de su riqueza por explotar.

Este excedente de brazos no conduciría, como en régimen burgués, al aumento del paro forzoso, sino que se traduciría por la reducción de jornada de trabajo, por individuo. Esto permitiría establecer dos turnos de seis horas cada uno, con un 50 % de aumento diario en la producción, en las Industrias necesitadas de sobreproducción, como serían la extracción de carbón y de lignitos, la destilación de hulla para obtención de petróleo y derivados, las industrias metalúrgicas (maquinaria agrícola, motores de explosión, máquinas eléctricas), azucareras, destilerías de alcohol, fábricas de nitratos y abonos químicos. Este aumento de producción puede conseguirse sin aumentar el número de fábricas ni el número de máquinas, más difícil de improvisar.

Gastón Leval estudia, con todo detalle, las diversas producciones, prestando con ello un incalculable servicio orientador a las fuerzas revolucionarias. A algunos de sus reparos, como el de que no será practicable la fórmula «El que no trabaje, que no coma», vamos a contestar aquí.

G. Leval prevé las industrias que deben paralizarse o restringirse, como la textil, que supera a las necesidades nacionales, la viticultura, que podría reemplazarse en parte por el algodón, la minería y, en caso de bloqueo, la portuaria, y, en cambio, propone las industrias a fomentar. El excedente que se produce en unos trabajos encontraría ocupación en las nuevas actividades a desplegar. Y recordando el ejemplo de Rusia, piensa que serán muchos los obreros que no podrán ocuparse por falta de sitio. Seguramente que, al pensar así, no ha tenido en cuenta el turno en el trabajo o la reducción de horas de jornada, que es la solución que nosotros propo-

mos a la misma burguesía. El excedente de brazos no debe representar una carga para la colectividad, sino una ayuda.

Leval estudia, por regiones, la producción nacional, haciendo ver aquello que sobreproducen y aquello de que carecen. Este dato es sumamente interesante para las futuras relaciones a establecer entre las regionales o las locales sindicales, pero, sobre todo, es una orientación para establecer e incrementar el tráfico, dando preferencia al transporte de artículos de difícil conservación, como leche, pescado, frutas, hortalizas, entre las regiones abundantes y las carentes.

Para el bloqueo se nos ocurren más soluciones que la reducción de lo que debemos escatimar, por ejemplo, como propone Leval, la paralización del transporte a motor. Contra el bloqueo nos queda una resistencia activa, es la audacia para burlarlo y para sostener el comercio clandestino, estimulando la avaricia y afán de lucro del comerciante extranjero, cuyas arcas no tienen nacionalidad ni ideas.

El libro del camarada Pedro R. Piller, nos proporciona una conclusión francamente optimista respecto a la viabilidad del comunismo libertario en España. Podríamos aguantar un bloqueo, y podríamos, aun mejor, vencer con nuestras guerrillas y nuestras defensas naturales, la invasión de un ejército mercenario apoyado en los carlistas del Norte.

No incurre en las pesimistas predicciones del camarada Noja Ruiz, que está llevando a cabo, en esta Revista, unos parecidos estudios, a los tan afortunadamente realizados por Gastón Leval.

Tenemos delante de nosotros un porvenir riante, aunque fecundo en demanda de esfuerzos. Nos ofrece nada menos que el reparto entre todos de un bienestar general, basado en la satisfacción de las necesidades, y un régimen de justicia social, sin el cual, el pan sabroso de nuestros trigos castellanos nos parecería amargo. Ofrece oportunidades de poner en tensión todas nuestras potencias creadoras; las de cada cual en su tarea; las de los revolucionarios en que el éxito nos acompañe en la empresa; las de los estudiosos, técnicos y no técnicos, en buscar, con tenacidad, remedio a los problemas que nos plantea el imperialismo capitalista mundial. En este momento nos hace falta decisión y audacia. Nos estorban los timoratos y los faltos de fe en las virtudes del hombre libre y en los «milagros» de la libertad.

Si hay quien otea densos nubarrones preñados de amenaza en el futuro, que mire los que dejamos atrás. El hambre creciente de quien todo lo produce, del campesino, y del obrero de la ciudad. El atraso de siglos de campesinos que aún no saben lo que es el pan de trigo. Las hambres crónicas gravadas en la talla desmebrada del Hurdano, y tallada en la facies reseca del labriego extremeño. Todo un infierno del

Dante, pululando en el fondo exprimido hasta las heces del verdadero productor y gravitando sobre él, oronda y rezumando grasa áurea, una burguesía, que tiene el cinismo de mentar la cultura y el refinamiento de gastar, en desafío, los mejores autos de Europa. Desbarajuste económico, que impone al productor el capricho, la ley y la conveniencia del parásito que le chupa la sangre. Exportándose, lo que conviene a un acaparador y no lo que sobra en la nación. Importándose, lo que conviene a un *trust* o a un consorcio, y que luego se hace consumir a la fuerza. Cerrando la aduana con el proteccionismo a una industria ruinosa, y dejándola abierta cuando así conviene a un potentado. Construyendo ferrocarriles y carreteras, pantanos y obras públicas, no allí donde más necesidad se siente, sino allí donde más influencia se maneja. Cultivándose lo más improductivo, para dejar baldío lo feraz, según convenga al amo. Sudando el proletario en las industrias y partiéndose el pecho contra los terrones el labriego, para enriquecer a los zánganos, a los intermediarios y a los defensores de éstos y de aquéllos. Sosteniendo cada cuatro obreros a un capataz para que les vigile. Cada diez, a un casero; cada treinta, a un tendero, y cada cincuenta, a un hombre armado que sirve de guardacantón. Sosteniendo cada cien a un burócrata encargado de complicar la vida y hacer engorroso lo sencillo. Cada doscientos, a un burgués y a un terrateniente, que necesitan vivir en la opulencia. Y, entre todos, a un ejército de charlatanes, de burócratas, de altos cargos y de cuentistas.

Todo esto es lo que puede perder el proletario. Todo esto es lo que puede dejar el campesino. Las cadenas que lo sujetan, la ignorancia en que lo embrutecen y los parásitos que se engordan con su sangre.

A cuantos sientan interés por estas cuestiones económicas, que nada tienen que ver con las elucubraciones marxistas sobre el valor y el intercambio, les recomendamos lean el libro con que Gastón Leval ha cooperado, desde la Argentina, a la gestación de la Revolución social en España.

ISAAC PUENTE

## La perfección de las cosas

Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que, por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos y todos y cada uno de ellos el ser mío, se abraza y eslabone toda aquesta máquina del Universo y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.

FRAY LUIS DE LEÓN

# ACTUALIDAD

La política, en el peor sentido de la palabra, está infestando a España. Ante semejante fenómeno, se renueva en toda persona libre del contagio el menosprecio por la democracia, que todo lo rebaja a un nivel más que mediocre. Ved cuántos hombres que no hace mucho tiempo eran algo, se han perdido para siempre. Toda su inquietud, todo su idealismo, toda su disconformidad, todo su sentido crítico han desaparecido con un paso tan leve como el que se ha dado. Eran maestros en muchas cosas. Voces aisladas que no siempre decían cosas certeras, pero cuya actitud de descontento sembraba anhelos de transformación. Ahora se conforman con ser parte de un coro, con cantar todos la misma loa, en el mismo lenguaje, contentos y satisfechos, como si todo estuviera hecho, cuando apenas si se ha hecho algo.

Pero no éra de las cosas de nuestro país de lo que quería hablar. En la actualidad mundial, nuestros sucesos no son más que pequeños incidentes sin mucha importancia. El porvenir inmediato del mundo es posible que se esté fraguando en el Extremo Oriente. Si el capitalismo se considerara tan seguro como en 1914, a estas horas todas las juventudes europeas que se han embrutecido durante los últimos años en los campos de fútbol y otros espectáculos semejantes, se estarían asesinando sin saber por qué. Tal vez a pesar de la decadencia manifiesta del sistema capitalista no halle éste otro camino para intentar salvarse que esa matanza colectiva. El fuego está encendido allá entre China y el Japón. Bastaría con avivarlo. Los deseos no faltan. Véase con atención todo lo que el capitalismo hace y léase entre líneas lo que escriben sus servidores, casi todos los intelectuales, aun cuando hablen de paz. Si no se abrigara la duda de que eso sería precipitar el final, ¡con qué gozo no disimulado se habría aprovechado la hoguera chinojaponesa para hundir al mundo otra vez en sangre! Aquella hoguera sigue encendida. ¡Cuidado! Tal vez, repito, no se vea otro camino de posible salvación. Por si acaso, aunque otra cosa se diga, no se tiene ningún interés en apagar el fuego. Dejando aparte si se podría o no se podría.

Toda la llamada gran Prensa del mundo está ya dividida en sus simpatías por el Japón o China. Cualquier lector atento puede descubrirlo. También puede, con pocas probabilidades de error, señalar las naciones que lucharían en uno y otro bando. Las armas están preparadas y sobran, para la pervivencia del régimen capitalista, algunos millones de hombres. ¡Mal-

quita duda que impide dar el paso decisivo, tan propicio que es el momento y tantas justificaciones como podrían encontrarse para intervenir en el conflicto! ¿No se encontraron para la intervención en la pasada guerra, mucho menos necesaria para el capitalismo, con serlo tanto?

Se está al acecho, aguardando la hora oportuna. ¿Llegará?

Entretanto, se escriben las cosas más peregrinas. En pocos días he leído el adjetivo «geniales», dedicado a los políticos japoneses, en más de diez grandes periódicos. Esto me ha movido a releer el libro de Henry Dumolard, *El Japón político, económico y social*. Aunque hace bastante tiempo que se publicó, no es de creer que hayan cambiado mucho los políticos japoneses, de los que dice en la página 49: «Lo que seguramente domina todo esto es el nacimiento de una raza nueva, desconocida hasta nuestros días: la de los políticos. Ignorantes, vanidosos y corrompidos hasta lo inverosímil, los políticos japoneses son espléndidos representantes del actual orden de cosas.» No bastan ni una, ni dos ni tres generaciones para que todo eso cambie. Más adelante, en las páginas 50 y 51, para terminar el retrato, hablando de una fiesta que dió el presidente del Consejo, añade: «Pudo verse a los bravos legisladores japoneses, poco al corriente de las costumbres europeas, encaramados sobre los sofás para poder ver mejor a las parejas de baile. Otros se subían sobre los parreros de flores. Unos iban vestidos de frac y otros con traje de caza. Había mujeres calzadas con zapatillas y otras con los pies desnudos. Justo es decir que los europeos cenaron con el sombrero de copa puesto.»

No es exagerada la pintura; no se mezclan en ella los probables prejuicios del autor, que continúa citando una descripción de la fiesta hecha por un periódico japonés: «Para demostrar que no exagero, he aquí lo que dijo un grave periódico de Tokio, el *Mainitchi Shimbun*, reseñando la fiesta: «... Las costumbres de la mayor parte de ellos son ridículas. Los hay que no se tomaron nunca la molestia de peinarse. Hablan en alta voz y se proclaman héroes políticos. Con los zapatos sucios de barro se suben a los sillones. Fuman delante de las señoras aun viendo que las molesta el humo. Su conducta durante la cena fué un verdadero *shuraddjo* (uno de los infiernos budistas, tumultuoso y lleno de riñas). Lucharon a puñetazos para llegar al *buffet* como si fuesen «bocas hambrientas» (*gakki*). Se llenaron los bolsillos de pasteles y se pasearon por la sala blandiendo cuchillos y tenedores.

El ruido de sus mandíbulas parecía el que hacen los puercos cuando comen.»

Tales son los políticos *geniales* —ya he dicho que no bastan dos o tres generaciones para cambiar todo eso— que parte de la gran Prensa del mundo se esfuerza en hacer admirar por sí al fin estalla el gran conflicto internacional, en cuyo caso pasarían a ser inmediatamente representantes de la cultura, de la civilización, de la justicia, del derecho, etc., etc., en Oriente. Se repetirían todas las grandes palabras de la última guerra y algunas más, sin duda, para entontecer más de lo que están a las multitudes.

También he recibido algunos libros sobre la colonización europea en China. Quizá otro día ofrezca al lector un curiosísimo documento sobre el particular. No lo conozco en castellano, y vale la pena. Explica muchas cosas de las que suceden actualmente en aquel inmenso país, donde, lo repito, estalle o no la guerra que el capitalismo desea y teme, es posible que se esté gestando un porvenir que nos incumba más que los menudos sucesos a que aquí asistimos.

DIONYSIOS

## Aborto y anticoncepción

Se publican estadísticas espeluznantes sobre el aborto, capaces de amedrentar no ya sólo a los moralistas, sino al más empecatado disoluto. En Rusia, donde el aborto se practica legalmente, en los casos que reúnen las condiciones exigidas, el número de abortos fué en 1929, equivalente al 36'61 por mil de la población, o sea cerca de cuatro millones de abortos legales. En Alemania, se hace subir la cifra total a ocho millones. En Francia, se calcula en 30.000 el número de muertes producidas por el aborto criminal, y como la mortalidad se evalúa en un 6 %, se deduce un total de 500.000 abortos. En España, afortunadamente, no tenemos estadísticas, lo que nos permite no conocer las verdaderas proporciones de la plaga. Sus estragos los conocen los médicos, y sobre todo los ginecólogos. Practicados todos en la clandestinidad, y siendo en pequeña proporción los que causan estado público, sus estragos sólo se notan allí donde muere una madre y se desquicia un hogar, por querer librarse de la carga agobiante de los hijos.

Las cifras anteriores pueden ser exageradas, pero en España no nos quedamos atrás, ni mucho menos, en la práctica del aborto, y teniendo en cuenta los estragos que en la salud y en la vida de la mujer llega a producir, se impone acometer el estudio de este tema, sin aspavientos y sin falsos pudores.

Con declarar inmoral el aborto y con perseguirlo no se adelanta absolutamente nada. Se consigue sólo una cosa: recluirlo en la clandestinidad. Equivale a, imitando al avestruz, taparse los ojos para no verlo. Tan absurdo, como querer castigar al tuberculoso, por serlo.

Nadie se hace abortar por gusto. Cuando se acude a este mal, como una salvación, es por huir de otros más temidos. Y a veces se consigue sólo aumentar las proporciones de la desgracia. Se desea el aborto cuando se está ante

un embarazo no deseado, o por haber ignorado los medios anticoncepcionales o por haber fracasado las precauciones empleadas.

Si el aborto resulta peligroso, es principalmente por haberse de practicar en la clandestinidad, fuera del control y vigilancia del médico, y con procedimientos torpes o peligrosos como hijos de la impericia. Si el aborto pudiera hacerse con las garantías que se realiza cualquier intervención quirúrgica, no tendría ni la gravedad ni la resonancia patológica que tiene hoy, y sería menos peligroso que un parto.

Nosotros bien quisiéramos hacer innecesario el aborto usando las medidas profilácticas conducentes a ello. No nos cansamos de recomendar el uso de anticoncepcionales en cuantos casos es de temer un embarazo, o por la salud de la madre, o por la herencia que puede pesar sobre el hijo, o por la agravación que puede traer a la vida de la mujer o a la economía del hogar.

Muchas veces por ignorancia, pero otras tantas por dejadez o por abandono, se dejan sin cubrir los riesgos, y el embarazo se presenta como una idea fija que termina por conducir al aborto.

Tanto para que se evite la maniobra peligrosa, como para que se tenga un mayor cuidado en prevenir el embarazo no deseado, queremos hacer hincapié en los peligros que el aborto lleva aparejados.

La maniobra abortiva que más estragos y muertes produce es la punción del huevo. Muy usada por las comadronas, da lugar con gran frecuencia a perforaciones de la matriz, que en gran número de casos van seguidas de muerte por peritonitis. Sobre todo, realizada antes del quinto mes o en primíparas. Es tanto más fácil de practicar cuanto más reducido esté el canal del cuello uterino, como cuando se reduce a un orificio por el crecimiento y distensión de la matriz que el embarazo va produciendo. Después del quinto mes, y sobre todo en múltiparas, es

más fácil de realizar sin el peligro gravísimo de perforar la matriz, pero debe desecharse siempre.

Los dos riesgos más frecuentes, y que no dependen del procedimiento usado, pues ocurren con todos los medios, son la hemorragia y la infección.

La pérdida de sangre puede ser en el momento de producirse el efecto abortivo, pero puede persistir aun después de producido, prolongándose mucho tiempo, si no se ha vaciado por completo la matriz. No tiene otro tratamiento que el realizado por el médico o por el especialista, dirigido a librar a la matriz de los restos ovulares retenidos.

A veces la hemorragia se prolonga largo tiempo, meses incluso, sin peligro inminente, obligando, más o menos tarde, a un raspado de la matriz.

La infección puede ser gravísima y en forma de fiebre puerperal, y puede producirse, o por contagio directo por la maniobra abortiva, por descuidar las precauciones de asepsia indispensables, o por infección tardía de los restos ovulares retenidos. En estos casos deciden las defensas naturales de la mujer más que los recursos terapéuticos, que por primera condición precisan la de ser precoces.

Estos dos riesgos son mayores a partir de los dos meses de embarazo.

La repetición o insistencia en la práctica del aborto puede conducir a otros padecimientos crónicos de la matriz.

En tanto no sea posible la práctica del aborto con las precauciones quirúrgicas indispensables, cosa que estamos lejos de conseguir en España, a menos que cambie la estructura social, recomendamos poner todo el cuidado y esmero debido en la preservación del embarazo no deseable, por el uso de los medios anticoncepcionales, de los cuales nos hemos ocupado más de una vez.

Con gran frecuencia se me pregunta sobre cuál es el medio más recomendable de los expuestos en los libros. Pregunta a la que no se puede contestar de un modo absoluto, pues la indicación del anticoncepcional ha de hacerse en vista de las condiciones y circunstancias de cada caso. Nadie mejor que la práctica suele aleccionar en esta materia, y casi siempre se llega a dar, después de algún que otro ensayo, con el procedimiento más adecuado.

Por regla general, puede decirse que los capacetes y pesarios están contraindicados en las mujeres que tienen algún padecimiento genital (metritis, ulceración de cuello o flujo vaginal). En este caso, son más adecuados los anticoncepcionales espermaticidas y antisépticos, como los preparados Semur y Patentex, que existen en el comercio.

Una fórmula muy parecida a este último preparado, pero que por su consistencia exige de tubo de estaño y una cánula ajustable a él a fin de poder depositarlo en el fondo vaginal, es ésta: (Véase *Medios para evitar el embarazo*, de G. Hardy, página 136.)

Glicerolado de almidón ...	100 gramos
Acido bórico ... ..	5 »
Acido láctico ... ..	1 »
Clorhidrato de quinina ...	1 »

Otra fórmula más fácil de usar es la siguiente, que ha sido publicada por el doctor Fantasma en *Solidaridad Obrera*, de Barcelona:

Manteca de cacao ... ..	100 gramos
Clorhidrato de quinina ...	3 »
Timol ... ..	1 »
Agua de colonia ... ..	5 »
Glicerina ... ..	10 »

Disuélvase la quinina en la glicerina y el timol en el agua de colonia, y mézclase todo con la manteca de cacao fundida al calor. Una vez de bien incorporada la mezcla, póngase a enfriar, bien en moldes o ya en una caja de hojalata, de cartón o de papel. Córtese en trozos (unos 50 de esta cantidad). Para introducir uno cada vez en el fondo de la vagina, antes del coito. La mezcla se deshace con el calor del cuerpo.

Cuando el estado de los genitales es de normalidad, cosa no frecuente en quienes han pasado por incidencias de vida sexual, son recomendables y prácticos los pesarios. Como el modelo de galalit llamado Tarkappe, que se tolera y fija bien en su sitio, pudiéndose llevar colocado varios días seguidos, y los modelos en goma blanda, como el «pro-race» o los pesarios a fondo, que deben retirarse con mayor frecuencia.

También puede ser suficiente el lavado o irrigación vaginal, sobre todo si se emplea la cánula vaginal Funke, que permite inyectar el agua a presión en la vagina, a condición de que se administre lo más inmediatamente posible después del coito. Este medio es aconsejable en los casos de flujo vaginal abundante. Como líquido antiséptico empléese la solución de formol al 40 % del comercio diluida en proporción de una cucharadita por litro de agua, por ser el más económico. Son eficaces los comprimidos de Gineclorina, uno en cada litro de agua, y el Lysoformo, líquido de olor agradable, que se diluye en proporción de una cucharada por litro.

#### UN MÉDICO RURAL

---

*Mi primer amor; una hermosa muñeca de cera que tenía los ojos azules y el cabello negro, y daba vueltas, lentamente, a su espléndido busto, envuelto en terciopelo rojo, en el escarpate de una peluquería. Es la única mujer que he conocido que fuese siempre exacta a la cita, y que nunca demostrase intención de engañarme.*

ANDRES DAHL

# La virilidad del hombre

*Cómo se conserva y cómo se recupera la fuerza viril hasta edad muy avanzada. Medios científicos naturales para curar la impotencia masculina, sin drogas ni medicamentos.*

(Continuación)

## MEDIDAS GENERALES

**Reposo de los órganos.**—Es indispensable imponerse desde un principio la abstención absoluta de toda función sexual y de todo intento de excitación erótica durante el período de tratamiento, única manera de conseguir el reposo fisiológico del aparato genital; esta abstinencia es muy necesaria para iniciar la reparación de sus órganos debilitados.

Para ello es muy recomendable entregarse a ocupaciones que no requieran un desgaste mental, pero que mantengan la atención ocupada en cuestiones ajenas a relaciones íntimas y sociales. Son muy recomendables los paseos por el campo, excursiones y viajes, y el deporte que no requiera de ejercicios fatigosos, así como todas aquellas ocupaciones que puedan distraer la imaginación y abstraer al enfermo del pensamiento que comúnmente le domina sobre su estado.

Deberá, además, desterrar de su comida toda clase de excitantes, como son toda clase de carnes, el alcohol, el café, el cacao, el vinagre, el pimiento, etc., y que podrían producir un estimulante momentáneo y ficticio que perjudicaría su curación. Desde luego, todo esto quedará eliminado con el régimen vegetariano que le indicaremos más adelante, y al que habrá de someterse por completo, por lo menos durante el período de tratamiento.

Cuando una persona, en su vida social y particular, gasta más de lo que le suministran sus ingresos habituales, no tarda en verse en déficit, y si persiste en su norma desequilibrada, sobreviene el agotamiento de su economía, es decir, la quiebra, y con ella el descrédito y la ruína. De la misma manera, el hombre que dilapida sus energías orgánicas y vitales entabla un desequilibrio en su economía, y por lo que afecta a su vida sexual, no tardan en presentarse primero la debilidad genital y luego la impotencia, en principio parcial o transitoria y después definitiva o total, es decir, la quiebra y la ruína subsiguientes.

Es necesario, pues, que así como el hombre arruinado trata por todos los medios normales de rehacer su crédito y enderezar su economía, para lo cual es imprescindible, de inmediato, suspender gastos e incrementar sus ingresos, el enfermo

de impotencia se imponga de manera absoluta, al empezar el tratamiento que iremos describiendo, la abstención completa de todo gasto sexual, la suspensión de todo pago genital, cerrándose a todo comercio erótico ni aun con la imaginación (que hemos visto produce un desgaste nervioso perjudicial), hasta reconquistar sus economías y lograr que éstas sean lo suficiente superabundantes que de por sí mismas impongan la necesidad de iniciar nuevamente los gastos, siempre prudentes y ordenados, en forma moderada.

Este principio del reposo empieza ya a reconocerse hasta en los medios de la medicina clásica, y se aplica a cualquier órgano afectado. Si existe una úlcera en un estómago, la naturaleza cuidará de resolverla y cicatrizarla por sí sola, lo mismo que otra herida cualquiera, a condición de que se consiga la suspensión total de la actividad funcional de dicho órgano, para lo cual se recurre de inmediato a un régimen especial y en muchos casos se emplea con muy buen éxito el empleo de una sonda especial que conduzca la comida directamente al intestino.

**Estado psíquico.**—Así como el sujeto que nos ha servido de comparación anteriormente necesita, para reconstruir su equilibrio económico, del optimismo y la perseverancia, sirviéndole de estímulo la convicción de volver a gozar de la situación preferente en que se hallaba antes de su fracaso, así también el enfermo nuestro necesita poner en el tratamiento toda su voluntad y su fe, sin distraer su atención en otra cosa que en la necesidad que tiene de seguir con firmeza hasta el fin, seguro de que ha de hallarse de nuevo en plena posesión de su energía viril.

Es necesario que expliquemos por qué insistimos en la necesidad de que el enfermo se imponga a sí mismo una convicción optimista, pues aunque la impotencia se deba a una causa física, la mayor dificultad en el tratamiento estriba en el pesimismo mental del sujeto. En efecto, son muy raros los individuos afectados de impotencia que he tratado, que al principio no se me hayan presentado en un estado mental lamentable, habiendo tenido que esforzarme mucho por disipar su desconsolador pesimismo. La mayoría cree incurable su dolencia y se entregan a un estado deprimente, como si su espíritu estuviera pendiente de las menores evoluciones de sus genitales y su vida entera se concentrara en ellos, siendo mayor la tristeza y el pesimismo cuanto mayor sea la pasividad que observan en sus órganos. Esto es francamente perjudicial, porque el estado de ánimo influye poderosamente en el sistema nervioso, y con ello se comprenderá la gran dificultad que supone para conseguir la po-

tencia viril si el enfermo carece de un optimismo relativo en su curación.

Es necesario, ante todo, separar la enfermedad en sí de la preocupación que ella produce, y todo enfermo debe grabar en su mente la convicción de que con un tratamiento adecuado como el que entraremos a detallar, a base de los elementos naturales energéticos científicamente suministrados, la curación de la impotencia es indudable, dependiendo de la perseverancia y del entusiasmo que el enfermo ponga en el tratamiento, el mayor o menor período necesario para el total restablecimiento de la virilidad. Durante este período de tratamiento, el individuo afectado debe alejar completamente de su ánimo la preocupación de su mal, sustituyéndola por la noción clara, precisa e imperiosa de su curación segura. Al mismo tiempo, debe olvidarse de que se es hombre, sexualmente hablando, hasta que su apetito venéreo sea franco y las manifestaciones viriles sean de una esplendidez indudable, sin halagos mentales ni caricias lascivas. Si estas manifestaciones no se presentan espontáneamente y con su natural potencia, es porque se trata de una falsa virilidad, y creer en ella intentando nuevamente el goce sería pagar una ficción con un largo retroceso.

Estos dos preceptos esenciales librarán al paciente de la preocupación agobiante y de la reincidencia aplastadora, dejando el campo libre a la acción curativa del agua, el sol, el ejercicio y la alimentación racional, cuyo uso adecuado vamos a detallar, para luego indicar la aplicación específica que de cada uno de estos poderosos elementos habrá de hacerse en cada caso.

*Uso del agua.*—El agua la utilizaremos al interior para facilitar el descarte de ciertas sustancias tóxicas que sean expulsadas a través de la piel y de la orina, y al exterior, con o sin fricción, fría o caliente, y en forma de vapor, según la indicación en cada caso, para la acción tónica sobre los tejidos y su reacción reactiva y estimulante sobre los vasos sanguíneos.

El uso del agua al interior debe suministrarse siempre en las horas que no pueda dificultar la digestión, siendo preferible en ayunas, durante las comidas, cuando éstas se compongan de alimentos poco jugosos o secos, al final de las mismas y cuatro horas después de ellas. En ayunas sobre todo, es más conveniente que durante el día, pues entonces constituye un verdadero lavado del tubo digestivo. Por regla general, y al principio del tratamiento, es preferible el uso interno del agua caliente, pues es menos excitante que la fría para ciertos temperamentos nerviosos y porque facilita mejor la provocación de sudor, sin perder por ello nada de su acción diurética.

Al exterior tiene el agua diferentes aplicaciones, que iremos indicando en cada caso especial cuando señalemos el tratamiento que cada cual debe adoptar según el carácter crónico o agudo de su dolencia. El agua fría tiene una acción más directa sobre los tejidos que la del agua caliente, pero sólo puede hacerse local-

mente cuando su aplicación ha de durar mucho tiempo, ya que el baño frío general muy prolongado sustrae al cuerpo su calor vital. En todo caso, a la aplicación del agua fría se origina una contracción de los vasos sanguíneos capilares que implican una disminución del calor vital de la parte bañada, pero cuando cesa la acción del agua fría sobreviene un fenómeno de reacción natural que aumenta este calor por la dilatación vascular, seguida de gran aflujo de sangre. Es conveniente que en las aplicaciones frías locales se renueve el agua antes de que ésta absorba el calor de la parte aplicada, a fin de conseguir mayor reacción y por tanto un mayor éxito en el resultado apetecido.

Las aplicaciones locales de agua caliente tienen una indicación muy útil cuando se trate de dilatar los poros y estimular la piel para combatir cualquier inflamación purulenta, pues al par que imprimen una reacción beneficiosa en los vasos sanguíneos, excitan los glóbulos blancos para la acción defensiva. También para este objeto y para conseguir efectivos reactivos locales, se utilizan las aplicaciones de compresas húmedas, empleándose frías o calientes, según los casos. Para impedir la evaporación del calor producido por la aplicación de las compresas, sean frías o calientes, es conveniente colocar por encima de ellas un papel o tela impermeable.

Todos los baños locales deben ir seguidos de una fricción, practicada con una toalla o lienzo fuerte o con un guante de crin algo duro, a fin de conseguir, a la vez que la acción anticongestiva del agua y la resorción de cualquier humor o tejido adiposo, la acción excitante de la fricción que acelera la circulación sanguínea. En los baños de pelvis, en los de tronco y del bajo vientre, cuya aplicación tiene una importancia capital para nuestro tratamiento, las fricciones se harán también durante el baño con un paño áspero o crin. Las fricciones se harán manteniendo el paño constantemente mojado y la dirección de las fricciones será de abajo hacia arriba y de atrás adelante, en el baño de pelvis que comprende los órganos genitales, perineo y nalgas; y en los del bajo vientre, siguiendo la dirección del intestino grueso, o sea de derecha a izquierda, terminando en la ingle izquierda. Estas fricciones, tanto durante el baño con el paño bañado, como después con la toalla seca o tela recia, habrán de hacerse suavemente por tratarse de partes delicadas.

Cuando pasemos a la parte técnica de la aplicación del baño del bajo vientre y del baño de pelvis, nos ocuparemos de la acción especial que éstos ejercen en las afecciones del aparato urinario y genital.

Otra aplicación local del agua es la colocación, durante la noche, de una envoltura húmeda sobre las partes genitales, con el fin de contrarrestar la congestión que éstas sufren con el calor de la cama y el aflujo de sangre a la médula espinal y órganos declives, como son los testículos, el pene y el recto.



AMANECER DE LA JUSTICIA SOCIAL

FOTOMONTAJE DE JOSÉ RENAU



# LA GRAN FARSA

Hace años que estamos asistiendo a una gran farsa, a una gran tragicomedia representada por los más hábiles actores de la política internacional, cuidadosamente preparada entre bastidores. El reparto y los largos ensayos privados corren a cargo de la Sociedad de las Naciones. La comedia se titula *Conferencia del Desarme*.

Mientras los largos discursos, los bellos calderones retóricos nos hablan de las *intenciones eminentemente pacifistas* de las grandes potencias, la contemplación del panorama universal nos revela toda la *realidad* de la gran farsa: el Japón continúa ejerciendo su sangrienta política de rapña sobre los terrenos y sobre las masas hambrientas de la China; Inglaterra y los EE. UU.,

defendiendo sus contrapuestos intereses comerciales en América del Sur, siguen avivando el fuego entre Bolivia y Paraguay, por la posesión de unos terrenos ricos en petróleo...

¿Cuál ha sido la intervención de la Sociedad de las Naciones en estos conflictos? ¿Dónde está la labor *pacifista* de esta *jaula de loros* de la política internacional? Con la experiencia de su resultado en estos conflictos parciales, ¿se puede seguir confiando en que esta entidad *pacifista* pueda evitar una nueva masacre universal en la cual, fatalmente, las masas laboriosas de todo el mundo tienen que suministrar la «carne de cañón»?

Los trabajadores tienen que ver clara esta cuestión. Cuanto más avanza la ola revolucionaria, cuanto más incontenible es la exasperación del proletariado frente al régimen de inicua explotación capitalista, la burguesía necesita echar mano de nuevos recursos con que frenar el impulso de los descontentos y seguir engañando a las masas.

La Sociedad de las Naciones cumple muy bien la misión que se le ha encomendado: desviar la atención de las masas de la verdadera naturaleza de los problemas actuales y de los medios más apropiados para llegar a una verdadera solución revolucionaria. Mientras por una parte, las *grandes personalidades* hablan de *pacifismo*, por otra parte, las potencias por ellos representadas aumentan en un ritmo acelerado la potencia y el número de sus aparatos guerreros; mientras por un lado se habla de *soluciones económicas* a las masas de parados y de hambrientos, por otro, los presupuestos de guerra suben hasta niveles jamás conocidos. La única rama de la industria que a pesar de la crisis general de la producción se halla en un florecimiento ascendente, es la producción de material de guerra.

Esta realidad evidente es la que trata de ocultar la Sociedad de las Naciones con su política *pacifista*. Sólo a los hombres conscientes, a los explotados de todo el mundo, incumbe la tarea de demostrar quién es el que verdaderamente está interesado en que haya paz y fraternidad en el mundo, desenmascarando e imponiendo un *mutis* definitivo a todo ese tinglado de farsantes que se proclaman campeones del pacifismo internacional.



El baño frío general es poco recomendable a personas débiles, a quienes sólo para la limpieza del cuerpo puede indicárseles su uso una o dos veces por semana, con una duración no más allá de diez minutos, y a una temperatura de 20 a 30 grados. Las personas robustas pueden utilizarle más veces y de mayor duración y a una temperatura de 15 a 20 grados, pues cuanto más fría está el agua, más poderosamente tónico resulta el baño. Después del baño de agua fría debe procederse enseguida a una fricción enérgica que excite la reacción y complete sus efectos. Es también conveniente practicar algunos ejercicios gimnásticos de los que indicaremos más adelante, a fin de completar la reacción producida por el baño. Las personas muy débiles que sintiesen después del baño alguna sensación de frío que no logren disipar la fricción y los ejercicios, pueden tomar un vaso de agua caliente azucarada.

La ducha de agua fresca, principalmente por las mañanas al levantarse de la cama, y también después de la sesión gimnástica, que habrá de practicarse diariamente, tiene también una importancia esencial en nuestro tratamiento, y el enfermo habrá de someterse a ella desde el principio. Los efectos de la misma son más rápidos que los del baño frío general, pero tienen un

poder regenerador decisivo y su acción energética es muy notable. Es también muy tónico de los músculos y de la piel. Produce una sensación de bienestar y energía, endurece y tonifica preservando al organismo contra los cambios atmosféricos. La ducha de agua fresca es el complemento obligado de los baños de sol, y, además de la ducha matinal, es muy conveniente tomarla antes de acostarse, secarse rápidamente, y envuelto el cuerpo en una toalla grande introducirse en la cama bien tapado hasta conseguir la reacción, que no tarda en presentarse. Esta práctica acelera los movimientos del corazón y de los vasos, oxigenando la sangre y contribuyendo a la mayor amplitud del pecho.

También se emplea el agua en los baños de vapor, utilizando el calor húmedo sin aplicar el agua directamente a la superficie del cuerpo. Su acción es sumamente importante para provocar la transpiración activa y disolver y expulsar por la piel las materias tóxicas, activando así mismo la circulación sanguínea. Puede utilizarse, como los demás baños, en forma local o general, según las indicaciones convenientes a cada caso.

DR. JULIO ATARFE CASTILLEJOS

(Continuad.)

## Piedras preciosas

### TEORÍA DEL TRABAJO-MERCANCÍA

La teoría del trabajo-mercancía, cruel y desesperante desde el punto de vista del sentimiento, es incompleta y falsa desde el punto de vista de la economía política más absoluta, si ésta quiere tener en cuenta todos los hechos. El trabajo, en el caso en que el trabajador no posea ninguna clase de capital, como los jornaleros y los obreros de las fábricas, no tiene los caracteres económicos de una mercancía, porque el trabajador no se halla ante el que le emplea en la posición de un libre vendedor. Se puede decir que el capitalista es siempre *libre de emplear* el trabajo y que el obrero está siempre *forzado a venderlo*. El valor del trabajo es completamente destruído si no se vende a cada instante. El trabajo no es susceptible ni de acumulación, ni siquiera de ahorro, a diferencia de las verdaderas mercancías. El trabajo es la vida, y si la vida no se cambia todos los días por alimentos, sufre y bien pronto perece. Para que la vida del hombre sea una mercancía es necesario admitir la esclavitud.

El capital, comprador del trabajo, está situado en una posición completamente diferente: si no se emplea, cesa de beneficiarse, pero no se aniquila. Puede, pues, esperar y diferir la compra hasta obtener mejores condiciones. En una palabra: el trabajo no siempre está solicitado, pero se ve forzado a ofrecerse siempre. En semejante situación, ¿dónde están las condiciones legítimas de la compra y de la venta?—EUGENIO BUSET

### DIVIDENDOS

Aseguran los sabios de esta generación que el tráfico de los dividendos es la única cosa que sobresa. No tengáis ni antecedentes, ni talento, ni educación ni fuerza, pero tened dividendos. Tenedlos en abundancia para ser inscrito en letras mayúsculas en los registros de la compañía. Flotad sobre negocios misteriosos entre París y Londres y veréis un grande hombre.

- ¿De dónde viene?
- Dividendos.
- ¿A dónde va?
- Dividendos.
- ¿Qué gustos tiene?

- Dividendos.
- ¿Tiene principios?
- Dividendos.
- ¿Qué es lo que le llevó al Parlamento?
- Dividendos.

Tal vez, por sí mismo, no obtuvo éxito alguno ni salió adelante en la más pequeña empresa; tal vez no comenzó nada, ni acabó nada ni produjo nada. ¡Pero dividendos, dividendos! ¡Oh, poderosos dividendos! Colocad bien altas estas imágenes deslumbradoras que a nosotros, pobres gusanos, nos inducen a gritar, como bajo la influencia del opio: «Señores, libradnos de nuestro dinero, gastado por nosotros, comprados, vencidos, arruinados. Solamente os suplicamos que toméis rango entre los poderosos de este mundo y engordéis con nuestra propia carne...»—CARLOS DICKENS.

### EL COMERCIO

Los comerciantes son actualmente libres, pero el cuerpo social no lo es en sus relaciones con ellos; necesitamos hacer compras, no podemos pasar sin alimentos y sin vestidos que sólo se obtienen comprándolos, y por consiguiente, por este hecho estamos a merced de los vendedores cuyos latrocinios tenemos que aguantar.

Un mecanismo así es la libertad *simple y no recíproca*; la libertad está por entero del lado de los vendedores, contra los cuales el engañado consumidor no tiene ninguna garantía. Se necesitaría descubrir e introducir esta garantía para elevar el régimen comercial a libertad *compuesta o recíproca*.—CARLOS FOURIER.

### EL RÉGIMEN ACTUAL

El peor defecto del régimen actual es que cuesta demasiado caro. No paga de buena gana; no es fastuoso. No es brillante en mujeres ni en caballos. Pero bajo una apariencia humilde y exterioridades descuidadas, es gastador. Tiene demasiados parientes pobres, demasiados amigos que complacer. Es despilfarrador. Lo peor es que vive en un país cansado, cuyas fuerzas bajan y que ya no se enriquece. Y el régimen tiene gran necesidad de dinero. Se da cuenta del apuro. Y sus apuros son más grandes de lo que cree. Aumentarán más todavía. El mal no es nuevo. Es el mal de que murió el antiguo régimen. Señor abate, voy a decirles una gran verdad: mientras el Estado se contenta con los recursos que le suministran los pobres, mientras tiene bastante con los subsidios que le aseguran con una regularidad mecánica los que trabajan con sus manos, vive feliz, tranquilo y honrado. Los economistas y los hacendistas se complacen entonces en reconocer su probidad. Pero desde que el desgraciado Estado, apurado por la necesidad, intenta pedir dinero a los que lo tienen y sacar de los ricos alguna débil contribución, se le hace sentir que comete un odioso atentado, que

viola todos los derechos, que carece de respeto a la cosa sagrada, que destruye el comercio y la industria y aplasta a los pobres al tocar a los ricos. No se le oculta que se deshonra. Y cae bajo el desprecio sincero de los buenos ciudadanos. Sin embargo, la ruína viene, lenta y seguramente. Cuando el Estado toca a la renta está perdido.—ANATOLE FRANCE.

### EL SALARIADO

Hasta la insuficiencia del jornal de un obrero es un motivo más para que se lo disminuyan. Cuanto más le hostiga la necesidad, tanto más barato se vende. Cuanto más urgente es la necesidad, tanto menos le produce el trabajo. Los déspotas momentáneos, a los que implora para que acepten sus servicios, no se avergüenzan de tomarle, por decirlo así, el pulso, para apreciar la resistencia que le queda; la retribución que le ofrezcan será proporcional a su grado de desfallecimiento.—LINGUET.

### LA PROPIEDAD

Las leyes eternas del Universo indican que sólo puede pertenecer al hombre lo que requieren sus necesidades actuales, lo que necesita para el sustento diario o las comodidades de su existencia; la tierra no es de quien la trabaja, ni el árbol de quien coge el fruto; incluso del producto de la industria que ejerce no le corresponde sino la parte que utiliza o consume; lo demás, incluso su persona, pertenece a la sociedad entera.—MORELLY.

### LO PRINCIPAL

Si vamos al fondo de las cosas, y prescindiendo de los sufrimientos que los hombres se producen ellos mismos por no contener sus instintos de violencia, ¿no estriba toda su desventura en que unos sufren hartas fatigas de trabajo, de hambre y de privaciones, mientras que otros gozan del exceso de riquezas y de ociosidad, fuentes principales de los vicios? Creando toda una serie de leyes que reglamenten este orden social tan artificioso como injusto en sus principios, hemos perdido la noción positiva del bien y del mal, de lo importante y lo secundario. Se ha olvidado que antes de cantarles misa, armarlos, instruirlos y curarlos, hay que proveer a que los hombres no se mueran de hambre; se ha olvidado que entre nuestros deberes hay unos que son primeros y otros que son últimos, y que no puede cumplirse el último antes que el primero, como no se puede rastillar antes de haber labrado.—LEÓN TOLSTOI.

### EL DINERO

El dinero es malo: es preciso desembarazarse de él en un momento, de golpe. El dinero es tan perjudicial que aun darlo a los demás es

corromperlos y contribuir a la podredumbre social. Luego, por necesidad, hay que suprimirlo. Después será preciso vivir en el campo, porque las ciudades son germen de pestilencia moral y física. Y cuando ya no haya dinero ni ciudades todo el mundo trabajará viviendo de su trabajo. Esta será la edad de oro: entonces la humanidad obtendrá justicia y gozará de admirable beatitud.

El trabajo es la gran ley, la fuente de vida, el verdadero esfuerzo del progreso humano; y el dinero, simple medio convencional de cambio, si ha sido uno de los factores más poderosos de la civilización, ha traído también todas las injusticias y todas las iniquidades. Si con una palabra pudiera suprimirse el dinero; si enseguida los pueblos se sometieran al trabajo y viviesen como hermanos, ¡oh, qué grito de libertad lanzaría la pobre Humanidad redimida!—EMILIO ZOLA.

## La delectación

Toda delectación vemos no consistir en otra cosa que en cierto tránsito, paso o mudanza. En efecto; fastidioso y triste es el estado del hambre, desagradable y molesto es el estado de la saciedad; pero aquello que nos deleita es el cambio de lo uno a lo otro. El estado del ardor venéreo nos atormenta, el estado de la desfogada lascivia nos contrista; pero lo que nos contenta es el tránsito del uno al otro estado. En ningún estar presente se encuentra placer si antes no se ha sentido el fastidio. La fatiga no agrada sino inmediatamente después del reposo, y, por el contrario, si no es inmediatamente después de la fatiga, en el reposo no hay delectación.

GIORDANO BRUNO

## NUESTRO EXTRAORDINARIO

*El número extraordinario de ESTUDIOS de 1.º de enero de 1933, constituirá una agradable sorpresa para todos nuestros lectores, pues tanto por la calidad como por la cantidad de su texto, ilustraciones, etc., significará un verdadero alarde editorial y artístico.*

*Ya son conocidos nuestros extraordinarios de años anteriores, y saben que siempre han superado en importancia cultural y científica a cuanto de antemano habíamos anunciado. Sin embargo, el material cuidadosamente selecto que vamos preparando nos permite ya asegurar que el próximo extraordinario ha de superar en todos sus aspectos a los ya conocidos.*

*A fin de evitar lo ocurrido en años anteriores, que no pudimos servir los numerosos pedidos hechos apenas aparecidos, rogamos a nuestros corresponsales nos digan anticipadamente el aumento de ejemplares que de dicho número deseen recibir en sus paquetes. A los que no avisen les serviremos únicamente los ejemplares habituales, pero sin responder de poder servir, después de publicado el extraordinario, los pedidos que se nos hagan.*

*El precio de este extraordinario será de UNA PESETA el ejemplar, con el veinte por ciento de descuento para los corresponsales.*

**NOTA IMPORTANTE A LOS SUSCRIPTORES.**—Los suscriptores a quienes vence la suscripción a fin de año, deberán abonar el nuevo año de suscripción antes de primero de año próximo, sin esperar a recibir el aviso acostumbrado, pues el mucho trabajo acumulado en esta Administración nos impide avisarles como hacemos de ordinario. Por lo tanto, rogamos tomen nota los suscriptores del extranjero que los que no hayan reanudado la suscripción dejarán de recibir este número extraordinario, y los de España lo recibirán contra reembolso del importe de la suscripción del nuevo año, más 0'50 por los gastos del reembolso (en total 7 pesetas), si antes no han girado ellos las 6'50 pesetas.

# La Iglesia y la prostitución

(Continuación)

## V.—EL CLERO Y LA PROSTITUCION

Según Diana, un religioso puede prescindir de su hábito sin incurrir en excomulgación, siempre que se lo quite para frecuentar «casas o lugares de depravación».

La indulgencia de los teólogos y casuístas católicos por lo que se refiere a la prostitución se explica, en gran parte, por la necesidad del clero de compensar con las meretrices la falta de mujer, ocasionada por el voto del celibato.

La prostituta, en todo el decurso de la Historia, hállase al lado del sacerdote como al del soldado. Un cúmulo de testimonios, de deliberaciones, de analistas y concilios demuestran que los sacerdotes durante siglos, tuvieron concubinas. El cardenal Baronio, en sus anales eclesiásticos del año 741 cita una carta del obispo Bonifacio, dirigida al papa Zacarías, en la que dicho obispo, legado del papa, habla del clero de su legación. Entre otras cosas dice que los diáconos tienen «cuatro, cinco y más concubinas (*concupinas quatuor, vel quinque, vel plures noctu in lecto habentes*)».

El obispo Thierry de Niem, secretario del papa Urbano VI, escribe en sus *Memorias unionis tractatus* (cap. XXI):

«Cuando los obispos van, dos veces por año, a visitar a los sacerdotes subalternos, llevan consigo a sus amantes que no les permitirían viajar sin ellas, puesto que los eclesiásticos y sus concubinas las reciben magníficamente, prodigándoles toda clase de atenciones, y temen, además, que sus obispos no se enamoren de las concubinas de los sacerdotes visitados.»

El autor del libro titulado *Speculum humanae vitae* habla de esta manera, refiriéndose a los canónigos (libro II, cap. XIX):

«Los canónigos no tienen suficiente con una sola mujer, y, además de aquella que vive con ellos en calidad de esposa, tienen algunas muchachas como concubinas.»

El inglés Burton, en la obra anteriormente citada, escribiendo acerca de la tolerancia de los católicos con referencia a la prostitución, decía:

«Creen que les es imposible a las personas ociosas, jóvenes, ricas y apasionadas, y para un contingente tan elevado de domésticos, monjes y hermanos, vivir honradamente, y opinan asimismo, que constituye una carga en exceso tiránica obligarles a ser castos, y también que es pernicioso para los pobres, los legos y los soldados casarse, así como para las personas enfer-

mas, los frailes, los sacerdotes y sus sirvientes. Por esta causa, a fin de bienquistarse con unos y otros, toleran y sostienen esta especie de burdeles y casas de prostitución.»

En 1583, el duque Carlos III de Lorena, ordenó que las prostitutas dejaran de frecuentarse con los eclesiásticos, amenazándolas con el destierro y azotarlas.

En 1706, Chiericato deplora que los religiosos no se avergüencen de frecuentar a pleno día las casas de lenocinio. Cuando Luis XV ordenó que se detuviera a todos los eclesiásticos que frecuentaran las casas de prostitución, fueron encarcelados unos 296.

## VI.—LA CORTE PONTIFICIA

La propia corte pontificia, fué, durante bastantes siglos, un foco de prostitución.

El cardenal Baronio, el gran analista de la Iglesia romana, hablando de los papas del siglo x, se expresaba así:

«¡Ay: más horrible que nunca era entonces la faz de la Iglesia romana! Las cortesanas más depravadas dominaban a Roma con su poderío, y, según sus recomendaciones, se distribuían los obispados, destituíanse o encumbrábanse autoridades eclesiásticas; y lo que aún es más horrible de decir y explicar, introducían en la sede de San Pedro a sus amantes, falsos pontífices, que no deben figurar en el registro de los Papas a no ser por la cronología.»

En el siglo XIII, Guglielmo Durantis, obispo de Mende, escribía que en Roma las mujeres públicas procuraban habitar en las proximidades de las iglesias, cerca del palacio papal y de las casas de los obispos, y que los cortesanos del papa las frecuentaban con asiduidad.

El jesuita Saverio Bettinelli dice que la corte papal de Avignon «era un concurso de bellezas célebres que, por dinero, se ofrecían a menudo en espectáculo». (*Il risorgimento italiano dopo il mille*, tomo II, página 85.) Petrarca, que residió en Avignon hacia el año 1326, afirmaba que: «En Roma la Grande tan sólo había dos especuladoras de lujuria, mientras que se contaban hasta once en la pequeña ciudad de Aviñón.» Este poeta nos ha legado una descripción completa de la Babilonia aviñonense. (Epist. sine tit., 5, 8, 10, 11: libro XII, apist. VII).

He ahí algunos episodios que darán una idea de cuál era la corrupción pontificia:

«Un anciano septuagenario —Clemente VI— lascivo como un macho cabrío, envió por la no-

che a buscar una muchacha hermosísima. Llega ella, creyendo que quien la llamaba era algún joven prelado, y hállase de pronto ante el mismo Papa, a quien no conocía... Cuando se apercibe de que quien tiene ante sí no es joven, sino un vejete chocho y maloliente, le mira indignada y exclama a grandes voces que la han engañado y que no quiere tener tratos con aquel imbécil. El anciano pontífice lucha, pero en vano. Por fin, retirase a un gabinete contiguo, vístese con sus hábitos pontificios, coloca la tiara sobre su cabeza y, con tal indumentaria, preséntase ante la muchacha, diciéndole: «¿Te atreverás a resistir al soberano pontífice?» Entonces ella cede.» Como ésta podría citarse a miles las aventuras de tal especie.

Girolamo Squarciafico, el más antiguo biógrafo de Petrarca, cuenta el siguiente hecho: «Cuando Benito XII sitiaba Aviñón, Petrarca, que habitaba aquella ciudad pontificia, tenía una hermana llamada Selvaggia. Benito fijó en aquella muchacha de rara belleza y asaltóle inmediatamente el deseo de poseerla. En la caja de la Santa Sede había hallado inmensos tesoros, reunidos durante el precedente pontificado. Creyendo que nada podría resistir el deslumbramiento del oro, mandó llamar a Petrarca y le pidió los favores de su hermana Selvaggia, prometiéndole, en recompensa, el birrete cardenalicio. El célebre poeta rechazó indignado la innoble proposición y contestó que jamás aceptaría la púrpura romana si había de tener por precio semejante infamia, y que entonces la rechazaba como una ofensa.

»Benito XII, irritado, puso en juego todas sus mañas para denunciar a Petrarca como hereje ante los inquisidores. Pero el poeta, comprendiendo que el obsceno pontífice le habría hecho condenar a muerte, huyó apresuradamente de Aviñón. No obstante, antes de emprender la marcha, recomendó a su hermano Gerardo que velara con el mayor celo por el honor de su querida hermana Selvaggia. Pero el miserable Gerardo, menos escrupuloso que su hermano, no pudo permanecer insensible a las cuantiosas riquezas ofrecidas por el santo Padre y le entregó la hermosa Selvaggia. Una noche, mientras dormía, fué transportada a la cama del papa; contaba apenas dieciséis años... Las lágrimas y los suspiros de la hermosa virgen no consiguieron otro resultado que el de excitar aún más la pasión del lúbrico anciano.

»Selvaggia imploró su piedad, arrojóse llorando a sus pies, pero todo fué en vano. Cuando la imaginación de aquel horrible sátiro se hubo estimulado suficientemente con aquel emocionante espectáculo, arrojóse sobre la virgen y ahogó los gritos de ésta con los besos de su boca sacrilega.»

Las crónicas de los Concilios explican diáfana y claramente lo que fué la corte pontificia y las de los altos dignatarios eclesiásticos. El Concilio de Constanza reunió en la ciudad a 450 cortesanas que venían acompañando a los preladados que asis-

tieron al mismo, según cuenta un contemporáneo. (J. L. Nider, *De maleficiis*, cap. IX.) El papa Inocencio IV estuvo en Lyon con toda su corte para celebrar un Concilio general (1251). El historiador Mateo Parigi, fraile benedictino, cuenta que el papa, antes de abandonar la ciudad, encargó a un cardenal que diese las gracias a la población por la acogida cordialísima que les habían dispensado. El cardenal, después de reunir a los personajes de la ciudad, les dirigió un discurso, en el transcurso del cual dijo, entre otras cosas: «Queridos amigos, entre las muchas ventajas que vuestra ciudad ha recibido durante la estancia del pontífice y dignatarios eclesiásticos, no hay que olvidar el progreso de las buenas costumbres y la moralidad pública. Cuando vinimos aquí había tres o cuatro casas habitadas por mujeres de vida airada; ahora no dejamos más que una: que se extiende desde la puerta oriental a la occidental.»

Burchard, secretario del papa en los comienzos del siglo XVI, muestra cómo las cortesanas estaban oficialmente admitidas en la corte de Alejandro Borgia, papa. Una noche de octubre del año 1501, el papa hizo entrar cincuenta cortesanas en la sala donde estaba cenando con César y Lucrecia Borgia, y les hizo bailar con los criados e invitados, primero vestidas, luego completamente desnudas. Después, colocando los candlabros en el suelo, arrojáronles nueces que ellas debían coger con la boca. Por fin, fueron adjudicadas como premio a aquellos hombres «qui pluries dictas meretrices carnaliter agnoscerunt.» (*Diarium*, edición Thuausne, t. III, página 167.) Este espectáculo de desenfundado sensualismo está descrito con toda naturalidad por el secretario del papa, como si se tratara de una carrera de caballos o de un torneo. No voy a extenderme en este punto porque bastan los anteriores episodios para demostrar que no exageraban los reformadores al definir la Roma pontificia como «la Gran Prostituta». El jesuita Madeau la llama la *patria de las prostitutas*, y afirma que «las más infames y ruñanescas de entre ellas eran las confidentes de los preladados y de los príncipes eclesiásticos». Los relatores de una investigación ordenada por Pablo III, referían: «Ciudad en la que las prostitutas son como matronas y siguen en pleno día a los nobles, a los familiares de los cardenales y del clero.»

Roma continuaba siendo un amplio prostíbulo en tiempos no muy lejanos de los actuales. Un viajero que la visitó en el siglo XVII, escribía: «Roma, vergonzosamente privada de navegación y de tráfico, sería la ciudad más miserable de Italia, a no ser por la triple plaga del clero, de los judíos y de las prostitutas que forman el conjunto de su población.»

A fines del siglo XVIII, según una estadística a todas luces verosímil, habitaban Roma 6.800 prostitutas, y en dicha época la ciudad no contenía 100.000 habitantes.

C. BERNERI

(Continuará.)

## La autosuperación intelectual y el designio misterioso de las cosas

Un examen circunspecto y efectivo de aquellos hechos sociales que tienen cierta repercusión, atestiguan de una manera palmaria que cada instante queda más desvaída la gestión individual. Sólo de vez en cuando, no muy a menudo, alguna personalidad relevante atrae la atención y promueve el interés cerca de determinados sectores de público. Cabe aseverar que la individualidad hállase, ahora, constreñida a plegarse casi por entero al medio circundante, atemperando su conducta a las necesidades imperiosas que, incluso en determinadas ocasiones, ejercen una influencia avasalladora, aun en los ánimos mejor templados y más cultos y diligentes.

Cuanto actuamos en la vida pública nos vemos siempre, en mayor o menor medida, supeditados a los designios misteriosos de las cosas. Ello es inevitable y ajeno a nuestro arbitrio. Estamos, pues, las más de las veces, forzados a movernos en un área harto reducida, sometidos a influencias avasalladoras. Por consiguiente, el esfuerzo individual, por vigoroso que sea, se ha de circunscribir a intentar la consecución de los objetivos que más se compaginen con nuestras inclinaciones, preferencias y simpatías, y que mejor se acomoden a las aptitudes y a la verdadera vocación, suponiendo que la hayamos descubierto y nos esforzamos por acrecerla, cultivándola.

En España, el fracaso de innumerables empresas hay que achacarlo a que, entre nosotros, predominan la impetuosidad y la irreflexión. Pero es que, incluso los temperamentos razonadores, calculistas y capaces de analizar y buscar en la comparación los principios inspiradores de la norma, a menudo son también víctimas del error y del espejismo engañoso.

Orientarse, hallar la senda venturosa y discutir por ella holgadamente, suele ser tarea difícil, pero es, ordinariamente, la única que puede conducirnos a convertir en realidad viva el ideal suspirado.

Los pedagogos expertos aconsejan muy atinadamente que, antes de adoptar una actitud, es indispensable y convenientísimo el profundizar en el examen del problema que las vicisitudes inherentes a la vida plantéannos, y que, al tratar de resolverlo en definitiva, hemos de reflexionar las consecuencias que pueden acarrear el dejarnos llevar por el apresuramiento, y de ahí que la duda y la vacilación sean elementos de juicio que son menester para que las determinaciones no sean una resultante de no haber deliberado con amplitud.

Nada más sencillo ni más simple que abrigar

un propósito generoso, que nuestro más vehemente impulso nos lleva a desear con ansia, influidos por la angustia fascinadora que en nuestro «ego» ejercen las tendencias que predominan en el círculo de nuestras relaciones. Pero sólo es fecundo aquel esfuerzo que se lleva a cabo con objeto de lograr una finalidad para la cual nos hallemos bien dispuestos y en condiciones adecuadas para sobreponernos a todas las contrariedades que nos salgan al paso, por creernos capacitados y con plena comprensión, para salir indemnes de los riesgos y peligros que puedan sobrevenir.

A menudo, las gentes más reacias a acariciar proyectos son las que menos se distinguen por su perspicacia, sus dotes genuinas, su energía alentadora y su visión del futuro inmediato. Los individuos mejor preparados propenden a la parquedad y prefieren rebasar con sus actos los planes que se trazaran. Los espíritus ágiles y trabajados por la inquietud suelen ser modestos y aun humildes, pecan de recatados y sienten horror por todo cuanto signifique vanidad y afán deslumbrador. No aspiran a ser admirados y se consideran dichosos cuando son comprendidos.

La filosofía de la acción enseña que se debe tener un profundo sentido de la responsabilidad cuando nos disponemos a iniciar una campaña renovadora, encaminada a sustituir aquellos hábitos, costumbres, ceremonias y convenciones que dejaron de ser símbolos representativos de una sustancia vital.

La gran misión a cumplir en las democracias contemporáneas es adoctrinar a las gentes sencillas para que no sigan rindiendo pleitesía, sin previo examen, a todas las logomaquias conceptuales que todavía defienden con obstinación y terquedad los pobres teorizantes de la escuela liberal, que hoy nada representa, porque carece de soluciones prácticas para resolver los problemas candentes, como todos los relativos a la reorganización económica y a las luchas, cada vez más enconadas, entre el Capital y el Trabajo.

Los sujetos moralmente más evolucionados poseen, en la hora presente, por fortuna, un agudo sentido crítico, y su potencialidad discursiva llévales a aquilatar, de un modo minucioso, la razón de ser de las cosas, por trascendentales que sean. Incítales a inquirir y averiguar la aspiración legítima de que su actuación responda a un criterio de justicia distributiva, y al ansia nobilísima de colmar de beneficios a quienes con nosotros laboran y conviven, sufriendo y gozando.

El deseo de perfectibilidad, para cuantos anhelamos un mejoramiento social, es el gran móvil de la existencia humana. Es éste el más poderoso y dinámico de los ideales, porque, sobre ser el más racional, compendia todos nuestros ensueños, pues, asimismo, es el que puede dinamizar nuestra actividad entera, ya que nos hace mejoras y nos lleva a darnos por completo, cuando en ello ponemos el alma y la vida, al laborar sin descanso por ir incorporando al acervo común cada uno de los hermosos postulados mejoristas. La obra más altamente renovadora y

cultural que pueda realizarse es, por consiguiente, desarrollar con amplitud el intelecto de los productores.

No puede concebirse el más leve perfeccionamiento si no se consigue la autosuperación intelectual. Si estamos satisfechos, por ignorancia o cortedad, de como somos, no es probable que tratemos, en serio, de corregir aquellos defectos que más nos incapacitan para conducirnos con gallardía e hidalga generosidad.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP



## Los hombres bestias

(Cuento cínico)



El filósofo neocínico Psicodoro caminaba por un extraño país, como de ensueño. Después de haber franqueado un estrecho istmo, encontróse al pie de una alta y almenada muralla que interceptaba la entrada a la ciudad objeto de sus anhelos inquiridores. Dirigióse hacia la única puerta que daba acceso a la metrópolis, y ya iba a franquearla, decidido, cuando unos guardias, armados hasta los dientes, interrogáronle:

—Hombre, ¿eres del país?... Los extranjeros tienen prohibida la entrada.

El filósofo, riéndose, contestó:

—Yo tengo libre el paso por todas partes... Soy un perro.

Los guardias se rieron, debido, sin duda, a la sencilla jovialidad del filósofo, y, como si hubiese pronunciado un santo y seña, dejáronle libre.

Caminó unos doscientos pasos sin encontrar a nadie. La ciudad se divisaba allá, lejos, y aun las primeras casas de campo encontrábanse a regular distancia. En un recodo del camino, una mujer alzó la cabeza y le miró fijamente. Estaba tumbada en una posición extravagante, hubiérase dicho tal un perro dormido que se hace un ovillo sobre sí mismo.

Sus ojos estaban provistos de una belleza como plétorica de abnegación y su sonrisa parecía una a modo de temerosa caricia. Dirigióse hacia Psicodoro, andando, al principio, a cuatro patas. Pero, de improvviso, su rostro coloreóse de intenso rubor —como el de un sacerdote principiante que, en una ceremonia, olvida un detalle pomposo y ritual—. Irguióse bruscamente y, con voz más sumisa que su actitud primera, dijo:

—¿Quieres ser mi dueño?

—Me bastaría con poder ser amo de mí mismo—replicó Psicodoro, sin detenerse.

Pero ella, obstinada:

—¡Oh!, te ruego que seas mi dueño. Soy muy desgraciada... y tú tienes un aspecto tan bondadoso...

Psicodoro se detuvo. Y sentíase inclinado a acariciar a aquella mujer, suavemente, como se

acaricia a un animal doméstico. En tanto, ella repetía:

—Mi amo murió. Y era muy malo.

Bajó la voz, y, con mirada maliciosa, tal si se tratase de un secreto picaresco, murmuró:

—Mi antiguo dueño era un lobo que me mordía.

Psicodoro creyó que esta confesión tenía un sentido metafórico, y dijo:

—Es decir, que tu marido era un malvado y te pegaba.

—Me daba algunos golpes desde la hora sexta de la noche hasta la sexta del día. Pero a partir de esta hora hasta la sexta de la noche, me mordía cruelmente.

Psicodoro contestó:

—Compadezco tu pasado infeliz. Pero me regocija tu presente, puesto que aquel hombre murió.

—No llores a mi amo fallecido, que era malo—respondió ella—, sino que estoy triste porque carezco de dueño. Tú que pareces bondadoso y amable, sé mi señor.

—Nada puedo hacer por tí, hermosa mujer. Mi corazón permanece fiel a un recuerdo. Además, estoy aquí de paso.

—¿No eres del país?—prorrumpió ella aterrada—. ¡Desgraciado! Ni siquiera debes conocer los misterios de Pitania...

—Los conoceré si tienes la bondad de ilustrarme—dijo Psicodoro.

Y sentóse al borde de la carretera.

La mujer levantó la vista al cielo y miró, luego, la tierra.

—¡Ay!—gimió—el sol está muy alto y nuestras sombras son breves. Huyamos hacia mi casa antes de que la hora sexta abra la puerta del misterio bestial.

Psicodoro creyó que aquella mujer estaba loca, pero, a pesar de ello, la siguió. Ella quería correr, pero el filósofo se negaba a acelerar su pausado caminar.

Por instantes iba manifestando la mujer se-

ñales de mayor inquietud. Miraba, desesperada, cómo el sol continuaba elevándose y cómo disminuían las sombras de sus cuerpos.

—Dentro de un minuto—dijo—el sol estará al centro de su carrera.

Y con brusco e imprevisto movimiento lanzó al cuello de Psicodoro, besando, apasionadamente, los labios del filósofo.

Inmediatamente el cínico creyóse presa de una pesadilla. Antes de que hubiese podido rechazar a la mujer, sintió que las manos que le abrazaban trocábanse en patas y que en lugar de unos labios que le besaban estaba lamándole la faz una lengua viscosa. Había desaparecido la mujer y en su lugar estaba una perra sumisa y cariñosa.

Colocóla en el suelo y continuó andando, seguido del fiel animal.

De pronto oyó tras sí, cada vez más próximos, estridentes aullidos. La perra huyó, veloz. Volvió el filósofo la cabeza y divisó una manada de lobos que venían hacia él, furiosos. Psicodoro, a duras penas pudo ponerse a salvo trepando a un árbol.

Una vez en la copa del mismo quedó maravillado. Las fieras venían de aquel lugar de la comarca, en donde, excepción hecha de los guardias y de la mujer, no había encontrado ni personas ni animales. Los lobos aullaron obstinadamente durante un rato al pie del árbol, pero, al fin, se alejaron. Tan sólo permaneció allí, vigilándola, durante más de una hora, y lanzando hacia Psicodoro aullidos extraños, como de reproche, un lobo. El filósofo tuvo la siguiente idea ridícula, que rechazó inmediatamente: «Su hocico se parece al rostro del guardia que me interpeló. Y diríase que sus aullidos me injurian porque le engañé.» Pero este pensamiento, a pesar de haberlo rechazado repetidas veces, volvía, obstinado. Y, a despecho de los esfuerzos que realizaba Psicodoro por pensar razonablemente, surgían de su interior preguntas de enajenado: «¿Acaso creyó realmente que yo era un perro...? ¿El marido que mordía a aquella mujer, era, quizá, en determinadas horas, un lobo... Y la perra que me lamía el rostro, ¿era acaso la misma mujer que se lamentaba y que a pesar mío me besó...?»

El lobo alejóse por fin, fatigado, sin duda, por su inútil vigilancia, y Psicodoro pudo descender del árbol.

Y fué aquella, para él, una noche peligrosa. Por todas partes, en el campo desierto de hombres, el cínico encontraba animales feroces que, ocupados casi siempre en destrozarse mutuamente, no le apercebían; o bien, en ocasiones, al divisarle le perseguían con ánimo de devorarlo.

Sorteando mil dificultades y peligros logró llegar a la ciudad. Las casas, achatadas, tenían un vago aspecto de madriguera. Psicodoro abrió una puerta y entró. Y he ahí que, moviendo alegremente la cola, vino a él la perra que de manera tan extraordinaria encontró por el ca-

mino. Acariciábale ella, ladrando gozosa y, a veces, lastimeramente. Ora parecía indicar: «Te amo.» Ora semejaba excusarse e implorar perdón, como si lamentase haber abandonado al amigo en circunstancias apuradas.

En la vivienda no había más habitante que la perra, y Psicodoro decidió dormir allí. El animal se tendió a sus pies, y el sueño de Psicodoro no fué, como otras veces, un descanso vacío y carente de imágenes. Sonreíanle sueños reveladores y casi la misma placidez que saboreara al lado de su amada Atenatima.

A pesar de ello, despertó no muy entrada la noche, y, desoyendo los lamentos casi humanos de la perra, salió a la calle.

La ciudad se hallaba tan exenta de hombres como el campo. Por las avenidas veíanse animales feroces, y, a veces, a lo largo de una pared, la furtiva huída de un animal miedoso. Psicodoro penetró en varias casas y comprobó que estaban habitadas por animales débiles, aislados o en familia, que temblaban ante la aparición de aquel hombre, como en una mezcla de pánico y de furor.

Aproximábase la medianoche cuando Psicodoro, que caminaba por la calzada de la calle, sintió un agudo dolor en el talón. Miró, y vió que un escorpión le estaba picando. Sin vacilar, le aplastó. Pero su sorpresa llegó al colmo cuando, en lugar de un insecto muerto, vió ante sí el cadáver de un hombre.

Dirigió la mirada en derredor y vió que deambulaban por todas partes las personas, desapareciendo, en cambio, las bestias. Del interior de las casas surgían dulces y melodiosas canciones como un canto de liberación: «Por fin —decían— ha llegado la victoria de la hora sexta de la noche. He ahí, magnífica y esplendorosa, la victoria de la hora humana.»

Bruscamente cubriólo todo un silencio de terror. Y por las calles estallaron himnos impetuosos y agresivos que afirmaban, brutalmente patrióticos: «No hay más horas que las humanas. Los pitaniatas son los seres más idénticos de la tierra. ¡Vivan todas las horas! ¡Vivan los pitaniatas idénticos, cuya identidad es amada por los dioses y por la gloria!»

Psicodoro, interesado por lo imprevisto de aquel espectáculo, permaneció inmóvil y como petrificado en el mismo lugar.

Pasaron, al poco rato, unos hombres armados, quienes, a la vista del cadáver que tenía a sus pies, le preguntaron:

—¿Le has muerto tú?

—No lo sé, contestó el filósofo.

Los guardias, extrañados por semejante contestación, le encarcelaron.

Llegaba la tercera hora del día, condujeron a Psicodoro al centro del ágora, a presencia del magistrado. Aquel día había que juzgar a buen número de acusados, por lo que el cínico le tocó el turno pasada ya la hora quinta.

Al principio los espectadores formaban alrededor del tribunal una compacta corona, en

la que sonreían, al lado de las caras hoscas, tal una corona de flores tejida con espinas, rostros dulces y apacibles. Alrededor de la hora quinta desaparecieron los seres bondadosos. Cuando el juez interrogó al cínico, hallábase solamente rodeado de semblantes hostiles, todos de aspecto terrible y amedrentador.

Preguntóle el juez:

—¿Fuiste tú quien dió muerte al hombre que hallaron tendido a tus pies?

Psicodoro repitió la verdad que ya expresara a los guardias:

—No lo sé.

—¡Miserable!—exclamó indignado el juez. Mereces una multa por haber asesinado a un semejante y te condenaré a muerte por intento de engaño a un magistrado.

Los espectadores aprobaron ruidosamente con frases que parecían aullar, gruñir y rugir.

—Sin embargo—repuso el juez—antes de entregarte al suplicio seré indulgente y permitiré que te defiendas.

Los presentes, por medio de gritos desaforados, demostraron disintir de tamaña dulzura. Pero el juez, imperioso, ordenó:

—¡Silencio!

Esta palabra fué pronunciada en tono agudo y amenazador, semejante a un aullido de tigre. Todos se callaron. Entonces, severo y rígido, el magistrado preguntó al acusado:

—¿Cómo puedes justificar que ignoras si asesinaste?

—Sé que maté un animal, contestó Psicodoro. Pero ignoro en absoluto si dió la muerte al hombre de quien hablas. Hacia la sexta hora de la noche aplasté un escorpión que me picó profundamente, tal la punzada venenosa de un calumniador, e inmediatamente sentí bajo mi pie el cadáver de un hombre. ¿Acaso era el escorpión que se había transformado...?

El filósofo no pudo continuar. La muchedumbre se había convertido en una furiosa agitación caracterizada por bruscos movimientos, empujones y saltos. De aquella mescolanza surgían aullidos, gritos, mugidos, rechinar de dientes y rugidos. Entre tal confusión podían percibirse algunas palabras violentas: «Matemos al embustero... En nuestro hermoso país no se producen transformaciones. Vivan los pitaniatas idénticos. Muera el farsante. Muera el enemigo de la Patria...»

El juez y los guardias luchaban con enormes dificultades por impedir que los «buenos patriotas» dieran muerte a aquel que se atrevía a insultarles. Y mientras los hombres armados rechazaban difícilmente a la muchedumbre, el tigresco aullido del juez explicaba que es preciso matar, de acuerdo con determinadas reglas, y después de algunas formalidades.

Pero, en aquel momento, el sol envió sobre el tribunal sus rayos perpendiculares. Y, de improviso, no hubo ya más hombres en aquella extensa plaza, sino animales feroces. En el lugar donde se sentara el juez apareció un

tigre, que se lanzó sobre el filósofo. La muchedumbre de antes habíase trocado en un tropel confuso e indescriptible de osos, panteras, leones, toros, jabalíes y lobos, que se precipitaban en un desorden furioso hacia el hombre que tenía la insolencia de continuar manifestándose como a tal.

Psicodoro, con rápido salto, esquivó la acometida y refugióse en el interior de la primera casa que encontró, cerrando la puerta tras sí. Y mientras los animales carniceros derrumbaban la puerta con el ímpetu de su masa irresistible, huyó por el tejado.

Anduvo escondiéndose en distintos lugares durante toda la mitad de un día y de una noche. Cuando, por fin, llegó la hora humana y todos los habitantes fueron semejantes a él, confundido entre la multitud, abandonó la ciudad y atravesó una gran extensión de terreno inhabitado. Y no atreviéndose a salir por la única puerta del recinto amurallado, por temor a que le reconociera el guardia con quien hablara y que, metamorfoseado en lobo, no le olvidó, decidióse a huir por el mar.

Volvió, pues, a nado, hacia el país en donde los hombres, dotados de un pudor o de una hipocresía más constante, no abandonan jamás su máscara...

HAN RYNER

## ADVERTENCIA

Nuestro camarada Isaac Puente se ve en el doloroso caso de tener que advertir a todos los compañeros lectores de ESTUDIOS que se dirigen a él en uso del Consultorio Médico Gratuito, que tenía establecido desinteresadamente, que en lo sucesivo, muy a pesar de su voluntad, no podrá atender las consultas que se le dirijan, debido a las muchísimas ocupaciones que le absorben totalmente los escasos momentos que su trabajo profesional le deja libres.

Por medio de estas líneas ruega encarecidamente a todos se abstengan en lo sucesivo de consultarle, pues desea poder dedicar, con mayor intensidad si le es posible, el poco espacio de que dispone a la labor de propaganda por nuestro ideal, labor que ahora está haciendo más falta que nunca, y para ello, le es forzoso des-embrazarse de la enorme tarea que supone el contestar el sin fin de preguntas y consultas que se le dirigen.

Por otra parte, en sus trabajos en ESTUDIOS podrán ver satisfechas y contestadas generalmente la mayor parte de las cuestiones que se le someten en forma particular.

## La clase en acción Una experiencia

Hace algunas semanas los profesores de un grupo pedagógico parisiense invitaron a su colega Tournel a que diera ante ellos una lección de cosas, que tuviera por objetivo principal la formación del espíritu científico.

Tema escogido: el azúcar. Auditorio: los niños de un curso preparatorio (siete años), para quienes este género de ejercicio era desconocido.

No quiero hablar de la perfección con que el señor Tournel condujo el experimento: cometo deliberadamente esta injusticia para hacer resaltar mejor en pocas líneas las frases del experimento que nos dejó encantados.

Antes de la lección dio a los niños un bombón, y éstos se lo comieron. Quedó ante ellos un terrón de azúcar, que no debían tocar sin permiso expreso. «¿Qué gusto tenía el bombón que os he dado?», preguntó sucesivamente a varios niños. Silencio general. Esto fija bien nuestro punto de partida. Tenemos que habérnoslas realmente con el pequeño hombre inculto y salvaje que se repliega, desconfiado, sabiendo justamente lo que se quiere de él. Para romper el encanto, bastó, por lo demás, plantear la pregunta de otro modo: «¿Era salado, amargo, o dulce?» Ahora las respuestas fueron llegando. Surgió el atrevimiento. La clase se despertó. Al fin era posible hablar y entenderse:

«¿Qué color tiene el azúcar?» «El azúcar es blanco.» Inmediatamente apareció una hoja de papel detrás del azúcar. «También es blanco, pero no es el mismo blanco: es amarillento.» «La leche, y sobre todo, la nieve, recuerdan mejor, pues, el color del azúcar. Todo esto, claro está, no sin un poco de dificultad prevista. Pero ¡cuánto progreso en un instante! Se aprende que la observación debe ser consciente y precisa, y no sólo vaga y pasiva. Se entrevé ya que es uno mismo quien debe buscar el conocimiento de las cosas y no esperar que él nos penetre lentamente, sin saberlo nosotros, por medio de excitaciones sordas y repetidas. Se comprueba la necesidad, no sólo de componer entre sí las cosas presentes, sino también las impresiones directas con los recuerdos.

La clase tomó ya su aspecto normal, y la forma del azúcar se describió fácilmente. Pero no había que fiar: algunos niños, tímidos, entorpecidos, no habían dicho aún nada: era necesario estimularlos. Se propuso a todos el dibujo de una cara del azúcar en tamaño natural. Resultado: ángulos mal formados, proporciones

inexactas, dimensiones inverosímiles y también trampas. Todas esas correcciones individuales aproximan los alumnos al maestro. En el curso de la lección se harán otros croquis.

Ahora se podían abordar ya temas más difíciles, como el examen de la estructura cristalina, con sus caras brillantes. El trabajo se volvió, francamente, colectivo. Parecía como si una sola inteligencia animara toda la clase. Era otro peligro que, por lo demás, estaba descontado. A esta pregunta: «El azúcar, ¿es más, o menos duro que la madera?», respondió la clase con unanimidad perfecta: «Menos duro.» He ahí la multitud borreguil, obedeciendo con increíble prontitud y una espontaneidad ficticia la señal de no se sabe dónde. Era necesario reaccionar, dislocar ese acuerdo instintivo, tan lleno de peligros. Una verificación experimental, seguida de discusión, situó las cosas en su punto.

Poco después, otra prueba. A otra respuesta unánime, pero esta vez más reflexiva y más prudente—y exacta por lo demás—, el maestro fingió oponer una tímida denegación. Sorpresa y confusión en la clase, que sentía muy bien que tenía razón, pero que no podía creer que el maestro se equivocara. Enseñada el señor Tournel propuso la comprobación experimental. En lo sucesivo y cada día más, el alumno tendrá el sentimiento de que una cosa no es verdadera o falsa porque el maestro lo ha afirmado o negado, sino que el maestro merece confianza, porque corrientemente dice cosas verdaderas. Es algo más que un matiz.

He ahí conseguido el objetivo. Dejemos aparte, a pesar de su interés, varios episodios que nos darían en cierto modo la prueba de la operación, y concluyamos:

Hemos encontrado inteligencias pasivas que sufren sin reacción las influencias exteriores, prontas a acoger sin experimentarlas las opiniones generales o de la autoridad. Después de este experimento, tan limpiado en sus resultados, que diríase es un trabajo de laboratorio, quedan advertidas de que nuestros juicios son, en general, simplistas, por estar fundados en informaciones más o menos vagas, necesariamente incompletas, si no erróneas; de que si nuestros maestros han tenido que hacer este esfuerzo antes que nosotros, nosotros no estamos dispensados de comprobar directamente sus afirmaciones todas las veces que esto sea posible; de que, en fin, la opinión de las mayorías carece por sí misma de valor y requiere una crítica severa. Está permitido prever lo que podría

llegar a ser la mentalidad de niños sometidos durante cinco o seis años a una cultura por el estilo y a todos los refinamientos que ésta implica.

Algunos afirman que las lecciones de cosas no se dan siempre y en todas partes con este espíritu. Esto es muy de lamentar, puesto que favoreciendo la pereza intelectual, que es el fruto de la enseñanza dogmática, se atrofian

a menudo en su germen fuerzas, sin las cuales no puede efectuarse ningún progreso. Desde el punto de vista más egoísta, nos privamos de vivas satisfacciones, que pueden dar la función de educadores. Pero para comprender bien esto, sería preciso haber escuchado al señor Tournel y hacer lo que él.

GODEFROY

## La educación sexual y la escuela

La realidad vital planteó al hombre, desde la presencia de éste en la Tierra, un problema que todavía no ha encontrado solución. Pero una solución tal como la deseáramos nosotros para el problema que nos ocupa no podía surgir en los tiempos salvajes ni tampoco en los tiempos procursores de una rudimentaria civilización. Ni el hombre de las cavernas ni el hombre de la edad del hierro, al igual que el hombre de los tiempos antiguos como el de los medievales, a pesar de vivir todos ellos subyugados por el instinto biológico del sexo, no podían proponerse obtener un conocimiento y una cultura que les resolviera el problema de la educación sexual. Eran, en un principio, demasiadas las necesidades apremiantes que la vida en su múltiple variedad les presentaba; desconocía en extremo grado su medio ambiente y su mundo externo para poder desentrañar los misterios de su mundo interior, de su vida psíquica. Ni Grecia ni Roma, con su gama portentosa de lumbreras y de genios, proyectaron un poco de luz, sino que dejaron envuelta en las tinieblas la cuestión sexual. Y el conocimiento real y exacto de este problema vital permanece ignorado a través de los tiempos, a pesar de ser él, repetimos, el que rige todos los actos de la vida humana, porque las religiones y los prejuicios se encargan de rodearle de misterios y de maldiciones, a fin de que nadie sienta la curiosidad de sondearlo y conocerlo. Pero llegamos a los tiempos modernos, a los tiempos actuales, tiempos de progreso, en que los inventos y el dominio de las fuerzas naturales por el hombre nos asombran a todos, y, en cambio, nos encontramos con el desconocimiento, con la misma ignorancia del hombre primitivo para los actos instintivos del sexo, sin que hayamos hecho nada para convertirlos en conscientes: carecemos todavía de una educación sexual, cuando toda la vida psicofísica gira en torno de las funciones sexuales. Ya ha dicho el doctor Pinard que «la situación, desde el punto de vista de la procreación, no ha varia-

do de lo que era en la edad de las cavernas». El hombre se entrega al acto más grande de la vida en forma tan inconsciente como lo hace cualquier otro ser de la Naturaleza, clasificado en los irracionales. Y blasonamos de cultos, de modernos, de civilizados...

El desenvolvimiento de la obra educativa vemos que se realiza en forma muy desigual: mientras una parte de la misma ha adquirido un desarrollo muy halagüeño en estos últimos tiempos, otra, la que hace referencia a la educación sexual, no solamente se halla ignorada de todos sino que, y esto es peor aún, regida por prejuicios y procedimientos ignocentes, procursores de otros que habrán de ser groseros cuando no brutales al manifestarse el instinto sexual en toda su plenitud.

Observando este progreso pedagógico y educativo de estos últimos tiempos, vemos que cada época de los mismos se distingue por la imposición, por la captación e incorporación de una nueva modalidad educativa en el desenvolvimiento de la labor escolar. Pero al llegar a los tiempos actuales cabe preguntarnos: ¿No ha llegado todavía la época de imponer la educación sexual como uno de los puntos esenciales de la obra educativa en la Escuela? ¿Es que aún no nos hemos percatado de los estragos que ha causado y sigue causando la ignorancia de las cuestiones sexuales? ¿Es que todavía es vergonzoso, es pecado conocer y enseñar el porqué de nuestra existencia, el precaver al niño de los múltiples vicios y enfermedades que le acechan en su despertar sexual y que reportan a veces tan funestas consecuencias? ¿Podemos permitir que toda la educación sexual del niño se limite a unas interpelaciones obscenas, groseras y falsas cuando sabemos que podríamos proporcionarle una orientación real y clara sin que hubiera en ello nada de antimoral ni antihumano? Lo antimoral, lo antihumano y criminal es consentir esas muertes prematuras, esas naturalezas endeblés y enfermizas, esos «jóvenes viejos», esos engendros inútiles, esas ma-

terridades indeseadas y otras tantas lacras sociales, glorias de pueblos que blasonamos de ultracivilizados, consumidos en su mayoría por la carencia de una educación sexual, por la falta de unos conocimientos preventivos, cuyos cimientos habrían de ser echados por la obra educativa de la Escuela.

Reconozcamos que la religión ha sido siempre uno de los mayores obstáculos al progreso, que los amantes de la oscuridad y de la ignorancia perpetua han combatido toda luz y conocimiento, que los prejuicios ancestrales y las costumbres fosilizadas constituyen un muro ante el cual se estrellan las razones más convincentes y más lógicas; pero no podemos menos de reconocer la existencia de otros factores no menos influyentes, que han cooperado a esta carencia de una educación sexual.

Tenemos en primer lugar a los modernos pedagogos, que en su mayoría parece que al temer abordar la cuestión sexual la soslayan, cuando no lo hacen en forma reducidísima y sintética. ¿Acaso también su religión se lo impide? ¿Es que también será para ellos inmoral hablar a los niños de cuestiones de carácter sexual? ¿No ha dicho Decroly que uno de los puntos en que hay que fundamentar la enseñanza y toda la obra educativa es el del conocimiento del niño y sus necesidades? ¿No entrará aquí en el estudio del niño y sus necesidades la educación sexual con sus derivaciones y aplicaciones de carácter higiénico y humano? Sin duda, esta falta de preocupación de pedagogos y maestros por las cuestiones sexuales ha hecho afirmar a Marañón que «no existe todavía una pedagogía sexual, y si existe se dirige a sofocar las manifestaciones del instinto, como si se tratase de un incendio amenazador y no de la fuente de la vida».

Sin duda que los pedagogos comprenden cuán delicada es la cuestión sexual para abordarla en la escuela, y quizá en la intimidad familiar es para ellos donde debería ser explanada esta parte tan trascendental de la obra educativa. Al maestro le habrá de ser muy difícil obtener la conexión íntima de las relaciones con sus discípulos, y en cambio, el padre o quizá mejor la madre la obtendrá con suma sencillez. Pero, ¿es que realmente existe en el seno familiar esta intimidad necesaria? Es que los padres, en su mayoría, han sabido rodearse de este ambiente de completa sinceridad, de intimidad que se desea? La falta de este ambiente en la casi totalidad de familias, juntamente con la carencia de unos conocimientos de carácter sexual en la mayoría, creemos que imposibilitarán del todo el que la obra de iniciación sexual se realice allí donde había de ser: en el hogar doméstico.

¿La familia? ¿La escuela? ¿La familia y la escuela? El problema subsiste y no se vislumbra el más remoto indicio de solución. La gravedad del mismo no puede permitir que todos los hombres que se preocupan por un futuro mejor con-

tinúen sin ensayar, o cuando menos, proponer soluciones que ofrezcan una garantía mejor o peor. Hay que intentar realizar todas las soluciones, más o menos viables, antes que dejar que el mal continúe atacando y persistiendo, antes que sigamos por miedo a una moral cavernaria en iguales condiciones que los tiempos primitivos. Acabemos de una vez con el tópico «esto no tienes por qué saberlo» y apresurémonos a satisfacer la curiosidad infantil, encauzándola y despertándola gradualmente, y no sacrificándola en holocausto de una moral y de una religión inhumana, cruel y tiránica, en aras de religión y de una moral que pretenden ocultar al niño todo cuanto hay en él de sublime y elevado: su perpetuación.

No ignoramos que es a la familia, a la madre principalmente, a quien compete iniciar al niño en las cuestiones de la vida sexual. Pero ya hemos observado que de momento, en la mayoría de familias, es imposible realizar esta iniciación. Descartada esta posibilidad, no queda otro recurso que el de que venga la Escuela a llenar este vacío. El maestro, el encargado de la obra educativa, el verdadero apóstol de la moderna civilización, ha de ser quien realice esta misión, que podemos llamar sagrada, si ha de existir algo sagrado en el mundo.

¿Cómo ha de realizar el maestro esta obra? ¿Posee una preparación suficiente para ello? Ante todo, creemos que la iniciación sexual no es cuestión de unos días, sino que ha de desarrollarse principalmente durante la última fase de la vida escolar. No obstante, el maestro ha de responder desde un principio todas cuantas preguntas puedan dirigirse los niños, procurando que sus respuestas estén en armonía con la edad y los conocimientos de los mismos. Ni que decirse tiene en cuanto a la preparación del maestro, que más que el de profundos estudios creemos es preferible el de sentimientos elevados, libre de prejuicios, que anhela una sociedad mejor, el maestro que al contemplar el triste panorama que ofrece la realidad de la vida presente se avergüenza de ello y pone a contribución todo su entusiasmo y toda su fuerza en el logro de una completa, o al menos, parcial liberación, que quiere con su esfuerzo disminuir cuando no acabar los males y vicios que esclavizan y tiranizan a los pueblos, que desea forjar individualidades libres, conscientes y partidarias de todos aquellos postulados, inspirados en el bienestar y en el amor de todos.

No hemos de indicar que para realizar la obra de iniciación sexual no tiene por qué el maestro preocuparse en la adquisición de motivos ni forzar asuntos ni lecciones, sino que la biología le ofrecerá un verdadero arsenal de estos elementos a desarrollar, que presentados gradualmente y escalonados (plantas, animales, hombres) constituirán los cimientos de una cultura que bien podríamos llamar sexual.

Pero, ¿debe la Escuela limitar su esfera de acción a proporcionar al niño un conocimiento

más o menos extenso, pero exacto, de la reproducción y diferenciación sexual, o debe el maestro procurar convencer al niño de una manera racional en la imperiosa necesidad de no entregarse al vicio tan común y general en los comienzos de la pubertad, cual es el de la masturbación? ¿Débase en honor y satisfacción a esta moral estúpida y antinatural que aludíamos, consentir que las naturalezas infantiles se vean corroídas, que su inteligencia se vaya embotando y toda su personalidad vaya perdiendo vigor y energía hasta quedar a veces anulada? ¿Estamos o no estamos ante un problema sin resolver y de consecuencias fatales en pleno siglo XX?

La gravedad de la cuestión adquiere aquí proporciones extraordinarias y no hay, no puede haber una razón satisfactoria para que se deje al niño completamente ignorante en este punto y peor aún, a merced de los consejos y orientaciones de sus amigos, quizá alejados ya de la Escuela, y que por desgracia pueden, sin duda, sentar cátedra para explicaciones y prácticas de esta clase de vicios, que por la trivial e inocente razón de que todos los hemos practicado, nadie los combate.

El maestro debe imperiosamente abordar esta delicada tarea en el último período escolar (13-14 años), sirviéndose de la iniciación sexual, ya trazada, y haciendo surgir el problema como una de las causas que contribuyen a la formación de seres débiles, anémicos, faltos de energías y de entusiasmos. El maestro pondrá todo su empeño en hacerles comprender las consecuencias graves que reporta el uso de un órgano y de una función, cuando todavía no le ha llegado la hora para actuar, pero que ya vendrá el día en que habrán de satisfacer sus necesidades, a la par que serán llamados a cumplir la misión más grande y más sublime que existe: la de ser padre, la de ser artífice de las futuras generaciones. Y si de momento las humanitas doctrinas que predicaban los eugenistas no pueden ser llevadas a la práctica por falta de ambiente, por no hallarse todavía la casi totalidad del pueblo libre de prejuicios y de erróneas concepciones, faltas del más insignificante aliento humanitario, la Escuela, la Nueva Escuela, preparará el terreno para que lo que es hoy todavía una utopía sea mañana una realidad.

Las tendencias pedagógicas actuales están de acuerdo al señalar la misión de la Escuela y la de la educación: preparar para la vida futura, sin olvidar la vida que el niño, por ser niño, le corresponde vivir. Nadie ignora que esta última tendencia, este respeto a la vida del niño, ha surgido, tanto por el estudio de la naturaleza infantil, por el respeto a su personalidad como por reacción al predominio absoluto de la primera tendencia, hasta no hace muchos años interpeladora fiel del aforismo pedagógico que decía: «el niño es el hombre en pequeño».

Los pedagogos y psicólogos modernos han

puesto de relieve cuánta importancia hay que otorgar a la vida del niño, pero sabemos que aunque el período de la infancia influye poderosamente en el resto de la vida, el niño no va a vivir siempre en este estado, como tampoco va a permanecer siempre en la escuela. La vida le espera a la salida de la misma para incorporarlo dentro de su compleja y variada actividad. Del mismo modo que la Escuela no debe ser una completa y absoluta preparación para la vida, tampoco puede vivir divorciada con las necesidades y exigencias que la misma reclama, y tanto como éstas con las contrariedades que en su día habrá de proporcionar al niño de hoy.

Ante la necesidad de establecer una relación más intensa en los últimos tiempos escolares entre la vida del niño y la vida del mañana, ¿no se impone precaver a éste de aquella serie de obstáculos y vicios que le acecharán continuamente para convertirlo en blanco de sus ataques? ¿No se impone aquí un conocimiento para que el niño, el joven de mañana sepa a qué atenerse, sepa las causas, las consecuencias de estas contrariedades, de estas necesidades que se le presentarán como ineludibles de su naturaleza física si él no posee una orientación, una cultura que por referirnos a un aspecto particular de la vida hemos llamado sexual para contrarrestar el *hambre sexual*, como llama Marañón al instinto de posesión, a la atracción, que un sexo siente por el otro a fin de poseerlo?

Cara tiene que pagar el adulto toda aquella vida infantil aislada completamente de las necesidades vitales del mañana, toda aquella vida que pretendió ser inocencia y candor y que fué ignorancia de la realidad, aquella vida, durante la cual ni una sola vez se procuró que vislumbrara aquellos aspectos vitales, no digamos sociales, sino tan sólo aquellos que se referían a su propia naturaleza.

La Escuela, para realizar toda su obra, no puede olvidar este aspecto importantísimo, que también le compete desarrollar, y debe hablar, como habló del onanismo, de los vicios sexuales y de sus consecuencias fatales aún para aquellos seres que otro día podamos querer más: nuestra mujer y nuestros hijos.

No se nos oculta que habrá quien sea partidario de que estas cuestiones son expuestas prematuramente, aunque se plantearen en la última fase escolar, porque la vida del niño no puede comprender tales orientaciones, ya que no tienen con él la menor relación y desconoce por completo estos accidentes de la vida del mañana. Pero nosotros creemos que ocultar la realidad de la vida sexual y las consecuencias trágicas que ésta puede acarrear por falta de orientaciones y por ignorancia, cuando se ha llegado ya a la pubertad por el fútil e inocente pretexto de que lo conocido puede provocar más el deseo, es una pura fantasía y una verdadera reminiscencia del influjo morboso de las religiones y de una moral mal entendida y orientada. Si la ignorancia ha sido el germen de

todas las enfermedades venéreas y de los vicios y depravaciones sexuales, lógico es confiar que el conocimiento de las causas y consecuencias de nuestros males harán desaparecer a éstos, máxime cuando son expuestas con el razonamiento claro de la persona que nos ha demostrado aprecio y cariño. No queremos decir con tales afirmaciones que la Escuela debe ahondar en estas cuestiones finales de educación sexual, sino que creemos que el maestro debe dejar al alumno en condiciones de proporcionarse y ampliar esta cultura y esta educación por medio de libros y revistas bien orientadas. El día que todos los maestros se percaten de la gran obra que pueden realizar revistas como ESTUDIOS y se dediquen a propagarlas entre sus ex alumnos, mediante la obra post-escolar, podremos afirmar que la Humanidad habrá realizado un gran paso en pos de sus ideales de redención, aquí en la tierra y no en otros sitios, por inexistentes y utópicos.

Si en esta labor que ha de realizar la escuela pone el maestro por su parte el entusiasmo y el interés necesarios, hace que sus explicaciones vayan impregnadas de un elevado espíritu humanitario y altruista, saturadas de sentimientos puros y nobles, que penetrando hasta lo más íntimo del niño le hagan confiar en la vivencia de una vida bella y agradable, irá sustituyendo sus deseos y sus instintos biológicos en germen, ahora en su naciente personalidad, por otros nacidos de una racionalización, regidos a la vez por una voluntad consciente y bien definida. Y entonces, sí que podremos decir con el filósofo Ortega y Gasset «que la educación consiste en enfrentarse con ese caudal de deseos; y más que seleccionar y podar, labor peligrosa y reverente, guiar, encauzar, racionalizar, en suma, ese fondo biológico para hacerlo psicológico y hallar así el carácter y la personalidad».

Conseguir que el hombre como la mujer se entregue al otro sexo de un modo consciente y razonado, convencidos ambos de la importancia y responsabilidad que encarna la procreación, conceder el hombre del respeto y de las consideraciones que deben tenerse para la mujer, en vez de poseerla sin miramientos y satisfacer el «hambre sexual», la «libido», al igual que una bestia, conseguir todo esto, repetimos, es para nosotros haber realizado una de la parte más trascendental de toda la obra educativa.

SALVADOR FABREGAS SAU

*Aunque el hombre no sea sino una cañaheiz, y la más débil de todas las del campo, le basta con ser una cañaheiz pensante para aventajar al Universo. Este puede matarle; pero aun muriendo es más noble, porque sabe que muere y el Universo ignora que le mata.*

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

## Paqueteros morosos

Recomendamos a los Grupos Pro-Cultura y compañeros afines de las localidades en donde residen los sujetos de la siguiente lista, por si ellos encuentran algún medio convincente que les haga comprender la obligación que tienen de pagar el material que tienen vendido. A nosotros, a pesar de haberles escrito varias veces requiriéndoles para el pago, no nos han hecho el menor caso.

	<i>Plas.</i>
ALCAZARQUIVIR, Lucio González	37'70
ALMADEN, Agustín Gallego Sagra...	121'05
ALMANSA, Pedro Martínez (librería)	30'15
ALMANSA, Julián López (librería) ...	24'15
ALMUDEVAR, Alberto Bueno...	39'40
BILBAO, Victoriano Balbás ... ..	15'—
BUÑOL, José Perelló ... ..	47'20
CANETE DE LAS TORRES, Manuel Mudarra ... ..	126'70
CEUTA, Miguel D'Lom (librería) ...	106'—
CEUTA, Pedro de Eguilaz (librería) ...	48'80
CIEZA, Fructuoso Martínez ... ..	40'—
CORDOBA, Manuel Numancia ... ..	25'—
ELDA, José Tortosa ... ..	81'50
EL FERROL, Manuel Iglesias (Librería Cervantes) ... ..	95'75
GRANADA, Domingo Campiña (Casa del Pueblo) ... ..	107'55
HUESCA, Inocencio Castañá ... ..	71'—
JEREZ DE LA FRONTERA, Miguel Gener (librería) ... ..	48'—
MÁLAGA, Juan González ... ..	145'20
MANZANARES, Antonio Hernández ... ..	56'20
MEDINA DE RIOSECO, F. Iglesias Salvador (imprenta) ... ..	40'60
MIERES, Perfecto Benito ... ..	36'—
PEÑARROYA - PUEBLO NUEVO, José Rubio ... ..	92'70
PETREL, Francisco Bernabeu... ..	66'35
REUS, Domingo Franquet... ..	83'80
SANTA CRUZ DE TENERIFE, Juan Pedro Ascanio ... ..	52'75
SANTANDER, Antonio Solana ... ..	267'95
SAN FERNANDO, P. Lucio Cañavate ... ..	57'20
TORRELAVEGA, José Ceballos ...	100'—
UTRERA, Tomás Martínez ... ..	57'45
VINAROZ, Sebastián Forner... ..	78'25
ZARAGOZA, Enrique Gracia ... ..	154'—

\*\*\*

A medida que vayan liquidando iremos retirándolos de la presente lista. En números sucesivos iremos publicando otros, si antes no liquidan sus débitos.

## El trabajo femenino y la aspiración de la mujer

Este trabajo compendia, en un solo enunciado, el análisis de las siguientes preguntas que, en cierta ocasión, me dirigiera un amigo: «¿Cuál es su opinión acerca del trabajo femenino en la comunión social?»; «¿Qué aspiración anima a la mujer en la Sociedad actual?». Ambas, a mi juicio, se complementan y constituyen un motivo seductor de estudio para cuantos nos interesamos por estas cuestiones.

La aspiración de la mujer en la sociedad actual, digámoslo sin ambages, es la libertad. Aspira a la emancipación económica y a obtener la libertad de sus actos, es decir: la libertad de acción y la de vivir íntegramente.

Es anhelable que tal aspiración encierra un santo anhelo de justicia. Pero es preciso saber que la noción exacta de libertad implica la realización interior. De ahí deriva el desequilibrio existente entre el anhelo y la realidad, así como el prurito de buscar la dicha en lo exterior cuando, en realidad, es subjetiva e individual. Por otro lado, la organización social capitalista aseméjase al tonel de las Danaides. Precipítanse unos sobre otros, movidos por el voraz impulso de hallar y conquistar su puesto en el mundo, siendo absorbidos todos en la vorágine de la civilización industrial.

La mujer ha dado a este anhelo de libertad el título de emancipación femenina; no obstante, buen número de mujeres no saben todavía en qué consiste la emancipación. Porque, es el caso, que en este régimen absorbente, de competencia económica desleal, no hay nadie que pueda llamarse emancipado: ni entre los hombres ni entre las mujeres. Y es que el verdadero camino que conduce a la emancipación, por hallarse pleno de dificultades y presidirlo la filosofía estoica, repugna tanto a varones como a mujeres, y es así como puede aseverarse que, aun hoy, Diógenes habría de apagar su linterna ante la imposibilidad de encontrar un hombre o una mujer. Porque el rebaño humano que tenemos a nuestra vida está compuesto solamente de sombras, sombras de mujeres y de hombres...

Emanciparse, amigos y amigas mías, es tanto como conocerse. Por tanto, emanciparse implica realizarse.

No consiste la emancipación en «vencer en la vida», atropellando al prójimo y asaltando los sitios que otros ocupan. Nada de eso. Semejante concepto lo engendra el egoísmo que nos hace pensar en nuestra emancipación individual económica, en nuestro propio bienestar

y confort y en la independencia; pero, ¿y los demás? ¿Y esa procesión interminable de seres humanos sacrificados en aras del Moloch de la civilización?

El individuo tan sólo puede ser realmente feliz dentro de su amplia aspiración de libertad, cuando esa misma libertad no hiera ni sacrifique la de los otros.

¿De qué nos sirve que unas seis o cien mujeres hayan alcanzado puestos en el Parlamento, en la Diplomacia y en la Magistratura, si los millones de mujeres pobres, doloridas, explotadas, continúan sumidas en los mismos errores e ignorancia, en la inconsciencia de sí mismas y en el dolor de este calvario de torturas y miserias, que las condena de por vida a deambular por las avenidas sin fin de la civilización industrial? ¿Qué valor puede tener mi emancipación económica, si continúo explotando torpemente los servicios de mi propia hermana?

Cuando —hace ya bastantes años— escribí *Renovación*, hallábase impulsada por el afán de querer librarme de los trabajos domésticos, del infierno del servicio casero, de la esclavitud de los quehaceres femeninos. Y trabajaba como profesora, para cargar los servicios domésticos, que me competían a mí, sobre los hombros de otras mujeres. ¡Hermosa emancipación!

Yo no creo, en modo alguno, que las faenas caseras sean incompatibles con la dignidad masculina... Estimo que la mujer no ha de considerarse como la servidora del hombre. Y condeno ese culto al varón que se practica en los hogares, a menos que dicho «culto» o cariño sea compartido por ambos... Lo absurdo y repugnante es que las madres obliguen a sus hijas a servir a los hermanos, como si las chiquillas hubiesen nacido con el estigma de la servidumbre.

Así, pues, la mujer ha de emanciparse incluso de la tutela de la maternidad y, mayormente, del culto al hombre. Todo tiene un límite. Si en la primera infancia los niños exigen infinitos cuidados, ello no ha de inducirnos a considerar que una madre se vea obligada «por los deberes maternos» a sacrificarse incondicionalmente, durante toda la existencia, por los hijos. Entre la pequeña burguesía, la llamada clase media y el proletariado, la mujer es una esclava de los deberes domésticos y de la maternidad absorbente, tareas que no la dejan respirar con libertad, porque, cuanto más se esfuerza, mayores son las exigencias del hogar y de los hijos.

Tanto el varón como la hembra humana tie-

nen necesidades corporales; por tanto, el esfuerzo ha de ser personal con el fin de subvenir a la subsistencia y asegurar la propia higiene y la armonía orgánica.

\* \* \*

Todas las mujeres caritativas y piadosas, todas las presidentas de asociaciones emancipadoras y las asistentes a Congresos y reuniones femeninas, así como los libertarios, pretenden ser los mensajeros de la liberación de la mujer. Pero todos echan sobre los hombros de la pobre paria del hogar—la mujer o la sirvienta—el pesado e incómodo trabajo que cada criatura humana, sin distinción de sexo, habría de realizar para cuidar de su higiene personal y de su propia subsistencia. A pesar de tener esclavizada a la fémina—esposa o sirvienta—todos pretenden erigirse en líderes del movimiento mundial de emancipación feminista.

Por medio de estas reflexiones llegué a la conclusión de que había de vivir según mis propias necesidades. Como Tolstoi, me dije a mí misma que era preciso desconfiar del filósofo que tiene un criado para que realice la limpieza de su habitación... Y fué mi emblema el pensamiento constante de que mi emancipación no tiene derecho alguno a representar un recargo en el trabajo de otras criaturas.

Tan sólo un reducido número de individualidades, entre ellas Spinoza, el filósofo que con-

feccionaba lentes para vivir; E. Carpenter, el gran filósofo inglés que cultivaba, recogía y vendía, sin ayuda de nadie, los productos de su huerto y jardines; Tolstoi, que no se sentaba a almorzar sin haber remendado, por lo menos, un par de zapatos; San Pablo, que fabricaba tiendas, y algunos más, muy pocos, comprendieron esta verdad.

He aquí la forma en que concibo el trabajo femenino en la comunión social. Creo que todo el problema humano se resolverá el día en que cada hombre y cada mujer sabrán ayudar a prójimo, llevando a cabo las labores inherentes a su propio servicio personal.

Tal es el camino, pero...

No sabemos todavía qué es la libertad. Y preferimos ser esclavos de los demás, vivir sujetos a necesidades ilusorias, supeditarnos a ser devorados por el Moloch de la civilización industrial.

Todas las dificultades podrían superarse y vencerse. La vida sería sencilla y simple, viéndose, por tanto, todos beneficiados con los verdaderos progresos alcanzados por medio del aprovechamiento de las fuerzas naturales—captación del agua, radio, fuerza y luz eléctrica—si cada cual conociese el valor del esfuerzo humano y supiera adecuarse a la máxima: «Ama a tu prójimo como a tí mismo».

MARÍA LACERDA DE MOURA

## El faracco moral

Para los que creemos que la base y el núcleo social es el individuo, nos resulta muy doloroso ver al individuo moralmente tarado, y mucho más doloroso si esta defección no es producto y culpa directa del medio social, donde el individuo se ha desarrollado, sino de la propia voluntad individual.

Es muy cierto que la educación, el medio, el ambiente influyen poderosamente a que el individuo sea moralmente defectuoso, pero no lo es menos que la mayoría de los individuos, no sólo no hacen nada para mejorar, sino que hacen mucho para ser moralmente peores.

Es más que indudable que hay individuos que se taracean el alma, como los hay que, por matar el tiempo, se tatúan el cuerpo. Esos individuos que abonan cuidadosamente sus malos instintos, como si fueran plantas exóticas, son los peores enemigos de cualquier armonía social. Hay quien cuida y vigila sus celos como si se tratara de un ídolo, y se goza viéndolos

augmentar y crecer, como un avaro su tesoro, hasta que no queda en su alma lugar para otra cosa, hasta que revienta y hace por el objeto de sus celos o contra él, lo que se ha dado en llamar una hombrada, o sea, sencillamente, una barbaridad.

*La maté porque era mía  
y si mil veces viviera  
mil veces la mataría.*

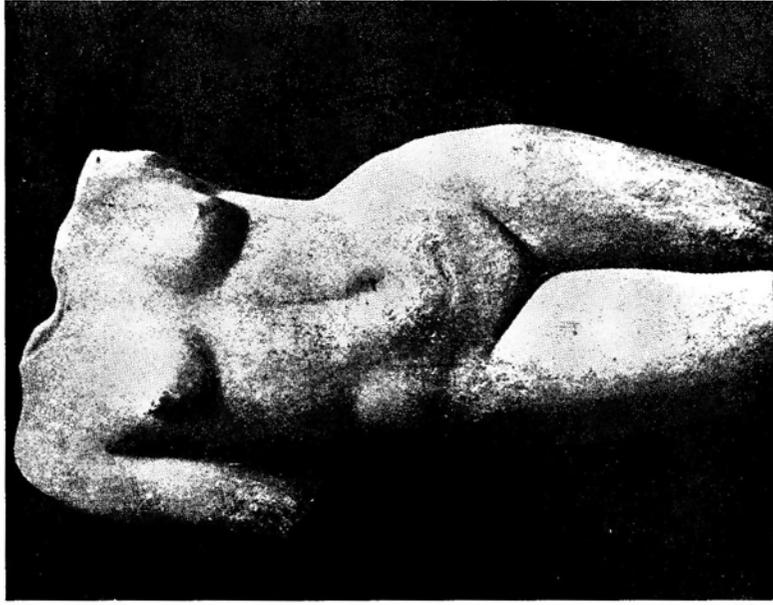
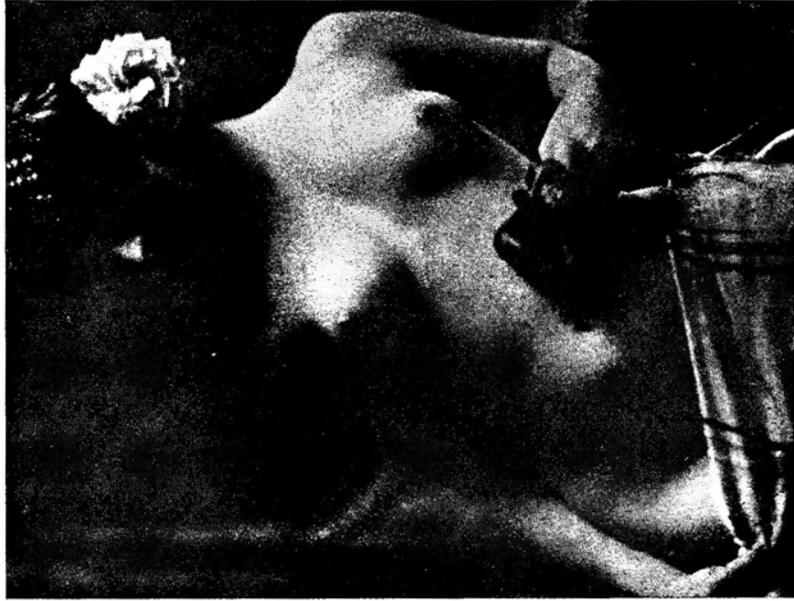
Hay quien llama a eso una heroicidad.

Lo mismo ocurre con cualquiera de las pasiones malas que llevamos metidas en nuestra alma y que forma parte de nuestros ancestrales atavismos y defectos.

Se siente envidia, y esa envidia nos conduce a cualquier estúpido extremo, por lo que otro tiene, es o va en camino de ser o tener; envidiamos la posición de otro, pero no hacemos

# LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

ÉPOCA CLÁSICA. - GRECIA

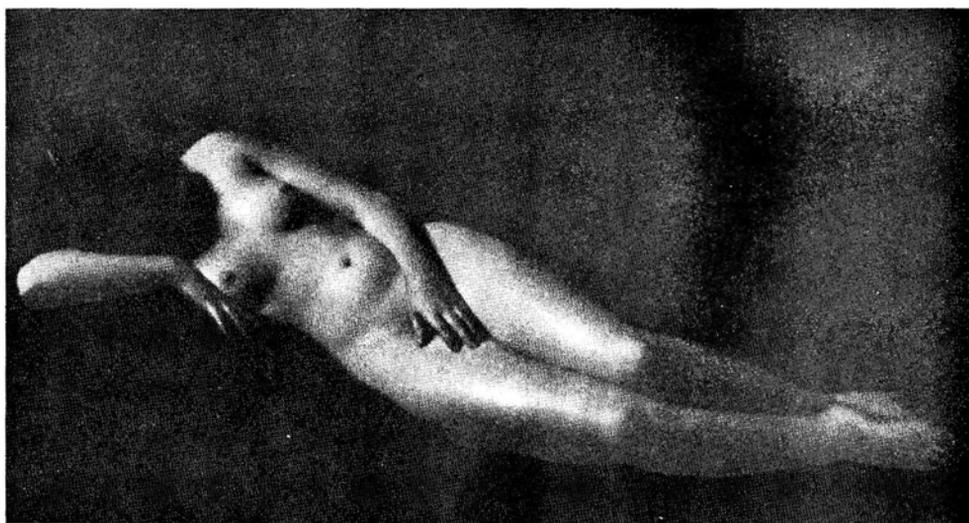


En el mundo desnudo del antiguo femenino predomina la doncella esbelta, en plena eclosión. Muchachas en estado de capullo, por decirlo así, y mujeres con formas opulentas raras veces se encuentran. Por eso el mito de Afrodita (Venus), la diosa del amor y de la belleza que excita al amor, siempre se representó como una muchacha ni demasiado verde ni demasiado madura, en una juventud eterna, que fué el tema preferente para el arte del mundo clásico antiguo.

En el admirable torso que reproducimos, de autor desconocido, junto con una fotografía de una muchacha italiana de la citada edad puede verse toda la admirable perfección técnica, así como el profundo sentido sensual con que trataban los artistas griegos el desnudo femenino. Como bien se ve, en la presente obra, así como en toda otra de esta poca, falta el vello del pubis, pero no porque se lo considerase feo, sino porque la moda griega de aquel tiempo exigía que fuese artificialmente suprimido.

# LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

ÉPOCA MODERNA. - ESPAÑA



Ya al final de una etapa turbulenta de la Historia, en que la Iglesia Católica intentaba imponer en el mundo su única *razón*, llevando a la hoguera a las más claras inteligencias del Arte y de la Ciencia, entre los muchos rebeldes que se alzaron contra este estado de cosas, se cuenta, y tal vez como uno de los más destacados, el pintor español Francisco de Goya. Con Goya, esta personalidad grandiosa que surge aislada entre la época antigua y contemporánea, el tema de la mujer desnuda, después de muchos años de abstinencia, surge nuevamente en su tradicional glorificación artística.

Reproducimos el célebre cuadro suyo *La Maja Desnuda*. Como bien podemos constatar, la figura desnuda está pintada con enorme fidelidad realista, y en ella todos los detalles, incluso el pelo del cuerpo, corresponde al natural viviente. Es el ideal español de raza, de cabeza finamente modelada, ojos grandes y oscuros, cabello abundante y de un negro azulado, pechos separados y altos, cintura estrecha, caderas abultadas, muslos rollizos...

Esta radiante realidad, desnuda y sensual, es lo que el genio revolucionario de Goya opuso, junto con otras muchas obras violentas y mordaces, a los falsos e hipócritas dogmas de la Iglesia, a las corrompidas costumbres de las altas esferas de la vida oficial de su época...

nada para alcanzarla nosotros; envidiamos los conocimientos que otro ha alcanzado, pero renegamos, estúpidamente, del estudio; la envidia nos lleva, cuando menos, a criticar y encontrar pecaminoso todo lo ajeno que puede dar notoriedad o bienestar. Claro está que estas pasiones son propias de almas rúnes; pero así es la gran realidad del género humano, y con este lastre moral es muy difícil que hagamos grandes cosas colectivamente. La generalidad no ve, en los grandes o pequeños actos ajenos, motivo de estímulo, sino motivo de envidia. El ideal que tiene más partidarios es el de tumbarse al sol o a la sombra, criticando a los que trabajan y al trabajo que producen. Todos renegamos de los parásitos humanos que padecemos, pero cada uno de nosotros lleva un embrión de parásito que espera la oportunidad para desarrollarse, y lo peor no es que tengamos ese embrión de paraíso, sino que no hacemos nada para extirparlo, y sí mucho para cobijarlo.

Si no somos todos unos ladrones no es porque hayamos limpiado nuestra alma del deseo de apoderarnos de lo ajeno, sino por mil otros motivos, entre los que el temor y la cobardía no juegan el menor papel. Como decíamos antes, todos envidiamos lo que poseen los demás, pero no hacemos, por nuestra parte, nada para obtenerlo lealmente, ni tan sólo la majeza de quitarlo, arriesgando todo lo nuestro. Pero nuestra envidia nos lleva a la estupidez, cuando no podemos, con poco o ningún trabajo y riesgo, apoderarnos de aquello que es objeto de nuestra envidia, de perjudicar al poseedor y hacerle perder lo que envidiamos, aunque, con ello, no nos beneficiemos en nada. Así es como todos nos conformamos en ser tuertos con tal de que el prójimo sea ciego.

Toda nuestra preocupación es, por un todo, tapar las apariencias y por otro aparentar lo que no somos. Somos, generalmente, capaces de todo, pero que nadie se entere, guardando la decencia. No importa ser un amoral o un inmoral, por dentro, en lo íntimo; lo importante es aparecer ante la gente como una vestal, como la encarnación de la moral, como el guardador del fuego sagrado de la virtud. Por otra parte, poco importa ser vacíos como unas castañuelas, tener la mente monda como una calabaza y tener la vasija del sentimiento vacía y adulterada. Lo importante es sentar plaza de sabios; si no sentimos interés por nada, por lo menos podemos hacernos interesantes. De ahí que la locuacidad haya suplantado a la profundidad de conceptos. No nos importa ya que no se diga nada; lo importante es que se hable mucho. Muchos grandes, aunque efímeros, éxitos se han basado en la apariencia. Eso es lo que interesa a la vulgaridad: cosas de relumbrón; a esa señora no le vengáis con pacientes estudios, con largos años de laboratorio y con pacientes rebuscas en los archivos; esto no le interesa; prefiere las cosas de relumbrón,

el desplante vacío, aunque no lo entienda, y si no lo entiende mejor; así se le antoja profundo. Recuerdo que, cierta vez, un intelectual pedante que asistió, por deber de su cargo, a la colocación de la primera piedra de una biblioteca pública que se iba a construir en un solar, en el que se acababa de demoler una cárcel, dijo, al iniciar su discurso, «aunque bello, dejo el tema que me ofrece el hecho de construir una biblioteca en el preciso lugar donde se acaba de derruir una cárcel, por demasiado fácil». Y, efectivamente, dirigió su discurso por senderos incógnitos, desconocidos de todo el auditorio. Así su orgulloso pedantería de intelectual quedó satisfecha y el público necio, que nada entendió, también. Precisamente porque no entendió nada, supuso que las palabras del intelectual fueron sabias y profundas.

Esa manera de desdeñar lo fácil, sencillo, real y cotidiano, por lo truculento, enrevesado, erótico, caótico y metafísico, ha podido ser también la base de no pocas celebridades.

Todo eso es puro taraceo moral.

ERNESTO DUBOIS

## Como debe matarse

Los delegados a la Conferencia del Desarme, reunidos en Ginebra, que parecen haber bebido demasiado el licor de este mismo nombre, a juzgar por lo que están haciendo reír al mundo, continúan discutiendo si para matar enemigos —que también son hermanos— han de utilizarse cañones de tal o cual calibre. Si se llega a un acuerdo no serán conceptuados como criminales los que utilicen en el asesinato y destrucción de los contrarios las armas legalizadas, siéndolo, en cambio, aquellos otros que no se ciñan a lo que se pacta y apelen a las armas que tengan por conveniente (que serán todas las potencias).

Era necesario que llegáramos a estas alturas de la civilización para presenciar la cómica seriedad con que los pueblos que se juzgan más cultos, no porque lo sean, sino por ser más poderosos, destaquen personalidades de su seno para intervenir en la más estúpida comedia que vieron los siglos, discutiendo, muy seriamente la forma de matarse (más propiamente, la de matar a sus pueblos respectivos), *legalmente* y desde un punto de vista *humanitario*.

La *cultura capitalista*, representada por un auto que corre a doscientos kilómetros por hora, o por dos mastodontes, que se despedazan a puñetazos en un estadio, merece muy bien este digno colofón de la Conferencia del Desarme.

Y así va el mundo, dando traspiés en derechura al abismo. Es lógico pensar que no le quedará un adarme de sentido común para librarse de la voltereta definitiva.

## Preguntas y Respuestas

**PREGUNTAS:** *¿Puede efectuarse la fecundación artificial? ¿Se puede curar la hernia permaneciendo en cama un mes o dos? ¿Qué es la dipsomanía?*—Eugenio Gil.

**RESPUESTAS:** A la primera: La fecundación artificial es, desde luego, posible, y se emplea sobre todo en Veterinaria para efectuar determinados cruces que den por resultado la selección de ciertas razas. Para hacer esto se recoge, con un artificio *ad hoc*, el semen del macho durante una cópula y se inyecta luego con otro aparato en el útero de la hembra. A la segunda: Seguramente será precisa además la cooperación de un aparato de contención y aun a veces sólo puede obtenerse resultado con una intervención quirúrgica. A la tercera: La dipsomanía es el hábito invencible de beber. Presupone así siempre un fondo degenerativo.

**PREGUNTA:** *¿Qué quiere decir enfermedad venérea?*—Arcendino Granda.

**RESPUESTA:** Enfermedades venéreas quiere decir afecciones del aparato genital contraídas por el contacto sexual. Se llaman así en razón de su etimología, de Venus, Diosa del Amor. Su otra pregunta no se entiende qué quiere expresar.

**PREGUNTAS:** *¿Por qué unas encías en apariencia sanas sangran durante el sueño? ¿Por qué una niña de cuatro años siente envidia de una hermanita menor, niña de pecho?*—Un lector.

**RESPUESTAS:** A la primera. Pues porque no están sanas, sin duda. Probablemente existe una gingivitis o estado inflamatorio gingival o acaso una piorrea. Hágase ver por un buen dentista. A la segunda: Esas envidias infantiles, frecuentísimas, son casi siempre un indicio del eterno humano egoísmo y muchas veces reconocen además como causa complejos de índole sexual.

**PREGUNTAS:** *¿Es cierto que un niño que nace a los ocho meses no puede vivir? ¿Se cura la hernia de un niño pequeño o precisa operar?*—M. Tortolá.

**RESPUESTAS:** Desde los siete meses el embrión puede vivir ya, pero a base de exquisitos cuidados siempre y naturalmente con mucha mayor predisposición a morir que uno que haya nacido a término. La hernia infantil suele curar siempre con un apósito de contención o aparato bien colocado y sólo en casos de hernias grandes o rebeldes se precisa recurrir a la intervención.

**PREGUNTAS:** *¿Qué remedio anticoncepcional es más práctico y más económico? ¿Es preciso que la madre tome alimento antes de dar de mamar a su hijo?*—R. Morales.

**RESPUESTAS:** A la primera: La irrigación des-

pués del coito con una solución de ácido cítrico, que es un producto barato, eficaz y además inofensivo. A la segunda: Supongo que quiere decir si se precisa tomar alimento inmediatamente antes de dar el pecho. En este caso contesto que no. Lo que sí precisa es que la madre esté bien alimentada durante el período de la lactancia.

**PREGUNTAS:** *¿A qué es debido que un joven de veinte años no sienta deseos carnales? ¿Es bueno tomar café con leche después de cenar?*—P. E. Y.

**RESPUESTAS:** A la primera: Puede ser debido a un retraso de desarrollo o deficiencia funcional de ciertas glándulas de secreción interna. Desde luego eso no es normal. A la segunda: El café, en todas sus formas, no es conveniente. Puede sustituirlo por la malta y saldrá ganando.

**PREGUNTA:** *Sobre diferenciación de un tumor benigno de un cáncer.*—Jaime Irazo.

**RESPUESTA:** Nada saldría usted ganando con que yo tratase de darle algunos detalles sobre esto, ya que la distinción no siempre es fácil, y además un tumor benigno puede degenerar en otro maligno. Si la afección es de marcha lenta, si el pecho está muy indurado y hay invasión ganglionar y si la enferma tiene más de cuarenta años, es muy probable que se trate de un cáncer. Mala enfermedad, cuyo tratamiento y efectiva curación siguen siendo un problema de la Medicina. En ciertos casos se ha logrado éxitos con el Radium, en otros análogos sólo ha habido fracasos. La operación tampoco resuelve el problema completamente por ser posible las recidivas.

**PREGUNTAS:** *¿Por qué hombre y mujer sanos engendran hijos fuertes o débiles? ¿A qué edad desaparece la menstruación? Si un hombre sano verifica el coito durante una borrachera, ¿puede nacer un hijo anormal?*

**RESPUESTAS:** A la primera y tercera: Siempre que el instante del coito coincida con un momento de inferioridad o debilidad de los progenitores (cansancio, convalecencia, embriaguez, etcétera), el fruto engendrado tiene muchas probabilidades de nacer débil y aun con alguna tara degenerativa, siquiera sea superficial. No basta ser sano y robusto, es preciso estarlo en el momento de la procreación. A la segunda: Hay grandes variaciones, según temperamentos y naturalezas, pero lo más común es que la regresión de los ovarios ocurra entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años.

**PREGUNTAS:** *¿Es verdad que el año bisiesto es año de tres partos? ¿Es cierto que las rubias están más propensas a flujos blancos? ¿Es*

*perjudicial para la salud el ir de cuerpo cada tres días estando uno bien?*—R. P. A.

RESPUESTAS: A la primera: Es una superstición como otra cualquiera. A la segunda: Puede existir, en efecto, esa mayor predisposición, en razón de que las personas rubias son generalmente de temperamento más linfático que las morenas. A la tercera. El intestino debe evacuarse normalmente dos veces cada día (tantas como comidas formales se hacen). No hacerlo así supone estreñimiento (aun haciendo una deposición diaria) y a la larga este estreñimiento determinará fenómenos de intoxicación en el organismo. El estreñimiento es una afección, a la que no se le concede toda la enorme importancia que tiene, y sin embargo, combatiéndole se evitarían muchas enfermedades.

PREGUNTAS: *¿Son ciertas las manchas llamadas antojos producidas por un deseo de la mujer encinta? ¿Se puede curar la tartamudez?*—Joaquín Orri.

RESPUESTAS: Se citan casos que tal vez sean auténticos. Sabemos muy poco, realmente, de la enorme influencia del sistema nervioso y del pensamiento sobre el organismo y todo es posible. Sin embargo, en la mayoría de los casos hay que ser escéptico respecto a estas sugerencias. A la segunda: La tartamudez puede corregirse con ejercicios adecuados de pronunciación a base de mucha perseverancia.

PREGUNTA: *Si el Sol con su velocidad vertiginosa a través del espacio arrastra consigo a la Tierra, ¿cómo puede ésta, además de girar alrededor de sí misma, hacerlo alrededor del Sol?*

RESPUESTA: Muy sencillamente. En todo sistema planetario la atracción del Sol central mantiene a su alrededor en las órbitas correspondientes a los planetas que constituyen el sistema. La Tierra gira sobre sí y al mismo tiempo describe una elipse poco pronunciada alrededor del Sol, de donde la trayectoria resultante en el espacio se semeja a un tirabuzón. Pero no son éstos sólo los movimientos que tiene la Tierra, sino otros varios (cambio de eje de la eclíptica, variación de la presión equinoccial, etcétera), y todos ellos dentro de la admirable armonía que rigen las leyes de la gravitación. Si le interesan estos asuntos puede leer alguna obra de Astronomía popular y ninguna mejor que las amenas e instructivas de Flammarion, llamado el poeta del Cielo. Puede leer sobre todo «Las Tierras del Cielo», del citado autor. La otra pregunta del Sr. Ibar, que va en su misma carta, precisa cuestionario.

PREGUNTAS: *¿Influye en la idiotez del hijo la leche materna? ¿Perjudica al bebé su temperamento llorón? ¿Es antihigiénico besar a los niños?*—J. Más Torne.

RESPUESTAS: A la primera: La idiotez es una tara degenerativa congénita, cuyas causas remotas hay que buscar en los progenitores, y por tanto, nada tiene que ver en ello la lactancia. A la segunda: Cuando un niño llora dema-

siado frecuentemente, no dude usted que es que no está bien. Algo le ocurre o le duele. Llévelo al médico. A la tercera: Por sana que esté una persona (y nunca hay seguridad de ello) debe proscribirse la pernicioso costumbre de besar a los niños, sobre todo en la boca.

PREGUNTA: *No pudiendo descubrir el glándula durante la erección, ¿qué debe hacer para corregir esto sin operar?*—Matías de la Rosa.

RESPUESTA: Es preciso la operación (circuncisión.)

PREGUNTA: *Si una mujer durante el orgasmo piensa intensamente en otro hombre, ¿puede el hijo parecerse físicamente a aquél?*

RESPUESTA: Es realmente grande la influencia del pensamiento sobre los procesos orgánicos, y así cabe ello en lo posible, sin duda alguna. Se citan casos de alguna mujer encinta que ha estado obsesionada con una determinada imagen, con la cual luego ha tenido un parecido innegable el recién nacido.

PREGUNTA: *¿Debe vacunarse a los niños contra la viruela? ¿Se los debe bañar en agua fría en todo tiempo?*—José Herrero.

RESPUESTA: Mi opinión es contraria a la vacunación y puedo decirle que son legión los médicos que de día en día se muestran contrarios a esta práctica. Si le interesa el asunto, puedo indicarle copiosa bibliografía antivacunista. A los niños se les debe habituar al baño diario pero sólo paulatinamente más frío, comenzando por agua templada. Respecto al plan de alimentación, higiénico, etc., para el destete puede pedir cuestionario si lo desea.

PREGUNTAS: *¿Cuándo son más convenientes los baños de mar, por la mañana o por la tarde? ¿Se debe uno bañar en ayunas?*—Amadeo Alsina.

RESPUESTAS: En general son mejores por la mañana, que es cuando la aptitud del organismo para reaccionar es mejor. Por la misma razón no es conveniente bañarse en ayunas, o por lo menos es preferible hacerlo después de hecha la digestión de un ligero almuerzo o desayuno. Se reacciona así mejor y aprovecha más el baño.

PREGUNTA: *¿Se puede padecer erotomanía siendo hijo de padres fuertes y sanos?*—A. Do ménech.

RESPUESTA: Sí, señor.

PREGUNTA: *¿Qué tiempo se calcula que viven los espermatozoides después de su eyaculación en la vagina?*—A. Navarro.

RESPUESTA: La vitalidad de los zoospermos varía mucho, pues es función de su propia resistencia y de las condiciones del medio. Si la vagina contiene mucosidades ácidas mueren enseguida. Traspuesta la matriz pueden mantenerse vivos mucho más tiempo y se han hallado espermatozoides vivos en las trompas de mujeres autopsiadas hasta veinte y más días después del coito.

PREGUNTAS: *¿Es cierto que las mujeres que llegan a la menopausia (fin de la menstruación) quedan más delgadas o más gruesas, según fue-*

ra su estado primitivo? ¿Por qué las mujeres obesas tienen menos leche que las delgadas?— J. B.

RESPUESTAS: A la primera: Es frecuente que al cesar la menstruación, a cuyo estado acompaña una regresión en algunas glándulas de secreción interna (ovarios y tiroides, sobre todo) las mujeres se hagan gruesas. A la segunda: No siempre es así; pero, en efecto, es lo más frecuente, y ello es debido a que la obesidad no es salud, sino enfermedad, y el tipo delgado es casi siempre más fuerte.

PREGUNTAS: *La «retirada a tiempo», ¿es tan*

*perjudicial que haya que proscribirla? Segunda: Reservada.—J. M. F.*

RESPUESTAS: Es ciertamente perjudicial, y sobre todo innecesaria, habiendo anticonceptivos prácticos e inofensivos. A la segunda: El producto que indica es, en efecto, muy eficaz.

Preguntantes cuyas preguntas, por constituir consultas, precisan petición de cuestionario: señores Eusebio Trebolde, Joner, Manuel Iglesias, José Durante y Enrique Pardo.

R. REMARTINEZ  
Médico fisiatra



## I

### EL ASILO DE INVALIDOS

He asistido en dos ocasiones diferentes a dos vistas de causa en la Audiencia provincial de K. Ignoro si lo que yo presencié allí ocurre corrientemente todos los días o fué producto de una venturosa casualidad. En cualquier caso, no omito mi admiración ante aquellos dos procesos singulares, y quiero perpetuar su recuerdo en unas páginas, acaso menos efímeras que los pliegos de papel de barba en que se escribieron las actuaciones judiciales.

Tolere el lector que antes de entrar en materia, le introduzcamos con los debidos honores en el suntuoso palacio de Justicia de la Audiencia provincial de K.

Está construído el edificio desde hace escasamente cincuenta años; es, por lo tanto, en la cronología de los edificios, un individuo evidentemente joven. Sin embargo, respondiendo a esa ley, por efecto de la cual los hombres y las cosas adquieren el carácter de los usos a que se destinan, la arquitectura de este inmueble, su tético continente y, sobre todo, su «miraña», denuncian falsamente una antigüedad remota, y se sobrecoge el ánimo en su presencia de igual modo que ante el prestigio célebre y sangriento de esos ruinosos caserones, que en las viejas ciudades de Castilla perpetúan el recuerdo del Tribunal de la Fe.

Yo ibí acompañado aquella mañana de un abogado en ejercicio, huésped habitual de la sombría morada. Penetramos a ella por una de las dos amplias puertas de la fachada principal. En estas dos puertas, como cumple a la tradición de un recinto de este linaje, se agolpaba una pequeña multitud de esbirros y vagabundos, tomando el sol. Galerías amplias,

pero lóbregas, se extendían por una y otra ala del edificio; algunos pasillos cortos, abovedados como subterráneos y sucios como letrinas, ponían en comunicación las arterias principales. A lo largo de estos corredores abríase una sucesión de departamentos, oficinas, relatorías y salas de Justicia, y por todos ellos entraba, salía y hormigueaba un enjambre de seres humanos, que bien pronto desvié mi atención de todas las demás cosas para fijarla sobre ellos.

No vacilo en calificar lo que ví de espectáculo impresionante.

En una proporción aterradora, aquel enjambre de seres, empleados todos en las funciones de Justicia, estaba tarado por defectos fisiológicos de las más diversas especies. Nunca ví más cojos, mancos, tuertos, jorobados, caquéuticos, hemipléjicos, tullidos y epilépticos que en aquel recinto. A la imaginación menos ágil no le hubiera costado esfuerzo alguno suponerse dentro de los muros de un parque de inválidos o de un hospicio para enfermos irremediables.

En la primera oficina que entramos tuve ocasión de sorprenderme ante dos cojos, un tullido, medio secretario (tenía las dos piernas amputadas por los muslos) y un ser con los cinco dedos de la mano izquierda inverosímilmente gruesos, atacados por las concreciones toféceas del ácido úrico. De otra oficina, a la cual me resistí a entrar, vi salir, en el intervalo brevísimo que mi compañero estuvo dentro, un joven jorobado, un braquípodo y un idiota clínico, de cabeza monstruosamente desfigurada. En otro departamento en que mi acompañante se obstinó en presentarme a un amigo suyo, vi a un hemipléjico, a un jefe de Relatoría, atacado de corea y a un algucil tartamudo. Mientras esperábamos al caballero que debía serme presentado, entraron en la secretaría un artrítico, secretario de Sala, y un ujier manco. Momentos después apareció como

una tromba un hombre con visibles síntomas de neurastenia aguda. Era el magistrado de la Sala segunda.

Por fin apareció el caballero a quien mi amigo quería saludar. Un señor bajito, de luto, con lentes y con un bonete octogonal en la cabeza. Según me aseguró después el abogado, este señor no se quitaba el birrete ni para dormir. Aparte esta incurable manía, muy disculpable en hombres que ejercen elevadas funciones sociales, aquel caballero no presentaba síntomas de poseer ninguna otra enfermedad. Empezaba a considerarme feliz por esta circunstancia, cuando observé que el caballero sacaba del bolsillo una cánula de caucho provista de unas gomas y de otra cánula de caucho más pequeña que la primera. Cogió este complejo aparato ortopédico y se lo colgó al cuello; luego se introdujo una de las cánulas en la boca, colocó la otra en un pequeño orificio que tenía practicado en la garganta, debajo de la nuez, y correspondió cortésmente a la presentación que nos había hecho nuestro común amigo:

—Tanto gusto, caballero...

Su voz sonó hueca, como emitida a través de una caña y por un sujeto distinto y más lejano del que tenía ante mí.

«¡Demonio! ¿Qué es esto?» —pensé seriamente afectado.

El caballero, con una melancólica sonrisa, harto triste para ser sonrisa, me explicó: Había sido víctima en su infancia de la escarlatina; en su adolescencia, de la difteria, y en la madurez, de una terrible parótida epidémica que acabó de destrozarle la garganta. La operación consiguiente y el uso inexcusable de aquellos aparatos cada vez que tenía necesidad de hablar.

Era juez, pero nadie hubiera respondido de ello. Los más avisados le creían solamente un complicado aparato ortopédico con turno en el escalafón de carrera judicial.

—He observado —dije a mi amigo cuando nos hallamos en los pasillos—, he observado que en todas las oficinas públicas del Estado abundan de una manera extraordinaria los seres defectuosos. Comprendo perfectamente la piedad de esta medida, pero no la justifico en cuanto se refiere a la Administración de Justicia, función altamente delicada que debía estar ejercida por hombres sanos y normales.

—¡Oh! —exclamó el abogado levantando los ojos al cielo, imprudencia que me permitió comprobar que era bizco—. ¡Oh, pues aún no ha visto usted nada!

Me cogió por un brazo, confidencialmente.

—Mire usted —continuó—: el fiscal de la Sala cuarta padece una úlcera de estómago incurable; hay momentos, durante sus discursos de acusación, en que se ve perfectamente el trabajo de la úlcera; no es él el que acusa, es ella. La úlcera del fiscal de la Sala cuarta ha hecho posible sentencias que de otro modo no se hubieran aplicado nunca. El primer magistrado de la misma sala está afectado de ictericia, enfermedad profundamente

triste; a veces llora ante el reo que tiene que sentenciar; otras, emite su voto en favor de la sanción más grave que consiente el Código, persuadido de que los cálculos biliares los debe a las muchas horas que le obligaron a estar sentado los reos que envió a presidio. También les debe el sueldo, pero de esto no se ha quejado nunca. El magistrado segundo es dispéptico en tercer grado, y el presidente sufre el triple martirio de la artritis, un principio de septicemia y la joroba. Además, es fatalista y calvo. Es el más infortunado de todos. Sus amigos aseguran que lleva siempre en el bolsillo del pantalón un revólver cargado, y en el dedo anular de la mano izquierda un anillo conteniendo la dosis suficiente de un veneno célebre. El mejor día se matará. En fin, hasta ahora, la ictericia del primer magistrado, la dispepsia del segundo, la úlcera de estómago del señor fiscal y el principio de septicemia del presidente, aliado con su calva y su joroba, no se han traducido en nada más importante que algunos centenares de años de presidio echados sobre las espaldas de infelices ciudadanos que carecían de enfermedades apropiadas para ejercer la judicatura.

—¡Rrrrrr!... ¡Rrrrrr!... ¡Rrrrrr!...

Los timbres interrumpieron la interesante explicación de mi amigo llamando a «audiencia pública».

Pasamos.

## II

### FLUIDO ELECTRICO

La constitución de un Tribunal es tan sencilla que no me explico cómo la mayor parte de los ciudadanos sienten horror de comparecer ante ellos.

Hay una larga mesa con un faldón rojo. Detrás de esta mesa, tres bonetes octogonales sobre tres cabezas calvas, cabezas que terminan en tres barbas, ninguna de ellas postiza, porque sería falsificar la ley. Entre el birrete y las barbas negrean siniestramente unas concavidades tenebrosas que el procesado, en su natural azoramiento, no consigue identificar casi nunca. Son los seis ojos de los tres graves personajes.

A derecha e izquierda, el espectador advierte nuevas togas, más birretes y alguna tímida perilla que se asoma sobre un pupitre, entre legajos de papel sucio y volúmenes de jurisprudencia manoseados. En esta perilla, que pertenece generalmente al fiscal, el ojo sagaz del observador habituado descubre enseguida el anhelo conmovedor y plausible de llagar a barba. Su propietario la cuida, la acaricia, la manosea, la halaga, la estimula mientras pronuncia los discursos de acusación que han de llegar a convertirla en apéndice de primer magistrado.

Un hombre en medio del estrado y de espaldas al público curva su espina dorsal sobre un montón de papeles amarillentos: es el relator.

Estamos ante un Tribunal de Derecho.

El procesado se levanta a requerimiento del presidente.

El procesado es un humilde ciudadano a quien se acusa de haber hurtado flúido eléctrico a una poderosa Compañía suministradora del mismo. Este elegante y científico delito habíalo cometido mediante la colocación de un «puente en el contador, «puente» que eliminaba la celosa contabilidad de aquél en el consumo de flúido. Es un procedimiento antiquísimo, inventado, probablemente, por la sórdida avaricia de un judío pocos días después del experimento de Volta.

El fiscal pedía contra el acusado seis meses de arresto y una indemnización de 1.619 pesetas. Estaba en su derecho.

El acusador privado —ser feroz, reminiscencia de las épocas bárbaras en que la Justicia era ejercida con carácter de venganza (igual que hoy)— estuvo conforme desde el primer momento con la petición fiscal, pero además cometió la imprudencia de manifestar que debía condenarse al acusado no sólo por él sino para que el castigo sirviese de lección y escarmiento a la mayoría de los ciudadanos de K, los cuales estafaban a las Compañías suministradoras por el mismo procedimiento que lo había hecho el hombre del banquillo.

Esta acusación dejó estupefacta a la Sala en pleno. En los numerosos años que aquel ilustre Tribunal llevaba escuchando peroraciones de acusadores privados, según me dijo mi amigo, había tenido ocasión de oír una cantidad bastante respetable de atrocidades, pero ninguna de aquel calibre.

En su consecuencia, y una vez repuesto de la sorpresa, el fiscal tomó la palabra y protestó enérgicamente de la manifestación insólita formulada por el letrado querellante, defendiendo a los ciudadanos de K, por entender que no son en mayoría, sino en minoría insignificante los que defraudan a las Compañías de electricidad; añadiendo «que si la misión del fiscal es acusar al delincuente, no olvida que también es misión suya defender cuando se hace una acusación injusta.

Todos los ciudadanos que nos hallábamos presenciando el acto nos miramos recíprocamente y con asombro. El caso de un fiscal rechazando las insidias de un acusador privado y defendiendo a una población injuriada, era un espectáculo tan edificante y original, tan nuevo en nuestras costumbres jurídicas, que todas nuestras ideas almacenadas se sintieron súbitamente subvertidas.

Abramos un paréntesis necesario para aclarar este hecho.

Todo el mundo sabe que el fiscal histórico español, el genuino fiscal de nuestro acervo forense es un grave señor al que la hermenéutica del oficio le exige el uso de una perilla inquisitorial atemorizante y de unos ojos en cuya mirada, para la más perfecta interpretación de la Justicia, debe lucir el fuego tradicional de las hogueras del

Santo Oficio. Al comenzar la carrera pudo ocurrir que este caballero tuviese un carácter dulce y paternal, unos sentimientos sencillos, inofensivos y piadosos; pero él, consciente de la grave misión que echaba sobre sus espaldas la sociedad, adoptó un gesto duro y sanguinario y proveyó a su espíritu de la convicción inalienable de que todo hombre que se sentara en el banquillo tenía que ser necesariamente un criminal.

No se paraba a meditar sobre el hecho y sus circunstancias, porque era inútil. El sabía que el hombre que se sentaba en el banquillo había sido detenido por la Guardia civil, y esto era suficiente para comprender que debía acusarle. Y le acusaba.

Para hacerlo con algún elemento de juicio, el fiscal se ponía a examinar escrupulosamente los ojos del inculcado, y de la mirada mortecina del reo, del aspecto feble y cohibido que presentaba, deducía todo un teorema psicofilosóficojurídico en demostración de su culpabilidad.

Al final del discurso, le adestaba este golpe definitivo y convincente: «Por último, señores del Jurado, una vez demostrado que la mirada del reo no corresponde a la de una persona decente, ¿os atreveréis a negar que quien se sienta en el terrible sitio de los criminales, y tiene las manos esposadas, y está escoltado por dos números de la Benemérita, no es un delincuente empedernido?»

«Es verdad, es verdad —murmuraba en voz baja el Jurado—; si no fuese un criminal repugnante, ¿estaría sentado entre dos guardias civiles?»

Luego, a los quince años, venía un joven pastor y descubría al verdadero autor de la hazaña. «¡Error judicial!» —exclamaba la Prensa, ávida de duplicar las ediciones—. El asesino número 2 comparecía en el banquillo. El fiscal como si no hubiese ocurrido nada, se calaba los lentes, posaba una mano sobre la otra, dirigía una mirada escrutadora a los ojos del nuevo delincuente, y exclamaba para sí: «¡Este es! ¡Ahora sí que no me equivoco!»

Hablaba luego en voz alta:

—Los ojos, señores del Jurado...

El reo número 2 salía para Chinchilla.

Nadie desconoce que el 54 % de los presos que extinguen sentencias condenatorias lo deben al descuido fatal de no llevar unos ojos presentables al acto del juicio.

Pues bien, afortunadamente, el fiscal de hoy comienza a adquirir el hábito saludable de afeitarse la perilla. Es un progreso judicial inestimable. El barómetro penal está llamado a un formidable descenso en cuanto se generalice esta costumbre higiénica.

Por lo pronto, el fiscal de la causa a cuya vista asistíamos acababa de dar un paso histórico. Mi amigo el abogado me aseguró con toda seriedad que por aquel camino la magistratura iba rápidamente incluso a la supresión del bigote.

Porque la liberal y espontánea defensa que aquel fiscal acababa de hacer en obsequio de

los honorables habitantes de K, no acabó así. Ahondando mucho más en la cuestión, aquel digno funcionario llegó a decir que si los ciudadanos de K atentaban alguna vez contra los intereses de las Compañías no lo hacían sino a título de legítima defensa contra la probada rapacidad de éstas, que, a su vez, defraudaban a los ciudadanos, cobrándoles precios exorbitantes.

Estas palabras, en las que algún espectador injusto quiso advertir maliciosamente que el fiscal había pagado aquella mañana el recibo de la luz, fueron calurosamente aplaudidas por el público que llenaba el local.

Pero el abogado querellante no se amilanó, y volviendo la oración por pasiva, aseguró —con una convicción capaz de evidenciar la cuantía de los honorarios percibidos—, «que si las Compañías imponen un precio exorbitante al flúido es, precisamente, para indemnizarse de lo que les usurpan los ciudadanos».

Aquí se detuvo el debate. La cuestión había sido llevada a un círculo vicioso tan cerrado que no era posible salir de él de otro modo que a bastonazos.

Resulta que nos hallábamos ante el hecho insólito de dos ladrones cautos y precavidos colocados recíprocamente a la defensiva. El uno aseguraba que robaba al otro por temor a ser robado por éste; el ladrón segundo decía que robaba al primero, espoleado por el mismo temor que aquél. ¿Quién era, pues, el que debía ser condenado?

Reclamo la más sostenida atención del lector sobre este caso singular, probablemente único en la historia compleja del Foro.

El ladrón pequeño no había robado más que 1.619 pesetas; ninguna conciencia medianamente justa de los que nos hallábamos presentes en la Sala podíamos considerar exagerada la pena de seis meses de arresto solicitada por el fiscal contra este reo. Pero el ladrón grande había robado 1.619 pesetas, multiplicadas por un millón, número aproximado de ciudadanos que consumen flúido eléctrico en la ciudad de K. Luego la cuantía de su hurto ascendía a *mil seiscientos diecinueve millones de pesetas*, y la sanción que le correspondía, proporcionándola a la solicitada en contra del pequeño ladrón, era de 500.000 años de presidio.

Confieso que cuando el Tribunal se retiró a deliberar sentí una honda compasión hacia el anónimo e infeliz propietario de la Compañía, que iba a ser condenado a tan monstruosa cantidad de años de presidio.

«¡Infeliz! ¡Infeliz! —gemía yo compasivamente en mi fuero interno—. No tendrá vida bastante para extinguir la condena. ¿Qué digo? Ni sus nietos, ni sus biznietos, ni sus tataranietos vivirán tanto como la larga sentencia. ¡Quinientos mil años! Suponiendo que las sanciones penales fuesen transmisibles por derecho de herencia, como los bienes de fortuna, la terrible sanción que se le va a aplicar a ese hombre acabaría de extinguirla su 8.333ª descendiente, sal-

vando el caso de que a alguno de sus milenarios herederos no le diese por fundar otra fábrica de electricidad.»

Estaba en estas tristes meditaciones cuando apareció el Tribunal otra vez en la sala. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Mentalmente, vi ya apresado por los gendarmes al gran delincuente y conducido a aquella sala, en medio de la expectación general, para escuchar el terrible veredicto.

—Levántese el procesado —oí que decía el presidente, después de agitar una campanilla.

El procesado a que se refería y que se levantó en el acto, era el pequeño ladrón de flúido eléctrico, mediante la colocación del «puente» en el contador. Estaba pálido, desmedrado, cohibido, insignificante y tembloroso.

El presidente leyó:

—Quedáis condenado a la pena de seis meses de arresto y al pago de 1.619 pesetas de indemnización. Se levanta el acto.

Un revuelo de togas y de sillas arrastradas confirmó, en efecto, que el juicio había terminado.

—Pero... ¿y el otro reo? ¿Dónde está el otro reo?— indagué yo con la más absoluta desorientación.

En aquel momento el abogado acusador salía del estrado acompañado de un caballero elegante, que le felicitaba efusivamente:

—¡Muy bien, muy bien! Ha estado usted sencillamente admirable.

El abogado querellante sonreía halagado. Luego, el señor elegante sacó un puro, un enorme puro; dió otro al letrado, de la misma calidad, los encendieron y siguieron pasillo adelante cogidos del brazo, comentando jovialmente las incidencias del juicio.

Mi amigo, que los había observado como yo, me dió con el codo y me dijo:

—Ese es el propietario de la fábrica de electricidad.

### III

#### EL REO ES INOCENTE

La segunda vista tuvo un sabor verdaderamente patético y un final que jamás será bien comprendido por quienes confunden la lógica con la rutina.

No negaremos que las incidencias de aquel juicio memorable se prestan admirablemente a despistar la perspicacia del observador más sutil; pero una vez aclaradas ciertas vagas verdades que flotaron en el ambiente de la Sala y que mi amigo y yo logramos recoger, el caso no ofrecerá duda alguna respecto de su genial solución.

Aportemos ante todo los antecedentes del hecho.

El reo que se sentaba en el banquillo era un

asesino. Se llamaba X, era mendigo de profesión y había matado a otro mendigo, no sé si de profesión también, o temporero, por temor a que el muerto le robara cierta noche el producto de las limosnas que habían obtenido mancomunadamente durante el día.

En el acto del juicio el acusado se declara autor del hecho, refiriéndolo con toda clase de detalles y con cierta ostensible voluptuosidad.

—Estábamos acostados bajo un puente... Mi compañero y yo habíamos discutido hacía un rato por cuestión de las limosnas, cuestión que se debate con deplorable frecuencia entre los miembros de mi distinguida clase. A esto veo que mi camarada se levanta y se pone a merodear «distraídamente alrededor de mí. Comprendiendo que su intención no era otra que la de quitarme los cuartos, que yo guardaba, me levanté, cogí una estaca y le aseté uno, dos, tres, cuatro (el procesado accionaba el brazo para subrayar la descripción), diez, doce, quince... no sé cuántos garrotazos, hasta que le dejé muerto a mis pies. Luego arrojé la estaca, como Caín la piedra, y me acosté. Se lo merecía.

Un murmullo de estupor corrió por la sala.

El fiscal le preguntó en este momento si podía precisar el número de palos que dió al difunto, respondiendo el acusado que le aseté unos cincuenta, en números redondos, pues no tuvo la elemental precaución de contarlos.

—No obstante —afirmó—, estoy persuadido de que debiera haberle dado muchos más.

Ante tan terminante declaración, el letrado defensor no tiene más remedio que rendirse a la evidencia, y, reconociendo que su patrocinado es un miserable bellaco, que ha olvidado ante un Tribunal el sagrado deber de mentir, se adhiere a la petición fiscal, si bien apunta tímidamente que los manicomios están más indicados en estos casos que los presidios.

Oído esto, el Jurado se retira a deliberar.

Pasa un cuarto de hora, veinte minutos, veinticinco... Consumimos unos cigarrillos junto al pupitre del abogado defensor, camarada y amigo de mi acompañante.

El abogado defensor está indignadísimo, y tiene razón.

—¡El muy bestia —exclama— se ha acusado él sólo! No me quedaba nada que hacer.

—Le aplicarán una temporal —advierde mi amigo.

—O la perpetua —dice el defensor—. Se trata de un asesinato, y el reo está convicto y confeso...

Sale el Jurado. Sus miembros van desfilando de uno en uno hasta colocarse todos en la tribuna. Momentos después, en medio del silencio expectante de la Sala, se lee este veredicto inconcebible: «El acusado es inocente. Absuelto.»

En el rostro de todos los presentes, incluso en el del reo, se refleja la mayor sorpresa que está consentida dentro del severo recinto de un Tribunal. En todas las miradas se lee esta in-

terrogación: «¿Inocente? ¿Pues no ha confesado él mismo su delito?»

No hay manera de comprenderse allí lo que ha pasado.

Sin embargo, la elocuencia y justeza de este veredicto, aparentemente inverosímil, es tan evidente, que sólo las personas reunidas en una Sala de Justicia están incapacitadas para comprenderlo.

Se habrá observado, a través de la breve referencia del acto, que el reo mostró en todo momento un marcado empeño en convencer al Tribunal de su delito, empeño que no podía tener por base otra razón que el deseo de que le mandaran a presidio.

¿Por qué?

Es sumamente sencillo. Un mendigo profesional no es lo mismo que un mendigo accidental, aunque muchas personas incurran en el deplorable error de confundirlos. El mendigo accidental es un ser susceptible de redención. El mendigo profesional, no. Perdida esa ansiedad de mejoramiento que late hasta en el cuerpo invertebrado de una pulga, el mendigo profesional opta siempre por las soluciones más fáciles, aunque conlleven mayor vilipendio. Puesto en el trance de elegir entre la inseguridad y vicisitudes de la mendicidad y el seguro pan del presidio o del Asilo, acepta sin gran violencia lo último, aun cuando sólo sea como aspiración a un descanso que le está negado, y sin reflexionar demasiado en lo que supone la pérdida de la libertad.

Ahora bien. ¿Existen estos seres? Preciso es confesar su escasez, porque el hombre, hasta en el último límite de su miseria moral, conserva el instinto de la libertad; pero existen, y no sería difícil reconocer en el acusado de marras uno de estos raros ejemplares.

Habrás observado, repito, el tenaz empeño que puso en aparecer ante el Tribunal como un criminal repudiable. Durante la lectura de las conclusiones, cuando oyó que el fiscal solicitaba de la Sala solamente veinticinco años, el infeliz tembló ante su desamparo.

—Veinticinco años no es apenas nada —pensó—. Entre indultos y otras bagatelas vendrán a reducirse a la mitad. ¿Qué haré del resto de mis días, Señor?

Entonces aseguró en voz alta:

—Le pegué cincuenta palos, pero aun debí pegarle más. ¡Era un miserable!

Y se frotó las manos con deleite, pensando:

—Ahora estoy seguro que me impondrán la perpetua. ¡Treinta años! Eso ya sería otra cosa...

A todo esto, el Jurado no le perdía de vista. Todo el proceso psicológico que se desarrollaba en el alma atormentada del reo fué percibido íntegramente por la fina intuición de los que componían el tribunal popular.

En este estado de ánimo salieron a deliberar. Todos convinieron en que se hallaban ante un delito categórico. Había que condenar.

Mas... aquí surgió el terrible conflicto. ¿Condenarle? ¿A qué, a presidio? ¡Imposible! Bien veían todos que esto era precisamente lo que deseaba el reo.

¿Qué hacer?

El más caracterizado de los miembros se adelantó hacia sus compañeros y dió la fórmula genial.

—Puesto que para este hombre constituye una felicidad el ir a presidio —dijo—, propongo contra él la más terrible de las sanciones: la absolución.

—¡Justo!

—¡Exacto!

—¡Magnífico!

Salieron. Se dictó el veredicto.

Es la sentencia más sagaz y severa que se pronunció jamás en una Sala de Justicia.

Pero allí no supieron comprenderla.

Únicamente el reo, abrumado por el excesivo rigor de la pena, palideció de mortal angustia al oírla...

BENIGNO BEJARANO

## Carta abierta a los trabajadores del campo

(Continuación)

¿QUE ENTENDEMOS POR «INDIVIDUALISMO»?

Esta objeción no es valedera sólo para vosotros. Ha parecido a espíritus sinceramente enamorados de la libertad, que la libertad individual estaría singularmente restringida si no pudiera acusarse en el dominio de la producción y del consumo de la misma manera que se puede prever su ejercicio en el dominio intelectual y oral, por ejemplo. Hay, claro está, ideas avanzadas e ideas avanzadas, como hay mentira y mentira. Nosotros, partidarios de la libertad individual, llevada hasta sus extremos límites —a condición de no invadir el terreno de la libertad ajena—, en todos los dominios, la esfera de la actividad económica comprendida, nos diferenciamos claramente de los socialistas y de los comunistas y nos designamos con el nombre de individualistas. Protestamos con todas nuestras fuerzas, con toda la energía que somos capaces de desplegar, contra toda ley o reglamentación que pudiera impedir al individuo disponer con entera libertad —y fuera de toda ingerencia del Estado o de una autoridad cualquiera— del fruto de su esfuerzo personal, es decir, de lo obtenido sin ayuda ajena.

Entiéndasenos bien: nosotros, individualistas, somos, tanto como el que más, tan irreconciliables adversarios de la dominación del hombre sobre el hombre y de la explotación del hombre por el hombre, como del parasitismo; pero lo que el individuo ha producido con su esfuerzo personal, cerebral o muscular, sin explotar a otro o hacerle trabajar en su provecho, reclamamos, sea cual fuere el sistema económico que rija el medio social, que lo posea a su libre y entera disposición, que pueda conservarlo para su uso, enajenarlo gratuitamente, cambiarlo; en una palabra: disponer de él a su antojo. Consideramos el tener como la consecuencia del

ser, y no creemos razonable ni concebible la libertad de ser sin la libertad de tener. Consideramos contrario a la dignidad del individuo todo sistema, todo arreglo político o social que niegue al trabajador la facultad de recibir por su esfuerzo lo debido a este esfuerzo. «A cada individuo según su esfuerzo», su esfuerzo útil naturalmente, sea cual fuere el dominio en que se realice. He ahí la fórmula que oponemos a todas las que, bajo una apariencia de generosidad, quieren la explotación organizada del trabajador por el Estado o la administración socialista o comunista. No admitimos de ningún modo que el que produce algo sea forzado, constreñido, obligado a asegurar lo necesario al que no produce nada. Esto nos parece una prima a la holgazanería. No admitimos de ningún modo que el que aporta todos sus cuidados para obtener un producto de calidad superior sea forzado, constreñido, obligado a satisfacer las necesidades del que no se cuida de la calidad de su producción. Queremos poder tratar por las buenas, como productores, con el consumidor de nuestro producto, discutir con él el valor, sin ingerencia legal o administrativa, estando convenido que este valor se basa en el trabajo que ha sido necesario para la obtención del producto: su *coste de producción*.

Contamos con la *concurrencia* entre productores para evitar la posibilidad de caer en una explotación de los consumidores. Una *concurrencia* basada, sobre todo, en la calidad de los productos y en la posesión por los productores concurrentes —aislados o asociados— de instrumentos de producción similares, pues si estamos por el producto para el productor y la *concurrencia en la producción*, estamos también contra los monopolios y los privilegios, y no comprendemos la *concurrencia*, sino con igualdad en el punto de partida y hasta restablecimiento de esta igualdad en el curso de la marcha. Reclamamos igualmente, cualesquiera que sea el régimen económico o social, la facultad de emi-

tir o hacer circular tal o cual *valor de cambio* representativo del importe de los cambios entre productores y consumidores, que tenga *curso libre*, pero no legal ni forzoso, entre los interesados o los que convengan en servirse de él.

¿Qué es el productor sin el instrumento de producción? (Y el medio de producción por excelencia, dicho sea entre paréntesis, es la tierra.) Sin el instrumento de producción, el productor es el esclavo del medio, el siervo de la organización social, el dependiente de quien —unidad o grupo— detenta el instrumento de trabajo. He ahí por qué nosotros, individualistas, no separamos la posesión inalienable del instrumento o del medio de producción de la libre disposición del producto.

No queremos impedir, de ningún modo, que los partidarios de otros sistemas realicen sus aspiraciones o practiquen sus métodos. Nos parece muy equitativo que los que lo prefieren se adhieran a la teoría del funcionarismo social —trabajar todos a sueldo para el Estado— o a la del comunismo integral con su aplicación extrema de la entrega de todo al montón y la toma de todo del montón. Cada uno debe ser libre de hacer la experiencia que le parezca más de acuerdo con su temperamento. Sólo pedimos a los que no piensan como nosotros esta concepción: que al dejarles completamente libres de propagar y de vivir su concepción de la vida social o individual, nos devuelvan la recíproca, es decir, nos dejen propagar y practicar nuestras propias ideas.

## LOS INTELLECTUALES, LOS DÉBILES Y LA SOLIDARIDAD VOLUNTARIA

Se nos ha objetado a veces que no somos sensibles para los débiles. Sería preciso ponerse de acuerdo sobre el término «los débiles»; porque hay débiles que no quieren hacer nada, intentar nada para tratar de ser fuertes, y hay débiles que lo son «por naturaleza» o porque han sido reducidos a la impotencia. Los primeros no nos interesan: lo decimos con franqueza. Con razón o sin ella, no sentimos simpatía ni afinidad por quienquiera que se niega a intentar un esfuerzo para hacerse, si no independiente —nada es absoluto—, por lo menos algo menos dependiente de la organización estatista o administrativa, aunque sólo fuera teóricamente.

Quedan los débiles y los ineptos verdaderos, los enfermos, los inhábiles, los ancianos en general, los débiles que nosotros amamos, los ineptos por los cuales sentimos simpatía, aquellos que son lo uno o lo otro momentáneamente, a consecuencia de circunstancia adversas.

Lo mismo que estamos *contra la solidaridad obligada, impuesta, forzosa*, estamos *por la solidaridad aceptada, consentida, practicada*, aun cuando nos exigiera el abandono de una parte, por importante que fuese, del resultado de nuestra producción, aun cuando terminase en la for-

mación de asociaciones que tuvieran por objeto garantizar, en su seno, la satisfacción de todas las aspiraciones, de todas las necesidades, de todos los deseos de los coasociados.

Nos parece de toda equidad que el anciano goce en paz de sus últimos años, y esto no solamente cuando le sea imposible apreciar la vida; nos parece de toda equidad que la mujer que quiera ser madre —y es a la mujer a quien pertenece decidir si quiere o no engendrar— pueda, sin inquietudes acerca del mañana, consagrarse al niño que ha llevado en su seno... El problema de los «débiles» nos parece, pues, que debe ser resuelto por la formación de toda clase de asociaciones de garantía contra los riesgos de la vida, en concurso, formadas fuera de toda ingerencia del Estado y alimentadas por las cotizaciones voluntarias de sus partidarios o de los interesados.

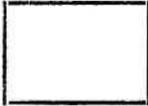
Aun cuando el sistema de los seguros de garantía fuese ignorado, nosotros no queremos que el enfermo o el inválido sea dejado sin cuidados o abandonado, como se nos hace decir deslealmente; queremos que el *salario integral* del productor pueda en ese caso hacer frente a los azares de la invalidez, de la enfermedad, de la vejez, de la educación y del sostenimiento del niño.

En cuanto a la cuestión de los «intelectuales», que se nos ha presentado como una objeción seria, he aquí cómo la resolvemos:

Enemigos de todo lo que se relaciona de cerca o de lejos con la consagración oficial, consideramos como una iniquidad y una explotación que se obligue o apremie a cualquiera a contribuir a la subvención de un esfuerzo que no le interese. Lo mismo que nos parece inícuo que se fuerce al individuo a pagar un impuesto para un servicio público o social que le sea indiferente. Nosotros querríamos que en todas partes surgiesen asociaciones voluntarias, libres, compuestas por personas que se interesasen por tal producción intelectual, por tal investigación científica, por tal investigador, por tal sabio, por tal trabajador cerebral, por tal iniciador educador, y realizasen lo necesario para que creadores y creaciones, obreros y obras, pudiesen existir; que en este dominio la competencia reina como en cualquier otra parte. Nosotros queremos escoger el maestro de escuela y la enseñanza que nos agraden más y no que se nos impongan; queremos escoger el médico y el método de tratamiento que nos convengan más y no que se nos impongan. El escultor, el músico, el pintor, el novelista, el periodista, el poeta, el dramaturgo, cuyos esfuerzos y cuya producción nos agraden, nos corresponde a nosotros, individualmente, hacer lo preciso para que puedan producir sin grandes inquietudes acerca del mañana. Si no lo hacemos es que no nos interesan, nuestra supuesta apreciación de su esfuerzo es una mentira.

E. ARMAND

(Concluirá.)



## Carta abierta

Para el Dr. Isaac Puente,  
camarada y hermano en ideal

Querido compañero: He leído su lamentación en esta misma Revista, e, inmediatamente, ha surgido en mí el deseo imperioso de responder a su llamada, a esa angustia de posible soledad que se refleja en sus palabras.

No se ha equivocado Vd.; no está Vd. aislado en ese  *fervor rabioso*  hacia la Nueva Vida que quiere salir a la luz, y que saldrá, aunque para ello tenga que destrozarse las entrañas de todo un pasado antihumano y brutal. No; ni Vd. está aislado ni lo estamos los dos.

¿Es que es Vd. demasiado joven y llega fácilmente a desesperarse ante un caso que tiene todas las apariencias del creténismo endémico? Pues, si estoy en lo cierto, tengo que decirle que, a toda costa, conviene que deponga usted su actitud. No hace falta ser pesimista para ganar lo que ya se perfila en la línea del horizonte; y observe que desesperadamente pueden alcanzarse muchas victorias, pero cómo sin una sonrisa es imposible conseguir ninguna.

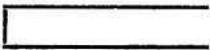
Esto es lo que hay que hacer. Sonreír. Sonreír y apretar los puños. Apretar los puños con todas las fuerzas y no perder la sonrisa de los labios.

No tome Vd. esto como un consejo, pues, aparte de que los consejos suelen ser la mayor parte de las veces pura tontería, yo no soy un hombre de  *experiencia* . Ni tengo experiencia ni la quiero tener, al menos al estilo actual; pero tal vez he madurado sin yo sentirlo y he aprendido a reirme de casi el cien por cien de los hombres hechos y derechos que se empeñan en guiar el mundo.

Tiene razón Ortega al asegurar que la juventud actual está pronta a tomar el volante de la vida, pero ¿cuándo será esto?... ¿Cuándo...? ; Ah, no dude Vd. que ese «cuándo» también es nuestro!

Le saluda cordialmente.—José Martín Gregorio.

Valladolid, 9-32.



## Bibliografía



LA CLASE OBRERA, LA REVOLUCIÓN, LA REPÚBLICA I L'ESTATUT, por Pere Foix (Delaville). Colección Balagué, Barcelona.—Se puede compartir o rechazar el criterio sostenido en este opúsculo por «Delaville», pero no se puede negar su objetividad, ni lo ciertamente que trata determinadas cuestiones.

Desde luego, el trabajo ofrece un gran interés. Leyéndole, hemos aprobado más de una vez, sinceramente convencidos. Lo que no nos hemos explicado es cómo esta labor no ha sido realizada desde el seno de la C. N. T. A nuestro juicio, para sostener este criterio no era preciso un cambio de postura.

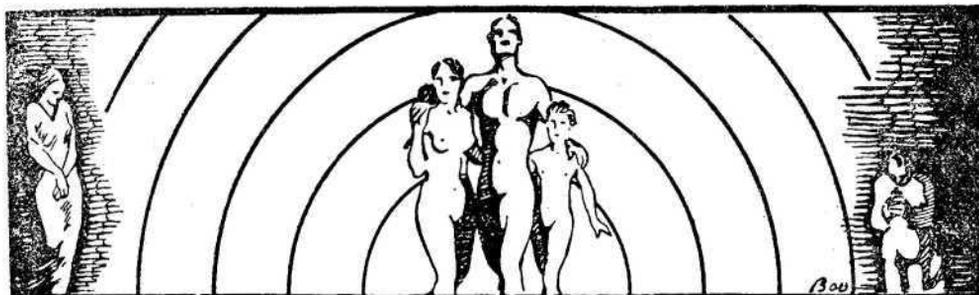
H. N. R.

EL ABOGADO DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Nos avisa nuestro compañero José Sánchez Rosa que tiene ya en prensa la undécima edición de esta importantísima obra que tan imprescindible se ha hecho para todos los obreros. Esta nueva edición comprenderá las leyes legisladas últimamente por el nuevo régi-

men que afectan de una manera directa a las condiciones económicas y sociales de los trabajadores, como son  *Ley de Reuniones Públicas* ,  *Ley del 8 de abril sobre Asociaciones*  (pues aun para atacarla es preciso conocerla), de la que se hacen juicios y aclaraciones,  *Jurados Mixtos* ,  *Contrato de Trabajo* ,  *Jornada Máxima de Trabajo* ,  *Ley de Accidentes del Trabajo* ,  *Ley de Imprenta* ,  *Ley del Timbre* ,  *Constitución del Estado* ,  *Sobre Tribunales Industriales* ,  *Ley de Huelga* ,  *Arrendamientos de Industrias Urbanas con la prórroga del Decreto de Inquilinato* ,  *Registro Civil* ,  *Ley del Divorcio* ,  *Reforma Agraria* , y, en fin, todo lo que se ha promulgado desde que se proclamó la República y lo que subsiste vigente de la legislación anterior y que interesa a la clase obrera. Además, como las ediciones anteriores, llevará numerosos formularios para la redacción de documentos y solicitudes que faciliten la defensa y reclamación de sus derechos.

Esta edición constará de más de 500 páginas, esto es, más de cien páginas sobre la anterior edición, a pesar de lo cual su precio será sólo el de 4 pesetas.

Pueden formularnos pedidos, que serviremos tan pronto recibamos ejemplares.



Una página maestra

## DEL HUMANISMO

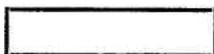
¿Qué es el humanismo? Tantas variedades de humanismo nos ofrece la Historia que su esencia se volatiliza y se hace vana. Existe —y no se tiene bastante en cuenta— un humanismo medieval. (En Alemania se manifiesta en el Renacimiento carolingio y otónico, que se limita fundamentalmente a la recepción externa de las formas antiguas. Pero en el siglo XII brota en todo el Occidente germanolatino un humanismo animado de la antigua y auténtica alegría de la vida, cuya frescura podemos percibir todavía en los poemas latinos de los vagabundos.) En el siglo XIII, Italia da el paso decisivo al percatarse de la relación existente entre la liberación del individuo y la vida rebosante en los libros antiguos. En la Italia del siglo XIV, este humanismo se funde con el ideal del renacimiento patrio (Petrarca y Cola de Rienzo). En el siglo XV, el humanismo italiano adquiere, por fin, conciencia de su oposición con el espíritu y la forma del medievo, y emprende decididamente ese derrotero asimilándose el helenismo...

Por esta razón, este siglo lleva, por antonomasia, el calificativo de siglo humanista. Y no sólo las fases del humanismo a partir de 1500, porque ello equivaldría a una recapitulación de la historia de Europa, desde Erasmo hasta Goethe.

Si repasamos la historia milenaria del humanismo occidental, desde el año 800 hasta 1800, de Carlomagno a Goethe, acaso comprendamos mejor su esencia y nos demos más clara cuenta de su estado actual.

Sólo una visión muy amplia puede revelarnos el principio que informa el humanismo, visión que, quizá, no ha sido posible en nuestros días. Lo primero que nos choca es el hecho de que el humanismo se da en todas las épocas y en todos los escenarios de la historia occidental. Nos hallamos, pues, ante un rasgo esencial de lo europeo. Indiferentemente, podemos enlazarlo con el espíritu medieval o con el renacentista, con el de la Reforma o con el del Concilio de Trento, pero se trata de algo absolutamente original. Se infunde en esas diversas épocas históricas, pero sin agotarse en ninguna. Sin duda, también podría encontrar su sitio en esa nueva Edad Media que parece asomar por diversos puntos del horizonte.

CURTIUS



ALBORES, por Albano Rosell.—Precio, 3 pesetas  
 PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION SOCIAL ESPAÑOLA, por Gastón Leval.—Precio, 3 pesetas.  
 LA NUEVA CREACION DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus. — Precio, 3'50 pesetas.  
 LA INQUISICION EN ESPAÑA (ilustrada con diecinueve láminas).—Precio, 1 peseta.  
 RAFAEL BARRET. *Su Obra, Su Prédica, Su Moral*, por J. R. Forteza.—Precio, 3 pesetas  
 EL SACRILEGO, por José Sampérez Janín.—Precio, 5 ptas.  
 EL SINDICALISMO, por Marín Civera.—Precio, 3 pesetas.  
 ENTRE DOS FRENTEs, por Adam Smit.—Un tomo, 4 pesetas.  
 LOS VEGETALES (*Gl'esis y milagros*), por el doctor Arthur Vasconcellos.—Precio, 1 peseta.  
 ¡TAMBIEN AMERICA!, por Campio Carpio.—Precio, 4 pesetas.  
 EN EL PAIS DE MACROBIA, por Albano Rosell.—Precio, 3 pesetas.  
 LA EDUCACION SEGUN LA NATURALEZA, por Daniel L. Coello.—Precio, 4 pesetas.  
 EL PROBLEMA SOCIAL, por Martínez Novella.—Precio, 1 peseta.  
 EL UNICO CAMINO, por Martínez Novella.—Precio, 1'50 pesetas.  
 MEDITACIONES, por Martínez Novella.—Precio, 1'25 ptas.

### FOLLETOS FILOSÓFICOS Y SOCIALES

LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, por Eugen Relgis. Precio, 0'30 pesetas.  
 LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, por León Tolstoi.—Precio, 0'30 pesetas.  
 LA IGLESIA Y LA LIBERTAD, por Lorurot-Desgranges.—Precio, 0'40 pesetas  
 LA PROSTITUCION, por Emma Goldmann.—Precio, 0'25 pesetas.  
 LA LUCHA POR EL PAN, por Rudolf Rocker.—Precio, 0'50 pesetas.  
 LA LIBERTAD Y LA NUEVA CONSTITUCION ESPAÑOLA, por Higinio Noja Ruíz.—Precio, 0'30 pesetas.  
 EL MILITARISMO Y LA GUERRA.—Precio, 0'25 pesetas.  
 LA FABRICACION DE ARMAS DE GUERRA, por Rudolf Rocker.—Precio, 0'30 pesetas  
 LAS FEALDADES DE LA RELIGION, por Han Ryner.—Precio, 0'50 pesetas.  
 HUELGA DE VIENTRES, por Luis Bulffi.—Precio, 0'25 pesetas.  
 GENERACION VOLUNTARIA, por Paul Robin.—Precio, 0'25 pesetas.  
 ¿MARAVILLOSO EL INSTINTO DE LOS INSECTOS? —Precio, 0'30 pesetas.  
 POBRES Y RICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.  
 LA POLITICA Y LOS POLITICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.  
 SUPERPOBLACION Y MISERIA, por Eugenio Lericolais.—Precio, 0'40 pesetas.  
 LA VIRGINIDAD ESTANCADA, por Hope Clare.— Precio, 0'20 pesetas.

LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA, por Emma Goldmann.—Precio, 0'20 pesetas.  
 MATERNOLOGIA Y PUERICULTURA, por Margarita Nellen.—Precio, 0'25 pesetas.  
 AMOR Y MATRIMONIO, por Emma Goldmann.—Precio, 0'50 pesetas.  
 ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta.—Precio, 0'35 ptas.  
 LA FILOSOFIA DE IBSEN, por Han Ryner.—Precio, 0'25 pesetas.  
 EL MATRIMONIO, por Elías Reclús.—Precio, 0'30 pesetas.  
 LA LIBERTAD, por Sebastián Faure.—Precio, 0'30 pesetas.  
 EL SINDICALISMO, por Anselmo Lorenzo.—Precio, 0'30 pesetas.  
 ¿EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, por V. Gri-fuelhes.—Precio, 0'30 pesetas.  
 EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Henry George.—Precio, 0'30 pesetas.  
 EDUCACION REVOLUCIONARIA, por C. Cornelissen.—Precio, 0'30 pesetas.  
 ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros.—Precio, 0'75 pesetas.  
 EL SUBJETIVISMO, por Han Ryner.—Precio, 1 peseta.  
 JUANA DE ARCO, SACRIFICADA POR LA IGLESIA. por Han Ryner.—Precio, 0'60 pesetas.  
 CRAINQUEBILLE, por Anatole France.—Precio, 0'50 pesetas.  
 LA MUERTE DE OLIVERIO BECAILLE, por Emilio Zola.—Precio, 0'50 pesetas.  
 EL MAREO, por Alejandro Kuprín.—Precio, 0'50 pesetas.  
 LUZ DE DOMINGO, por Ramón Pérez de Ayala.—Precio, 0'50 pesetas.  
 INFANTICIDA, por Joaquín Dicienta.—Precio, 0'50 pesetas  
 URANIA, por Camilo Flammarion.—Precio, 0'50 pesetas.  
 EL PROBLEMA EUGENICO, por Hildegart.—Precio, 0'75 pesetas.  
 EDUCACION SEXUAL, por Hildegart.—Precio, 0'75 pesetas.

### DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

ENCICLOPEDIA SOPENA (en dos volúmenes).—80 pesetas al contado y 90 a plazos  
 DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.—18 pesetas.  
 DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO LA FUENTE.—9 pesetas.  
 NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por don José Aleman.—7 pesetas.  
 DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por Atilano Rancés.—3'50 pesetas.  
 DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-FRANCÉS, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac.—Precio, 5'50 pesetas.  
 DICCIONARIO INGLES-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-INGLES, por Ricardo Roberston.—5'50 pesetas.  
 PEQUEÑO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA «ITER».—1'75 pesetas.  
 DICCIONARIO «ITER» INGLES-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.  
 DICCIONARIO «ITER» FRANCÉS-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.  
 DICCIONARIO FILOSÓFICO, por Voltaire (dos tomos).—26 pesetas.

## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS:

### La Inquisición en España en el siglo XVI

Precio: UNA PESETA

Guía explicativa, ilustrada con 19 láminas, de los tormentos y las infamias perpetradas por esta tenebrosa Institución.

### La desocupación y la maquinaria Por J. A. Mac Donald

Precio: 1'50 PESETAS

Una sociedad que comete la terrible infamia de arrojar el trigo al mar, mientras mueren de hambre millones de seres, está irremisiblemente condenada a muerte, para dejar paso a otra sociedad más justa y más humana.

### El botón de fuego Por José López Montenegro

Precio: 3 PESETAS

Preciosa obra, de inmenso valor educativo y de alta importancia científica, vulgarizada al alcance de todas las inteligencias. Sus bellas enseñanzas, de que está repleta la obra, tienen un interés inapreciable e imperecedero.—Segunda edición.

### La Mujer, el Amor y el Sexo Por Jean Marestán

Precio: UNA PESETA

Precioso trabajo, uno de los mejores de este genial autor, en el que de manera lógica y contundente se aboga por el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo con arreglo a los dictados de su conciencia.

# Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

## PRECIO:

En rústica:  
**3'50 ptas.**

Encuadernado en tela:  
**5 ptas.**

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

## Consultorio Médico de ESTUDIOS

**Dr. Roberto Remartínez**

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid  
Académico corresponsal de la Academia  
de Medicina de Barcelona  
Ex médico de la Cruz Roja  
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,  
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

**J. PEDRERO VALLES**

MÉDICO HOMEÓPATA

Gamazo, 19, entlo. dcha. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

**DR. L. ALVAREZ**

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

**Dr. M. Aguado Escribano**

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

**ESTUDIOS**

CUPÓN CONSULTA

Núm. 111.—Noviembre 1932

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.